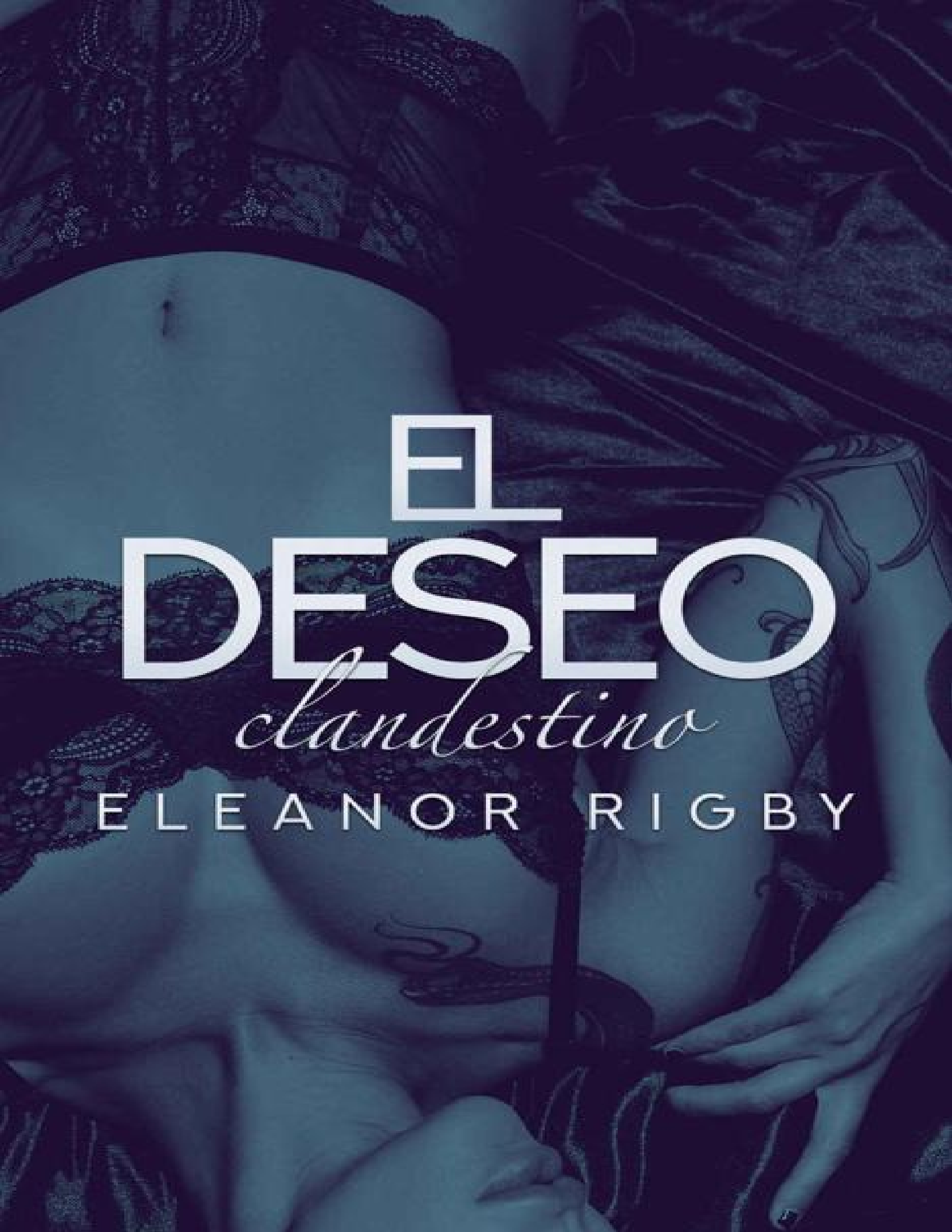

EL
DESEO
clandestino
ELEANOR RIGBY

EL DESEO

Clandestino 2

ELEANOR RIGBY

© 2024, **Eleanor Rigby**

Título: *CLANDESTINO: Esta noche serás mía*
Primera edición: septiembre de 2024
Sello: *Independently published*
Diseño de portada: H. Kramer
Maquetación: Elena Salvador
Imagen: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Capítulo 1

Califa les ofreció un lugar de honor en su jet privado para viajar directamente de Los Ángeles a Koh Samui. La isla de Koh Phangan, donde se celebraría el evento, se encontraba algo más retirada y no contaba con aeropuerto, pero el organizador lo había previsto y había alquilado un helicóptero para que los trasladara en cuanto aterrizasen.

Para no levantar sospechas y por mera comodidad, Ayane aceptó la invitación y subió a bordo del *Angel Face* por delante de Kingfisher.

Se había movido más de una vez en entornos atestados de hombres que nadaban en la abundancia. No era la primera vez que viajaba en un avión privado, así que los lujosos sofás de cuero blanco y la combinación de paneles de madera oscura no la impresionaron.

Sí tenía que reconocer que Califa lo había mandado decorar con gusto.

Estaba exultante, y ni siquiera se molestaba en disimularlo. Quien la mirara, lo interpretaría como que la emocionaban las veladas que estaban por llegar. Y no era del todo falso. De cuantas misiones podrían haberle encomendado como agente encubierta, aquella le iba como anillo al dedo. Nada le resultaba más atrayente que conocer los aspectos sórdidos de un encuentro internacional de BDSM y los entresijos de la organización que lo hacía posible.

Haciendo gala de una obediencia que no iba con su carácter, Ayane y Califa siguieron las indicaciones de las azafatas. Habrían de estar sentados y con el cinturón puesto para el despegue.

—¿Dónde te has dejado a Paulita? —le preguntó ella con aparente inocencia mientras ajustaba el cierre.

Él puso los ojos en blanco.

—Menos sonrisitas, Guasona[1].

—¿Sigue con sus preocupaciones por la huella de carbono? —fingió lamentarse—. De poco le servirá proteger el medioambiente renunciando a privilegios como este si en algún momento trae al mundo a un par de críos. No hay nada más dañino para el futuro de la naturaleza que seguir reproduciéndonos.

Califa soltó una carcajada seca.

—Qué manera tan sutil de preguntarme si queremos hijos. ¿No prefieres satisfacer dudas relacionadas con lo que vamos a hacer en Koh Phangan?

—Bueno, me puedo hacer una idea de lo que haremos: follar. Por separado, claro está, no se vaya a alterar Miss Universo. Pero ¿qué clase de dudas me sugieres tener?

Ayane batió las pestañas con coquetería, satisfecha porque la conversación siguiera el curso de su interés.

—Cuánta gente va a Fuego y Sangre, cuáles son los orígenes de la organización, quién viaja en este avión con nosotros…

—¿Y bien? —lo espoleó ella. Como si no llevara semanas en posesión de dichos datos. Howard había sido de lo más generoso a la hora de informarla sobre los detalles técnicos de Fuego y Sangre, incluso de la temática de las veladas—. ¿De cuántas parejas estamos hablando?

—Este año somos veinte, un par más que el pasado. El boca a boca nos está haciendo famosos. Es posible que para el que viene subamos el cupo a cincuenta personas y prolonguemos la estancia de una semana a quince días.

—¿Siete te parecen pocos para dar rienda suelta a los pecados capitales? Porque a mí no puede parecerme una cifra más apropiada.

—Cuando quiera el *feedback* de nuestros participantes antes de tomar una decisión, te lo haré saber.

Le guiñó un ojo para suavizar el golpe, un gesto muy suyo que la hizo reír.

No se le podía considerar un tipo carismático, pero su atractivo exótico trabajaba día y noche para que uno le pasara por alto cualquier defecto del carácter.

Nunca había sido un burdo coleccionista de mujeres y siempre priorizaba sus ambiciones laborales, lo que le presentaba ante el bello sexo como un hombre responsable y con gustos exquisitos que no todo el mundo podía satisfacer. En su exclusividad residía la base de su magnetismo.

Pero seguía sin ser la personalidad más difícil con la que se había topado, como recordó en cuanto una presencia sólida irrumpió en el avión envuelto en ese silencio que hacía vibrar el aire.

Escoltado por una azafata visiblemente impresionada por el pasajero, Black Russian se personó mirando a su alrededor con gesto analítico, como si a simple vista pudiera realizar las comprobaciones técnicas necesarias para el despegue. Vestía unos vaqueros oscuros y desgastados y una camisa blanca con el último botón desabrochado. La tela era tan fina que se transparentaban los tatuajes que le salpicaban el pecho y los brazos.

Esperó con el corazón agitado a que la localizara y le dirigiera algún ademán de conformidad o incluso placer al verla. No en vano insinuó en su día que esperaba tropezarse de nuevo con ella.

Nada de eso pasó.

Black Russian asintió en dirección a Califa, ignorando a la mujer sentada a su lado, y cruzó el pasillo para ir directo al fondo.

—Señor —lo llamó la azafata, saliendo en pos de él con torpeza—. ¡Señor! ¡Tiene que sentarse para realizar el despegue! Luego podrá pasear o descansar en la zona común, pero… ¡Señor!

—Déjelo —le sugirió Califa con gesto sardónico—. Si el avión da un frenazo y se estampa contra un cristal, eso que nos llevamos.

—¿No te cae bien? —le preguntó Ayane, sorprendida.

Dada la costumbre de Califa de blindar sus relaciones profesionales escogiendo a personas de su confianza, era curioso que hiciera negocios con gente a la que ni siquiera respetaba.

—No tengo una opinión sobre él. Nadie sabría tenerla. Ya lo entenderás conforme lo conozcas.

«Si se deja», estuvo a punto de apostillar ella.

Al cabo de unos segundos, Califa alzó la cabeza en dirección a la pareja que acababa de subir al avión.

Ayane reconoció enseguida al culturista de los tatuajes *old-school* y la sonrisa torcida.

En torno a una década atrás, cuando aún se escabullía a San Francisco en busca de farra y libertinaje, Rob Roy había sido uno de los clientes habituales de French 75.

Siempre le había fascinado. Era de los pocos amos con los que no discutía por el mando. Estaba encantada de cederle el testigo por una noche y acatar sus órdenes.

—¡Kir Royale! ¡Benditos los ojos! —Rob Roy se acercó para besarla en el dorso de la mano con familiaridad. Para él, ser encantador sí era tan natural como respirar—. Como no creo en la repetición de los milagros, di por hecho que no volvería a verte.

—Pues yo me figuraba que nada conseguiría moverte del mundillo.

—Pues me movieron, me movieron —cabeceó con una sonrisa interrumpida por una antigua inquina—. Hice un parón largo porque me casé y tuve un crío, no en ese orden, pero ya que ha acabado la pantomima, he podido retomar mis viejos hábitos. —Extendió los brazos para abarcar su infinita libertad, el que siempre había sido su bien más preciado.

—No sé si felicitarte por la boda o darte el pésame.

—Me divorcié hace un par de meses, así que… —Encogió un hombro, sin darle mayor importancia. Pero la tenía incluso si no se la daba o rehusaba reconocerlo—. Espero verte por ahí, monada —apostilló, recuperando esa energía sexual contagiosa.

Ayane le devolvió el guiño por costumbre, pero un ánimo saturnino se apoderó de ella al repetir el comentario para sus adentros.

«Ya que ha acabado la pantomima, he podido retomar mis viejos hábitos».

El corazón se le aceleró, inquieta por si la frase se había quedado pegada a su pensamiento porque el subconsciente pretendía decirle algo.

Estaba segura de que su marido no tuvo razón al decir que ansiaba ser libre. Si acaso, su nostalgia venía de lo que solía envolver el mundillo sadomasoquista y que ya nunca podría revivir: los buenos ratos que pasó mientras estudiaba en la universidad, la frescura de los veinte

años recién cumplidos, la sensación de poder con todo y tener la vida entera por delante.

Se obligó a alejar teorías que la incomodaban y cerró los ojos hasta que el avión despegó y las azafatas les avisaron que ya podían moverse con libertad.

Ayane aprovechó esos minutos para escribirle a Jace.

Estoy en el avión. :p

Deja de mandarme mensajes. Te estás exponiendo.

¿Y a qué me expongo si no te mando mensajes? ¿Al divorcio? Ya sabes lo mal que me caen los abogados.
Evitaría una separación solo para no poner un pie en un bufete.

Ni quien te ayude.

¿Y a qué viene la lengua fuera?
En mi ausencia, preferiría que te la guardaras en la medida de lo posible.

Como si Jace hubiera sabido lo que Ayane iba a responder, envió con presteza un segundo mensaje.

No me retracto en lo que te dije, que conste.
Solo estaba bromeando.

«Pues vaya broma».

Le divertía lo nulo que era su marido a la hora de contar chistes. Era curioso que sus escasas habilidades sociales y su desinterés absoluto por desarrollarlas le convirtieran en una de las personas que más la hacían reír sin pretenderlo. Luego se sentía culpable por haberse carcajeado con su hermetismo o con lo perdido que parecía en determinados ambientes, porque Jace no nació escamoteando sonrisas y mirando a los desconocidos con el rabillo del ojo. Fue su larga temporada en la Marina y los horrores de los que tuvo que ser partícipe lo que moldeó su carácter y levantó una barrera entre el mundo y él.

A Ayane le maravillaba que las crudas experiencias en el extranjero, a donde lo enviaron para participar en operaciones antiterroristas, no hubieran agriado su corazón. Más bien intensificaron su deseo de proteger a los débiles y le otorgaron una sabiduría casi profética. Pero, en parte, también le tenía rabia por hablar de sus actos heroicos con desdén. En su opinión, tendría que estar orgulloso de haber cumplido con su deber. Y con honores.

Tuvo que posponer la respuesta al mensaje cuando reconoció el tacto de Kingfisher en la mano que acababa de posarse sobre su brazo. Se levantó del asiento siguiendo la petición

implícita en la mirada del agente. Lo cogió de la muñeca y lo llevó a un lugar apartado.

Rob Roy estaba sentado junto a su acompañante en la zona común de los sofás. Sin dejar de degustar una copa de whisky, le lanzó una divertida mirada de ojos verdes.

—¿Ya? —se burló.

Ayane encogió los hombros con coquetería.

—No hay tiempo que perder.

En un estúpido arrebato de orgullo por el que se flagelaría más tarde, Ayane evitó mirar a Black Russian en el recorrido hacia el servicio, el único espacio donde no los escucharían hablar y tampoco resultaría sospechoso. Quiso pensar que, al menos, el ruso levantó la cabeza de lo que fuera que tuviese su atención, aunque solo fuera por la inercia de seguir el sonido de sus tacones.

El aseo se parecía poco a los estrechos cubículos de los baños de clase turista. Constaba incluso de una ducha moderna con spa.

Una vez allí, el agente sentenció:

—Tal y como yo lo veo, y si es cierto que en este evento solo van a participar físicamente Califa y Black Russian como representantes de la cúpula, tenemos que dividirnos el trabajo. Nos centraremos en uno de los dos por separado. Lo lógico sería que tú le sonsacaras información a Califa.

Para el asombro de Kingfisher, Ayane sacudió la cabeza.

—Califa me conoce. No tanto como él cree, pero es lo bastante espabilado para figurarse que me traigo algo entre manos si hago demasiadas preguntas —respondió en voz baja—. Eso por no mencionar que su mujer no me quiere cerca por motivos personales muy razonables. Enfadándola nos estaríamos buscando la ruina, y no sé tú, pero a mí no me apetecería que dos chiquillas permanecieran en paradero desconocido de por vida por culpa de una esposa vengativa.

—Tampoco vamos a adaptar el plan en función de los sentimientos de una cualquiera.

—Se nota que no has conocido a Angel Face, o no te referirías a ella en esos términos —señaló con una sonrisa burlona. Un hombre como Kingfisher se arrancaría un brazo solo para que Paula lo mirara—. No quiero que mi presencia afecte a su matrimonio en modo alguno, ¿estamos? —zanjó sin más rodeos.

—Oh, ¿ahora te pican los remordimientos de ser la otra? No temiste arruinar la relación de Susan y Jace.

—¿La *qué*? —Una pausa bastó para decidir que era irrelevante—. Haré como que no he oído eso. Más que nada porque no me interesa. La moraleja es que tú vas a encargarte de Califa.

—Mira… —Kingfisher dio un paso adelante con los ojos brillando—. Somos compañeros, no sargento y soldado raso. Que sea tu sumiso en el rol no quiere decir que vaya a acatar tus órdenes.

—Pues deberías, porque soy la que ha conseguido la información, la que ha realizado el noventa por ciento de las entrevistas a familiares y conocidos de las víctimas y la que no solo te ha garantizado una invitación a Fuego y Sangre, sino el mejor medio de transporte posible.

Abarcó el avión con un ademán.

—Esto no funciona así —se quejó con la mandíbula tensa—. No adquieres o pierdes autoridad en la misión por más méritos que acumules.

—¿Ah, no? Despierta, Kingfisher. —Le chasqueó los dedos en la cara—. Vivimos en los Estados Unidos. Si no te gusta la meritocracia, vete a un país que no sea capitalista. Suerte encontrándolo, por cierto. —Le dio una palmadita en la mejilla—. Tú gánate el cariño de Califa, ¿eh? Yo voy a centrarme en Black Russian.

—¿Que vas a centrarte en Black Russian? —repitió, burlón.

—Es lo lógico. —Encogió un hombro, no tan convencida como antes—. Le gusto.

—Sí, claro, cómo no —se rio en voz alta—. A todo el mundo le gustas. Incluso al ruso con cara de partir piedras que no te ha mirado ni una vez desde que ha subido al avión.

Ayane notó una punzada en el pecho al escucharlo. Al igual que el resto de las sensaciones que aquel tipo le suscitaba, no le gustó ni un pelo y la justificó alegando que la vanidad femenina no podía sino verse afectada cuando un tipo se comportaba de forma contradictoria.

—Algunos hombres sois demasiado orgullosos para admitir una debilidad.

—Pues no nos sobra el tiempo para que le enseñes a abrir su corazón, Nagai...

—Nagai-Ryder.

—... Tendrá que admitir su supuesta debilidad por ti contándote lo que sepa en menos de una semana. Pero si te soy sincero —añadió con perverso regocijo—, de todos los que sobrevolamos el Pacífico, creo que eres la única arrogante que piensa que podría postrar a esa torre de granito.

—De hecho, soy tan arrogante que ni siquiera es el único hombre que sobrevuela el Pacífico que pienso que podría postrar —respondió sin ápice de vergüenza—. No te vayas a creer que no te vi la cara el otro día, cuando estrenamos Vesper’s con una sesión muy educativa. —No tuvo que alzar la barbilla para quedar a su altura. Él la superaba por unos centímetros cuando ambos llevaban zapatillas, pero Ayane le pasaba por un par de dedos gracias a los *stilettos* que se había calzado ese día—. Ya no se lleva eso de tirarle de las coletas a la chica que te gusta, Kingfisher. Si estás amargado porque Jace me vio primero, pide cita con un psicólogo.

Le propinó una palmadita en el hombro por el placer de verle torcer el gesto y abandonó el baño del avión con una sonrisa triunfal. Tuvo el detalle de arreglarse la minifalda de tablas color madera quemada nada más salir, como si hubiera disfrutado de las caricias impacientes de su sumiso. Se recolocó en condiciones la chaqueta a juego. Se ajustaba en la cintura y dejaba a la vista una fina franja de carne pálida entre el ombligo y la entrepierna. Estaba orgullosa de aquel conjunto de Miu Miu, un pseudotraje de chaqueta de franela con una falda estilo animadora.

No supo si su semblante había reflejado su gusto por los trapos o si es que Black Russian no había cambiado su primera impresión sobre que Ayane era una cara bonita sin otro aderezo, pero cuando alzó la barbilla, se percató de que el tipo la había estado observando con una leve sonrisa que combinaba la incredulidad y el desdén. Se había cuidado de delatar que el gesto iba dirigido a la agente volviendo a concentrarse en su copa, que sujetaba con desgana por el borde, pero de algún modo supo que ella había provocado esa reacción.

Estaba recostado en el sofá de cuero blanco. Tenía las piernas cruzadas y le pasaba un brazo por encima al respaldo. Sostenía entre los dedos uno de sus cigarrillos rusos. Delante de él, sobre una mesilla acristalada de diseño, había un tablero de ajedrez con una partida recién empezada.

Ayane ni siquiera se lo pensó antes de dirigirse a él con seguridad.

—¿Dónde se consigue una de esas? —Señaló la copa con la barbilla.

Contagiado por su parquedad, Black Russian imitó su gesto para indicarle la licorera de la esquina. Luego volvió a perderse contemplando las vistas a través de la ventanilla.

Ayane alzó la mirada para comprobar que Kingfisher había desaparecido en la parte delantera del avión, cerrando tras de sí las puertas de aquella sala casi vacía.

Una melodía suave que parecía provenir de los altavoces atenuaba el silencio.

Intentando averiguar qué canción era en función de la letra, se sirvió tres dedos de champán en una copa de brindis y, sin pedir permiso, tomó asiento delante de Black Russian.

—Creía que no se podía fumar en los aviones.

—No se puede si eres pobre.

Ayane estuvo tentada de reírse por la respuesta. No lo hizo porque nada en su semblante o la inflexión de su voz dio a entender que pretendiera divertirla.

Sin dejar de mirarlo, probó el champán.

Él seguía con la mirada perdida en la ventanilla, ofreciéndole una bonita vista de su perfil.

Su postura debería haber parecido forzada. Nadie podía ignorar a una persona con la que compartía veinte metros cuadrados sin rayar en lo maleducado, pero ella llegó a la conclusión de que la mente de Black Russian estaba muy lejos de allí.

—Tienes una forma muy curiosa de demostrar que te alegras de verme —comentó Ayane, cruzando las piernas.

El ruso siguió observando la vastedad del cielo.

—Nunca dije que fuera a demostrarlo. —Entonces sí ladeó la cabeza para clavar en ella sus ojos devastadoramente azules—. Lo que también resulta curioso es que eches de menos mi atención. Diría que estás recibiendo más que suficiente por parte de los pasajeros.

Ayane esbozó una sonrisa lobuna.

—No me digas que te has puesto celoso.

Black Russian ni siquiera tuvo que responderle para que se avergonzara de su réplica. Se

limitó a levantar las cejas, dando a entender que había contestado algo fuera de lugar, y acto seguido curvó los labios como si aguantara una carcajada desdeñosa.

No se había puesto celoso, comprendió ella. Más bien había criticado su frívola necesidad de obtener la atención del único hombre que no le había deseado las buenas tardes.

«¡Eres tú quien empezó a mostrar interés en mí! ¡Es normal que me extrañe!», quiso espetarle. No lo hizo porque recordó a tiempo que el único objetivo de flirtear con él era descartarlo como implicado en las desapariciones.

Mirándolo bien, no hacía falta llevar a cabo una investigación exhaustiva para determinar que estaba en el ajo. Al contrario de lo que vendían las series sobre crímenes, cuyas tramas desarrollaban asesinatos retorcidos que acababan condenando al personaje más insospechado, los culpables de los delitos de la vida real solían ser los que lo parecían: los que tenían antecedentes penales, un aspecto inquietante, una coartada no muy sólida… y aquel tipo con tatuajes en ruso, blindado tras su violento hermetismo, llevaba la palabra «problemas» escrita en la cara.

«Problemas ¿para quién?», le replicó una molesta vocecita interior. «Quizá solo para ti».

Bebió en silencio procurando enmascarar su nerviosismo.

¿Cómo sacaba tema de conversación? No había contado con que el objetivo sería el único hombre sobre la faz de la Tierra capaz de sacarla de sus casillas.

Ni siquiera si hubiera sido tan imbécil como Kingfisher le habría costado manejarlo.

Por supuesto, Ayane había lidiado con tipos a los que ella no les interesaba en absoluto. Solía contar con la ventaja de que los hombres fetichizaban a las mujeres asiáticas, y ella en concreto era lo bastante atractiva para tentar a los que no se atenían a un canon de belleza propio, pero había racistas a raudales y caballeros que simplemente las preferían rubias. Podría adentrarse en la mente de Black Russian si formara parte del club de los inmunes a ella valiéndose de una iniciativa amistosa, como una futura aliada y no una amante. Pero si bien no mostraba su interés de la forma habitual, sabía que lo había. El ruso no la ignoraba a secas. Incluso sin mirarla de forma directa, sentía que estaba pendiente de sus movimientos; que no se le escapaba ni un detalle.

La música fue lo único que se escuchó durante un buen rato.

Come have a drink
Or maybe three
And darling, I'll make you my next victim
(...)
I prefer girls who are not afraid to cry[2]

—Curiosa elección musical —comentó Ayane.

—No ha corrido de mi cuenta —respondió él con indiferencia—. A mí no me va el que quiera que sea este género.

—¿Y qué género te va, aparte del femenino?

Black Russian buscó su mirada con una chispa de diversión profana bailando en los ojos.

—Te gusta presuponer —acotó sin intención de profundizar. Como si supiera que no iba a librarse de ella, y sin mostrarse particularmente molesto por este hecho, dejó la copa ante el tablero de ajedrez y se volvió a recostar con las piernas cruzadas—. Elvis. Jerry Lee Louis, Ray Charles… Earth, Wind & Fire.

Ayane enarcó las cejas, más sorprendida por la respuesta que porque hubiera complacido su curiosidad.

—Te compro lo de Elvis porque el rey del rock le gusta a todo el mundo, pero ¿la mezcla de funk africano de Earth, Wind & Fire? ¿Y la música para mover los pies de Jerry? No pareces de los que bailan. —Ayane adoptó una expresión tan irritada como soñadora al ver que el semblante de él se tornaba burlón. Subrayaba así, sin palabras que valieran, su acotación anterior—. De acuerdo, puede que sí tienda a presuponer —reconoció con un suspiro. Sabía que se quedaría esperando sentada a que él le devolviera la pregunta sobre la música. No perdió el tiempo y señaló el tablero de ajedrez con el dedo—. ¿Estabas jugando solo y te has aburrido?

—Me lo he encontrado así.

—Pues es un milagro que no se haya caído.

—El tablero está pegado a la mesa y las piezas tienen un imán en la base.

Ayane se inclinó hacia delante para acariciar con el dedo la cabeza de un peón. Él siguió su movimiento distraído con la mirada. Luego la alzó hacia ella e hicieron contacto visual un instante.

—¿Conoces las reglas? —le preguntó en voz baja, sin saber muy bien por qué. Black Russian asintió—. Podemos continuarla donde la dejaron, a ver qué sale. Como mucho hicieron… ¿seis? ¿Siete movimientos cada uno? Y no hay una ventaja clara.

Ayane esperaba que se burlara de su ofrecimiento con una mueca despectiva, pero eso no ocurrió.

Se sorprendió a sí misma por lo rápido que lo había juzgado. Cabía la posibilidad de que Black Russian solo fuera callado, tímido o hubiera tenido un pésimo día la noche que se encontraron y en el día a día no fuera ni de lejos contradictorio o maleducado.

Pero ella no había querido darle ese voto de confianza. Se había lanzado a despreciarlo.

¿Porque era sospechoso, quizás?

Black Russian la señaló con la palma extendida hacia arriba.

—Las damas primero.

Soltó una risita incrédula por lo poco que las galanterías casaban con él. Acto seguido, apoyó los codos sobre los muslos y ojeó el tablero con gesto pensativo.

La partida había empezado a desarrollarse como solía suceder en todos los casos: ambos jugadores habían sacado un par de peones a bailar, a los respectivos caballos y un alfil. El caballo negro ya había expulsado a un peón blanco. A modo de contraataque, otro peón blanco se había deshecho de dicho caballo negro.

Ayane tenía la sensación de que solo podría labrarse la confianza de Black Russian si antes se ganaba su respeto. Y el respeto de los hombres como él, duros como el acero alemán, pasaba por la admiración. Solo podría obtenerla si le demostraba que lo igualaba en ingenio.

Suerte que, en su juventud, su padre fue campeón nacional de ajedrez y le había enseñado a su hija todo lo que sabía. Kincaid habría llegado a competir contra los mejores candidatos de los estados vecinos si no hubiera preferido a la yakuza.

Al principio de la estrategia, cuando apenas arrancaban a jugar y no se podía siquiera avistar el jaque mate, intentó entablar una conversación.

—¿Dónde aprendiste a jugar?

—Soy autodidacta.

—Así que tú solo. ¿También jugabas solo?

—Sobre todo veía partidas en televisión.

—¿De los grandes profesionales?

Había cubierto el cupo de dudas que pensaba responder, porque ni le dio el gusto de asentir con la cabeza. Parecía que la charla banal le resultara soporífera y solo contestara cuando podía darle un doble sentido a sus palabras. Nunca con la pretensión de deslumbrarla con su inteligencia, sin embargo. No había un ápice de ego en aquel hombre.

—¿Cuántos años llevas metido en el mundillo del sadomasoquismo?

—Unos pocos.

—No te gusta concretar, ¿eh? ¿«Unos pocos» y ya formas parte de la cúpula organizativa? Hasta yo merecería más ese honor —se mofó amistosamente—. Llevo «unos cuantos».

—La práctica no siempre hace al maestro.

—¿Y qué hace a los maestros, si no?

Él le echó un vistazo rápido antes de inclinarse para ejecutar el siguiente movimiento.

—Llevar el talento en la sangre.

—¿Cuál es el talento de los sadomasoquistas, en tu opinión?

—Haber sentido casi tanto placer como se ha sufrido.

—Entonces el talento es cuestión de haber acumulado experiencias —dedujo ella.

Black Russian no respondía con el aire distraído de hallarse en otra parte, ese tono con el que Ayane solía quedar advertida de que su padre estaba concentrado en el juego y no se acordaría de

la charla más adelante. El ruso era directo y derrochaba confianza en sí mismo. Ni siquiera tratar de anticiparse a su próxima jugada le requería un esfuerzo mental. Claro que vigilaba las piezas con aquellos témpanos de hielo que tenía por ojos, pero estaba relajado sobre los muslos con la misma postura informal que Ayane. Solo de tanto en tanto se llevaba el cigarrillo a los labios, que no le corría ninguna prisa matar, o se retiraba el molesto mechón que le enmarcaba la cara.

Más pronto que tarde, se percató de que le estaba poniendo más atención a su gesto de colocarse el pelo tras la oreja que a su propio juego. Se enderezó, molesta por ser sensible a la belleza masculina, y frunció el ceño como si forzando la concentración fuera a desenvolverse mejor.

Movió una pieza al azar.

Él captó su irritación y sonrió para su coleto. Fue difícil saber si el gesto se debió a que había vuelto a leer sus pensamientos o a que Ayane había cometido un error garrafal moviendo su reina blanca a la casilla E7.

Black Russian replicó a su amenaza con sospechosa inocencia: arrastró su caballo a la C6.

En un principio, Ayane se entretuvo considerando el próximo movimiento, pero supo que había gato encerrado en cuanto él se reclinó hacia atrás y recuperó su copa para dar un sorbo, como si ya hubiera hecho todo lo que debía hacer.

—¿Qué estás tramando? —quiso saber ella, escudriñando su expresión serena—. ¿Por qué pareces tan satisfecho? Todavía no has ganado.

—No prácticamente —le concedió con un escueto asentimiento.

—¿«No prácticamente»? ¿Qué significa eso? ¿Que en la teoría sí me has vencido? Sigo pudiendo… —Apretó los labios y agarró su caballo blanco hacia el caballo negro—. De hecho, mira; a la mierda tu corcel. No sé qué…

Black Russian soltó una carcajada en cuanto Ayane retiró a un lado el corcel oscuro, que acababa de ser desterrado de la casilla C6. Ella se quedó paralizada, convencida de que lo había soñado. Las risas de verdad no sonaban así, como un gruñido socarrón.

En completo silencio, él ganó un lugar con un peón. Ayane movió un alfil, descolocada por la actitud de Black Russian.

—Un movimiento muy estúpido —apreció él.

Acto seguido, sacó al alfil de Ayane del tablero sustituyéndolo por la torre con la que había quedado en línea.

Ella apretó los labios.

—¿Y qué habrías hecho tú, listo?

Esa era otra pregunta que no tenía respuesta, formulada solo por formular, y, sin embargo, la contestó con naturalidad.

—Según Stockfish, la mejor defensa habría sido mover ese caballo de ahí a la E5.

—¿Stock… fish? —repitió ella con la respiración agitada—. ¿El motor de ajedrez de código abierto? ¿Cómo lo sabes?

—¿No quieres mover una pieza? —inquirió con una cortesía que en él se veía venenosa.

—¡No, no quiero mover una pieza! ¿Qué has hecho? Te has puesto a sonreír como un sobrado hace un rato. —Lo acusó con el dedo índice—. ¿Estás jugando con las recomendaciones de Stockfish? ¿Has jugado una partida parecida con un ordenador?

—Yo no —respondió, echándose hacia atrás en el sofá. La miró a través de las pestañas—, pero Kholmov con Bronstein, sí.

—Kholmov y… —repitió, demasiado aturdida para responder—. ¿Los jugadores profesionales?

—Se disputaron una partida en el Campeonato de la Unión Soviética de 1964. El principio del fin comenzó cuando Kholmov movió su caballo a la casilla C6.

Ella se quedó paralizada.

—¿Me estás diciendo que has estudiado los movimientos de una partida que se jugó cuando ni siquiera habías nacido? —jadeó, perpleja—. ¿Y que la has reproducido paso por paso conmigo?

—La he reproducido paso por paso con tu ayuda. Parece que tu cerebro funciona exactamente igual que el del perdedor.

A priori, la estratagema no tenía nada de retorcida o peligrosa, pero le provocó un escalofrío. Que fuera capaz de memorizar una partida de ajedrez y de guiar sus movimientos de manera que ella replicara tal y como él necesitaba para obtener la victoria era terrorífico. Ponía de relieve una facilidad para la manipulación de la que nadie podría protegerse.

—No es justo —determinó Ayane para disimular su inquietud—. Sabías algo que yo no.

—¿Te refieres a que sabía que soy mejor que tú? No lo daba por hecho, igual que tú no deberías haber supuesto que me ganarías. Como ya he dicho —añadió con lentitud—, presupones demasiado rápido.

—¡Porque casi nunca me equivoco!

—«Casi nunca» no abarca el porcentaje de acierto del cien por ciento. Y si no puedes dar el cien por ciento, es mejor mantener la boca cerrada.

Ayane apretó los labios, furiosa con su propia arrogancia y con la vanidad de la que él se valía para humillarla. Si no fuera así con todo el mundo, como Califa había insinuado, habría pensado que Black Russian tenía algo contra ella.

Se levantó, convencida de que no podría averiguar nada interesante en ese estado. Pretendía pasar por su lado para abalanzarse sobre las puertas, pero él la cogió gentilmente de la mano.

Ayane frenó en seco, descolocada. Era la segunda vez que la tocaba, y en esta ocasión

también estaba siendo tierno de una manera incomprensible: le acariciaba el dorso con la yema del pulgar, como si así esperara apaciguar su mal perder.

—Yo no soy de los que bailan —le confirmó Black Russian en voz baja, concentrado en seguir con la mirada la ruta que hacía su dedo sobre su piel—. Igual que tú no eres de las que se alegran cuando las dejan ganar.

—Oh, ¿y esa no es una suposición arriesgada sobre mí que te convendría callarte? —contraatacó con desdén.

Él, como si solo la encontrara tolerable cuando sacaba las garras y quisiera recompensarla permitiéndole echar un vistazo a su humanidad, se encogió de hombros con la humildad de un simple mortal. Pero incluso con un gesto tan desenfadado parecía igual de inamovible que una verdad universal.

—No es errónea —atajó en tono neutro—, ¿verdad? Si no te gustara ganarte las cosas por tus propios medios, sobre todo las que son difíciles o imposibles, no te habrías acercado a mí.

Ayane tardó en contestar, abrumada por la cantidad de información que había condensado en una contestación.

Información sobre sí misma.

¿Información que era evidente?

Nunca se había considerado fácil de leer.

—Tampoco eran erróneas muchas de las… teorías que yo he dado por hecho —insistió, reacia a darle la razón. No había osado interrumpir el contacto, aun así—. ¿Qué hay de eso que has dicho antes de que «he presupuesto» que te gusta el género femenino? —Hizo las comillas con los dedos de la mano libre—. ¿Acaso no te va? Incluso si fueras bisexual, no me habría equivocado.

Black Russian respondió con su estremecedora languidez.

—Hay una diferencia entre que te gusten las mujeres y que las mujeres te pongan cachondo.

—Ya veo —respondió con aspereza, aunque su réplica la había acalorado—. Solo que fueras de esos misóginos que nos odian pero nos quieren follar explicaría que no te alegraras de verme aunque tú mismo me hubieras traído hasta aquí. ¡Aunque me hubieras soltado con todas las letras que querías que nos encontráramos de nuevo!

Black Russian la advirtió entrecerrando los ojos.

—Peligroso juego el de vivir de un puñado de palabras, *malyshka*.

—¿Vivir? No, eso no, pero sí esperaba actuar conforme a ellas en Tailandia.

Pretendía dejarlo caer como una tentadora posibilidad, esperando averiguar en función de su reacción qué sentía por ella, si le gustaba o solo era la víctima predilecta de sus burlas, pero incluso Ayane notó la fiera sinceridad que acompañó sus palabras. Sintió que había destapado un secreto que debería haber permanecido a salvo de sí misma y enrojeció miserablemente.

—Claro que, si no te gustan las mujeres, poco puedo hacer por ti —murmuró.

Ayane había leído sobre las aguas más puras del mundo. Se encontraban en el lago Vostok, protegidas bajo una gruesa lámina de hielo antártico. Cuando los ojos de Black Russian emitieron un destello interesado, tentados con su insinuación, pensó en este como el chispazo de un tesoro perdido que rogaba su rescate desde el fondo de la masa sellada.

El agua del lago Vostok tenía una temperatura aislada del termostato general de la Tierra, así como Black Russian parecía sentir y padecer en otra dimensión al margen de la vida. Pero en ese momento había estirado un brazo hacia ella y había podido ver y sentir que era de carne y hueso.

Él retiró la mano con la que la había estado acariciando, gesto que Ayane entendió como que tenía permiso para marcharse. Se alejó con un nudo en el estómago, preguntándose por qué diablos había interpretado su agarre como una orden y por qué, en el buen nombre de Dios, la había obedecido sin reparo.

Las puertas que daban a la sala contigua se cerraban cuando Ayane le oyó decir:

—Una verdadera lástima.

Capítulo 2

Los organizadores del evento habían invertido bien el dinero de los invitados, porque habían reservado bungalós conectados por puentes colgantes de madera en una zona frondosa que se asemejaba a un parque natural. Los farolillos entre árboles exóticos iluminaron el sendero que Kingfisher y ella recorrieron hasta su lugar de residencia escoltados por un trabajador indígena.

En cuanto dio el primer paseo de reconocimiento por la salita común del bungaló, amplio y decorado de acuerdo al *feng shui* y los estilos minimalistas asiáticos, sacó el móvil y tecleó un mensaje. No podría enviarlo después de haber formateado la memoria para evitar problemas, pero si no podía estar en contacto con su marido, al menos llevaría un pequeño diario para mostrárselo a posteriori.

Dormiré en mi propia cama.
Él tiene un dormitorio aparte.

En lugar de abalanzarse sobre la carta que habían dejado a su nombre en la cama —«Kir Royale», rezaba una caligrafía historiada—, Ayane se asomó a la ventana de su habitación y contempló las vistas nocturnas. La brisa fresca tejió una corriente en el dormitorio.

Sentía punzadas de culpabilidad cada vez que se alegraba de estar allí, porque, por desgracia, era en detrimento de la paz mental de Jace. Pero hallarse en Koh Phangan significaba que tenía una oportunidad para demostrar que podía ser una agente excepcional y que podrían encomendarle en el futuro casos delicados, no las operaciones sencillas que nadie salvo los holgazanes querían.

—Pareces una cría con zapatos nuevos —oyó a su espalda el tono burlón de Kingfisher—. Disimula un poco que te alegras de haber perdido de vista a tu marido.

Ayane se giró hacia el agente con gesto socarrón. Se había acostumbrado rápido a la dinámica de pareja y había descubierto que no le molestaba del todo. Una posible amistad entre los dos podría haber interferido en la misión haciéndola preocuparse por su integridad.

Y si le hubiese gustado, habría sido aún peor.

—Hastiarse del marido es un privilegio que solo disfrutan los que permanecen casados —respondió Ayane—. Los que os divorciasteis antes de los treinta y cinco porque no le servíais a la parienta ni para apañarle una salida al cine, en cambio…

Lo dejó al aire adrede. La imaginación de Kingfisher haría el resto.

Él solo le aguantó la mirada con una ceja enarcada. Su respuesta fue sacarse la camiseta. Solo pretendía prepararse para la velada de inauguración, a la que no se podía asistir si no era con ropa fetichista, pero a ella le descolocó el movimiento.

Kingfisher arrojó la prenda al interior de su dormitorio sin mirar dónde caía; con el gesto, los músculos bajo la piel aceitunada se tensaron deliciosamente.

No podía decir que no le resultara atractivo. Apaciguó a Jace alegando que solo le atraían las bellezas nórdicas, pero al obtener una vista más detallada del físico del cherokee, decidió que en otra vida no habría estado nada mal para tener la clase de sexo sucio, violento y desagradable que dejaba a una mujer sin fuerzas para moverse. Era moreno como un indio, en extremo velludo, y se notaba que le rendía culto a su cuerpo a diario. La ropa holgada le había estado haciendo un flaco favor disimulando unos brazos voluminosos y unos oblicuos marcados.

Ayane lo miró de arriba abajo con frialdad.

«No me ruboriza la desnudez», dio a entender con su ceja enarcada. «Me da igual que te pasees en cueros».

—Si con el *striptease* querías que compadeciera a tu mujer por lo que se está perdiendo…

—¿Qué te hace pensar que fue ella la que me dejó?

—Que he hablado contigo más de cinco minutos.

Con la misma y flagrante falta de pudor, se quitó el top y lo lanzó sobre la cama. La mirada oscura de Kingfisher recorrió sus hombros afilados, el vientre terso y los pezones encogidos por el frío.

No llevaba nada debajo.

El agente chasqueó la lengua.

—Me gustan más grandes.

Ayane se rio con desdén.

—No me he desnudado para que me pongas nota, sino para que te habitúes a mi cuerpo. Me imagino que un tipo como tú llevará tiempo sin ver a una mujer en pelotas, y no te quiero ver sorprendiéndote cuando enseñe las tetas en alguna velada. ¿Has pensado en los primeros pasos que daremos para la investigación? —inquirió.

Señaló sus tejanos negros con un gesto de cabeza, instándole a continuar desvistiéndose. Él obedeció sin vergüenza, pero no del todo en su salsa. Un hombre nunca estaría cómodo en un contexto erótico con una mujer a la que deseaba, y por Dios que lo hacía. No le pasó desapercibido el chispazo en sus ojos negros cuando ella se bajó los vaqueros, quedándose solo con un tanga beis desvaído que se camuflaba con su tono de piel.

—Ir a la biblioteca municipal para revisar en los periódicos locales si ha habido más desapariciones sospechosas —dijo Kingfisher, observando con cautela que Ayane rodeaba la cama para ir hacia su maleta—. Muchas de ellas no trascienden a los medios nacionales siquiera,

y el desinterés generalizado las relega de tal manera que, por ejemplo, a Estados Unidos no llega ni el rumor.

—Visitaremos también el lugar donde hallaron muerto al prometido de Amelia para ver si los lugareños saben algo, o si a la policía se le pasó alguna pista —continuó Ayane mientras hurgaba en busca de un atuendo apropiado. Aunque estaba de espaldas a Kingfisher, podía sentir su mirada clavada en las nalgas que ofrecía con descaro al agacharse—. Con la excusa de hacer turismo por las mañanas y las tardes, que no se programan veladas, podemos movernos con libertad por la isla… Ah, y también deberíamos preguntar a los veteranos qué tipo de fiestas se celebraron en el encuentro pasado y el anterior, qué juegos, qué excursiones… Así podremos recrear los últimos pasos que dieron tanto Amelia como Jaylani.

Cuando se incorporó con los arneses de cuero sobre el brazo y el conjunto de látex en la mano, por poco choca con el pecho descubierto de Kingfisher. Se había acercado a ella, no tanto para invadir su espacio, pero sí para que interpretara como su expresión salvaje como un peligro.

—¿Y cuál es el plan con Califa y Black Russian? ¿Interrogarlos sin más?

Su mera mención evocaba imágenes inquietantes de miradas con las que el ruso la había valorado o descartado sin ningún pudor.

—A Califa le gusta ejercer un papel informativo. Si acudes a él como si no tuvieras ni idea de nada y alternaras preguntas del BDSM en general con dudas sobre el evento, su ego le impediría ver que estás indagando. En cuanto a mí, me las ingeniaré para meterme en sus despachos y en la recepción del resort. Estoy rodeada de hombres fetichistas. Seguro que a Black Russian le gustaría que le sorprendiera desnuda sobre su escritorio.

No apostaría su vida por ello, pero Kingfisher tenía que ver que estaba convencida de que su plan funcionaría.

—¿Así de fácil?

Ella se encogió de hombros.

—Así se ha hecho desde el origen de los tiempos. No por nada Mata Hari fue una espía intachable: era una mujer bellísima. Tengo que aprovechar en mi beneficio que el punto débil de los hombres es el deseo. No espero que en un arrebato de amor ciego me cuente a qué se dedica, que conste, pero si me invita a su cama, cuando se quedara dormido me resultaría más fácil husmear entre sus pertenencias. Leer sus mensajes, revisar su ordenador… Tiene que esconder algo. Los tíos que parecen peligrosos suelen serlo.

—Quizá él no funcione como el resto de los hombres —replicó Kingfisher, aún de pie e inmóvil a una distancia impúdica de ella.

—Eso seguro. No lo imagino pidiéndome que me quede a dormir. Ni hoy, ni mañana. —Entornó los ojos, aceptando el reto—. Pero para eso están las veladas. Para convencerlo de que le

merecería la pena llevarme consigo.

Kingfisher esbozó una sonrisa maliciosa.

—Wray sabía lo que hacía al escogerte. De todas las agentes disponibles, tú eras la única que se prestaría a conseguir la verdad a base de polvos.

Ayane podría haber pasado por alto su decimocuarto desdén. Ya había comprendido que no conseguiría que la respetara, así le demostrara una y otra vez que vencería en cada batalla verbal. Pero aquel ataque inesperado pudo con su prudencia y decidió borrarle la sonrisa de la cara usando solo una mano.

Deslizó un par de dedos juguetones por la línea de vello negro que desembocaba en su ropa interior. Sin contemplaciones, metió la mano bajo la tira de Calvin Klein.

Un calor abrasador la recibió antes incluso de agarrarle la polla.

Se puso de puntillas y le habló apoyando la barbilla en la de él.

—Es que en otra vida fui una sirena, ¿sabes? —susurró ella, cubriendo su dureza y acariciándola con premeditada lentitud. Se pasó la lengua por el labio superior solo para disfrutar de cómo él se recreaba en el gesto y tragaba saliva—. Cantaba y los hombres se lanzaban a por mí sin pensar en las consecuencias. Ahora que soy humana, los tengo que hipnotizar de otra manera para que me den lo que quiero. Como ahora mismo.

No había prueba más flagrante de que la rabia de Kingfisher era deseo reprimido que aquella: cuando se aproximaba la razón de su irritación, no solo no se apartaba de inmediato, sino que cerraba los ojos con el alivio de quien por fin podía volver a tomar aliento.

Ayane debía admitir que sentía curiosidad por los que fueran sus pensamientos, por cómo sería estar por un día en la mente de un hombre que despreciaba a una mujer al tiempo que ansiaba devorarla. ¿Sería eso a lo que se había referido Black Russian con su distinción entre gustar y excitarse? No lo veía como un vulgar misógino. Los principios del ruso tenían que ser más complejos que la elemental encrucijada odio-deseo del simplón de Kingfisher.

Pero por simplón que fuera, seguía siendo divertido provocarlo, y tenía una polla gruesa y que quemaba al tacto que no se pudo resistir a masturbar mientras lo miraba a la cara.

Kingfisher gruñó y le rodeó la nalga con una manaza tan cálida como el resto de su cuerpo. Aquel hombre estaba duro y caliente en todas sus partes. Parecía una fogata humana, el yunque de un herrero. A Ayane le gustó la sensación de que la envolviera una criatura tan grande, pero no dejó de sonreírle como si le estuviera haciendo un favor. No le convenía burlarse de él cuando tenían una asociación, y, aun así…

—¿Quieres follarme? —le susurró, pegándole la boca al mentón. Presionó la base de su miembro con la mano cerrada hasta que él emitió un gemido lastimero—. ¿Quieres que follemos ahora mismo…? ¿Quieres estar dentro de mi cuerpo? ¿Es eso lo que te pasa? ¿No puedes soportar la necesidad de acostarte con la mayor zorra que has conocido?, ¿o que la mayor zorra

que has conocido no te preste atención? Ahora te estoy haciendo caso, Mohawk. ¿Por qué no lo aprovechas? ¿No eres tan hombre? Vamos…

Kingfisher no pudo soportar la tensión y la empujó contra la pared con su propio cuerpo. Se desembarazó de su mano apartándola por la muñeca, aguantándole la mirada con la mandíbula desencajada. Durante un mareante segundo, Ayane pensó que iba a golpearla, y, por un instante aún más turbio, pensó que se lo merecía por burlarse de sus íntimos deseos. Pero él permaneció en el sitio con la respiración agitada, abrasándola con una mirada que no sabía si exigía venganza o le pedía una explicación a sus propios impulsos. Su debilidad la excitó inexplicablemente y, vigilándolo a su vez con la misma desconfianza, volvió a introducir los dedos traviesos en el bóxer. Tradujo su propia y deliciosa calentura en una serie de caricias a su erección cada vez más dura. Alternó movimientos impacientes con roces de una desesperante lentitud para hacerle gimotear como un animal herido. Él la agarró de la garganta, al principio con fuerza para desahogar la tensión que hizo aflorar las venas en su cuello; luego, conforme se aproximaba al orgasmo, iba aflojando y apretando el doble en función de las sensaciones que iban arrasando su cuerpo. Ayane sonreía viendo desfilar toda suerte de emociones por sus ojos humedecidos por el deseo.

Justo cuando estaba a punto de correrse, Kingfisher emitió un atractivo gruñido y se inclinó sobre ella para tomar sus labios. Pero Ayane giró la cara y su boca hambrienta aterrizó en su mejilla.

—¿A dónde ibas, pequeño saltamontes? —se burló, todavía agarrándole la polla con la determinación de volverlo loco. Él la miraba como si no comprendiera nada, demasiado aturdido por el clímax que los sorprendió con una lluvia de semen—. No me digas que ibas a besarme. Si es que eres un romántico, ¿eh?

Una combinación de odio y vergüenza ensombreció su semblante. Se apartó de ella de mala manera, tambaleante por el orgasmo, y se dio la vuelta para recolocarse la ropa interior con agresividad. Sin mediar palabra, regresó a su dormitorio y dio un portazo.

Ayane se quedó recostada en la pared con el rostro orientado hacia la habitación vecina. Unos segundos después se miraba la mano manchada con una sonrisa maliciosa. Se encogió de hombros para sus adentros y procedió a prepararse tarareando una canción pegadiza.

El exterior del resort era incluso más impresionante de lo que había previsto. Iban a celebrar las veladas en una amplia zona común que constaba de una piscina climatizada iluminada por focos blancos, hamacas dobles de cuatro postes con doseles de seda y bungalós donde sospechaba que encontraría juguetes sexuales y espacios para sesiones privadas.

Pero no había ido allí a maravillarse con el recinto. Enseguida se concentró en memorizar los rostros de la concurrencia. Había alrededor de cuarenta, tal vez cuarenta y cinco personas de todas las razas, edades y complexiones, pero primaban los blancos jóvenes con físicos normativos. Se mezclaban los unos con los otros chapurreando el inglés, la lengua que cohesionaba la experiencia.

Todo el mundo estaba impaciente por comenzar. Se notaba que habían ido a dar lo mejor de sí mismos en las prendas que lucían y el hambre con el que miraban a sus futuras víctimas.

Ayane se aproximó a la barra que habían improvisado cerca de la piscina y pidió que le prepararan un *black russian*. Sonrió con desdén, percatándose por primera vez de que su cóctel preferido era el que daba nombre al sospechoso que habría de engatusar. Vacilante, porque no estaba segura de querer encontrarse con él enseguida, giró sobre los talones para buscarlo entre los uniformes de cuero y vinilo.

No podría haberlo obviado ni aunque hubiera querido, porque era el único hombre que no llevaba el pecho al descubierto o vestía conforme a la etiqueta fetichista.

Invariablemente, Black Russian desafiaba las normas.

Lo vio acercarse a la zona de bar acompañado de una de las auxiliares de la velada. A pesar de llevar tacones, él la superaba en estatura por una cabeza y media. Se inclinaba hacia ella para escuchar lo que tenía que decirle. Una queja, a juzgar por sus aspavientos frenéticos.

La conversación se cortó para cuando Black Russian estuvo en su radar. Aprovechó que el susodicho estaba distraído correspondiendo el adiós de la joven para mirarlo de arriba abajo. Vestía de riguroso negro de la cabeza a los pies, incluidos los complementos: unos anillos en los dedos y una discreta cadena bañada en un material tono obsidiana. La joya se perdía en el escote de la camisa abierta, que Ayane supo, antes de que se acercara, que olía de maravilla.

Odió que la boca se le hiciera agua y que una vez más le alterara el ritmo cardíaco con solo posar una mirada en ella.

En ella, luego en su cóctel, y, después, otra vez en su expresión.

Que no hiciera ningún comentario la crispó, porque fue obvio que para sus adentros se estaba burlando de que hubiera escogido una bebida con su nombre.

—¿Sabes? —le soltó antes de pararse a pensarlo dos veces. Y le habría convenido, porque sonó venenosa—. Prefiero a los hombres que hablan.

—Seguro —respondió él con naturalidad mientras se acodaba en la barra de perfil a ella. Lo hizo a una distancia llamativa de tan absurda, como si no quisiera que nadie supiese que se conocían—. Así tienes la oportunidad de defenderte.

El camarero le sirvió una copa de whisky con hielo sin que tuviera que pedirla.

El detalle alertó a Ayane.

Llevaba años yendo a Koh Phangan, dedujo.

¿O habría advertido a los trabajadores de las que eran sus preferencias antes de llegar?

—¿De defenderme? —repitió, confusa.

Black Russian insinuó ladearse hacia ella. Lo insinuó porque no quedó recostado del todo, y porque no llegó a orientar el cuerpo en su dirección. La brisa arrastró su olor corporal hacia sus fosas nasales. Su perfume tenía un claro toque invernal, como un exclusivo aroma de MEMO Paris del que recordaba haberse llevado muestras a casa.

—Si un hombre te dice lo que piensa, puedes contradecirlo —resolvió él—. Si no abre la boca, no sabes con seguridad qué tiene en la cabeza, y por tanto estás obligada a guardar silencio. Aunque no pareces de las que optan por la prudencia.

—Gracias por explicarme cómo soy —replicó con aspereza.

Quiso regañarse enseguida. ¿Por qué estaba a la defensiva con él? No era ni de lejos lo más desagradable con lo que había lidiado en su vida.

Kingfisher era bastante más insoportable.

—Lo que no eres es muy *kir royale* —le oyó decir en tono pensativo. Observaba su caso de whisky mientras lo giraba entre los dedos, como si estuviera valorando su bebida y no el nombre.

Ayane no había esperado que siguiera la conversación.

—¿Cómo?

—El apodo. No se ajusta a ti.

—¿Por qué? ¿Porque es un cóctel francés y yo tengo los ojos rasgados? —se mofó con retintín.

—Porque es aburrido y se sirve frío.

El pulso se le aceleró sin saber por qué.

—Lo clásico no tiene por qué ser aburrido.

Black Russian la miró de reojo con una amenaza de sonrisa taimada.

—Tú misma dijiste que odiabas la mediocridad. Lo clásico es mediocre porque tiene popularidad.

Ayane levantó las cejas.

—Así que me estabas escuchando. En tus palabras, pensaba que «solo mirabas, y exclusivamente si te gustaba lo que veías».

Él clavó la vista al frente, en el amplio estante de las bebidas alcohólicas, y dijo:

—Si no me desagrada lo que oigo, tampoco me importa escuchar.

—¿Entonces? ¿Qué tiene de malo el *kir royale*?

—Nada. La presentación fina, el color rojo oscuro… —La miró de arriba abajo con premeditación, como si la estuviera imaginando vestida de escarlata—. Esos detalles podrían insinuarte. Pero no es lo bastante explosivo.

—¿Crees que soy explosiva?

Black Russian la miró directamente a los ojos.

—Más en el sentido de la nitroglicerina o la dinamita que en el de atractiva.

Tuvo que renunciar a reprocharle que le negara un halago para mantener viva la charla.

—¿Y en qué se traduce eso en el lenguaje del cóctel? ¿Un inesperado regusto cítrico y picante?, ¿como un *spicy margarita*?

—Estaba pensando más en el *bloody mary*.

—Ya hay una ama llamada Bloody Mary. Y no me pega llamarme Mary.

—¿Porque tienes los ojos rasgados? —le devolvió el comentario.

No se dio cuenta de que sonrió para su coleto.

—Tienes facilidad para la conversación —señaló. Desvió la mirada hacia el borde de su cóctel y bebió con calma ahora que sabía que él no se escabulliría a la primera de cambio—. Qué pena que no la aproveches.

—Dar un uso excesivo a las habilidades es un modo absurdo de desperdiciarlas.

—Dialogar nunca es un desperdicio de tiempo.

—Lo es sin un propósito.

—¿Y qué te proponías exactamente con tu análisis de los ingredientes del *kir royale*? ¿Convencerme de cambiar mi nombre? Porque supongo que sí puedo ser sangrienta[3].

—Analizo más bien los del *bloody mary*. Gotas de tabasco, zumo de limón, toque de salsa Worcestershire —enumeró él, acercándose el whisky a los labios. Acarició el borde del cristal con ellos, como si quisiera enfriárselos; Ayane se concentró en su movimiento pensativo de rozar la copa con la boca—. Tiene lo autóctono y lo exótico. Y se supone que Ava Gardner, Dalí y Joe DiMaggio elaboraron su propia receta de *bloody mary* a partir de la original; uno de ellos con veneno de serpiente, según cuenta la leyenda. Ava es el talante combativo, Dalí es el arte y lo extranjero, y DiMaggio es el americanismo.

Ayane odió la puerilidad de encogerse como una adolescente ante el halago implícito.

Ella era todo eso.

—¿Se supone que yo soy todo eso? Caray, sí que sacas conclusiones después de un par de monólogos de quince minutos.

—Se puede deducir todo lo importante a partir de cómo una persona juega al ajedrez.

—Entonces habrás dado por hecho que soy una perdedora.

Black Russian sacudió la cabeza gentilmente. La aturdía cómo hacía posible que sus movimientos parecieran tan delicados como una danza clásica y, aun así, su sola presencia lo acaparara todo hasta consumir el oxígeno.

Se inclinó sobre ella y la corrigió en voz baja:

—Ya te he dicho lo que eres. Un *bloody mary* con veneno de serpiente de cascabel.

El susurro le provocó un escalofrío generalizado que la dejó insensibilizada, como si le hubiera lanzado un hechizo. Ayane lo vio apartarse y dirigirse con naturalidad hacia una de las camas de cuatro postes.

No tomó asiento allí, sino en uno de los amplios butacones de mimbre del *chill out*.

Entre la maraña de pensamientos que le impedían razonar, supuso que era su intención anunciar el juego, pero no fue él quien dio la bienvenida a los participantes.

—Un año más, los amantes del BDSM nos reunimos en esta isla paradisíaca para dar rienda suelta a pasiones que no todo el mundo entiende —se pronunció a través de los altavoces una voz grave. Ayane buscó a su alrededor, pero no pudo localizar el origen de la misma… si es que el presentador estaba presente.

Dirigiera donde dirigiese su mirada, esta acababa regresando indefectiblemente al hombre que la había descolocado. Parecía que lo hiciera aposta, y no debería extrañarle de ser el caso. Había lidiado con amos juguetones que provocaban dolor a través de la confusión psicológica.

Pero él no participaba en el juego. Los organizadores estaban allí para cerciorarse de que el evento marchaba sobre ruedas, no para divertirse.

—Esta noche —prosiguió la voz—, por ser la primera de seis inolvidables veladas que nos esperan, el único requisito será escoger un juguete de la pila que hallaréis al otro lado de la piscina y presentaros con él, como amos o como sumisos, ante un participante que queráis que os conozca íntimamente. El objetivo es mezclarse.

Ayane localizó la pila mencionada, a la que no dudaron en dirigirse un puñado de participantes ansiosos por inaugurar la fiesta. Mujeres y hombres reaparecieron con fustas, látigos, pinzas para los pezones, cuerdas de distintos materiales… Para cuando ella reaccionó como un autómata y pudo examinar las opciones, poco era lo que quedaba, pero más que suficiente para improvisar un acercamiento.

El juego le había puesto en bandeja la excusa perfecta para atraer a Black Russian.

Agarró un dildo con una forma fálica hiperrealista y lo acarició con la mano antes de fingir plantearse quién sería su víctima. Mientras recorría con los dedos las protuberancias de las venas del consolador, barrió la explanada con la mirada y confirmó que Black Russian seguía bebiendo en su asiento sin nadie que le molestara. Una mujer trató de insinuársele, pero él la descartó con un ademán desdeñoso, como a quien le abordaban por la calle para ofrecerle un servicio.

Una vez Ayane fijó la vista en el ruso, los recelos e inseguridades desaparecieron. Solo eran ella y el placer que estaba a punto de recibir para acercarse un poco más al hombre cerrado a cal y canto que debía aprender a interpretar.

Al principio, Black Russian no se dio cuenta de que estaba en su punto de mira. Reaccionó

tarde, cuando Ayane ya se había detenido ante él con intenciones obvias.

Encajó el dildo en el escote del corsé y apoyó las dos manos en los reposabrazos del sillón. Se deslizó hacia delante lenta y pecaminosamente, blandiendo un silencio que lo decía todo como una de sus armas principales. Ya inclinada sobre él en una postura sugerente, curvó los labios en una sonrisa maliciosa que se ensanchó al oír los primeros acordes de la versión de *Sweet Dreams* de Marilyn Manson.

Una melodía oscura perfecta para un encuentro que preveía peligroso.

Black Russian le sostenía la mirada sin pestañear, soldado invencible de una guerra que no sabía cuándo había empezado, pero Ayane tenía la sensación de que había dejado de respirar. ¿O era ella la que había suspendido los latidos de su corazón? A tan escasa distancia, podía ver las motas doradas en el fondo de sus ojos de hielo y una aglomeración de pecas tímidas en el puente de la nariz, muy cerca del entrecejo.

—Yo no juego —le advirtió él—. Yo solo observo.

Ayane se incorporó fingiendo durante un instante que su rechazo la había indignado. No tardó en sustituir la expresión por una letal y contraatacar con sencillez:

—Pues mira esto.

Se separó lo justo para que pudiera recorrerla con la mirada en todo su esplendor.

Ayane nunca le había temido ni al desplante de un hombre, ni a su propia desnudez, pero cuando apoyó el pie en el hueco que los dos muslos de Black Russian dejaban en su postura repantigada, temió que él no se sintiera atraído por el morbo del espectáculo y apartara la vista. No era un temor paralizante, aun así, sino una motivación que la instaba a hacerse notar más aún; que la activaba ante lo incierto igual que un subidón de adrenalina.

Ayane empezó a desabrocharse la bota cerrada hasta la rodilla, susurrando a la vez la letra de la canción. Black Russian clavó la mirada en su boca en movimiento, luego en el dildo que asomaba entre sus pechos, y después prestó atención a la seductora paciencia con la que iba tirando del cordón que garantizaba la sujeción del calzado. Cuando había terminado con la primera, bajó la pierna y alzó la siguiente, pero esta vez la apoyó en su pecho.

La punta afilada del tacón apuntó al triángulo de piel pálida que el último y perezoso botón dejaba al descubierto.

—¿Tampoco participas en calidad de ayudante? —lo tentó ella con una ceja enarcada.

Black Russian no contestó, pero le aguantó la mirada y, tras un instante de desafío que se le hizo eterno, guio las manos al nudo de la bota. Tiró de un extremo y se entregó a la tarea sin alardear de su habilidad. Era evidente que sabía hacerlo más rápido, pero quería ver cómo se las apañaba ella para hacer del proceso algo interesante: lo supo porque arqueó las cejas de aquella manera que insinuaba una burla hacia sus fútiles intentos por entretenerlo.

«No está satisfecho con nada», pensó ella, y lejos de aborrecerle por eso, quiso inventar una

nueva manera de enloquecer a los hombres para dejarlo consternado, derrotado; loco de pasión por sus huesos.

Creía conocer todos los trucos, pero claramente había sido una ilusa.

Y, por una vez, no le importó no ser el genio de la operación.

Ayane se retiró la goma del pelo muy despacio y agitó la melena hasta que recuperó su caída natural, lisa e imperturbable como las mansas aguas de un lago. Se llevó las manos al arnés entrecruzado en su torso y lo desabrochó mientras se contoneaba sutilmente al ritmo de la canción, manteniendo el contacto visual en todo momento.

Some of them want to use you
Some of them want to get used by you
Some of them want to abuse you
Some of them want to be abused[4]

Para cuando Black Russian deslizó la bota por su pantorrilla y la arrojó al suelo sin contemplaciones, Ayane ya tenía el arnés en una mano. Se apoyó en el reposabrazos para encaramarse al sillón, donde descubrió con placer secreto que había espacio para que ella clavara las rodillas a cada lado de su víctima. Quedó sentada a horcajadas sobre él, pero sin tocarlo. Le daba la impresión de que saltaría una alarma si se le ocurría ponerle un dedo encima.

Ese riesgo la excitaba. Tanto así que, cuando guio la mano a la abertura de las bragas, que tenían una raja en la zona del sexo, notó que estaba húmeda.

Ayane lamió lenta y concienzudamente los dos dedos que acto seguido enviaría de nuevo a su entrepierna. Black Russian observó su movimiento con un brillo misterioso en los ojos entrecerrados. Su olor masculino la tenía cercada por todas partes, era cuanto podía respirar, y descubrió que la obnubilaba esa fragancia fresca y especiada de lobo siberano.

Le gustó también la postura, porque la ayudó a imaginar que no eran los dedos lo que la penetraba, sino su polla.

—Ten cuidado cuando te muevas —dijo él en voz baja, pero no ronca ni afectada. Sonaba muy por encima de lo que estaba sucediendo, a mil años luz de allí—. No te he dado permiso ni para rozarme.

Ayane emitió una risita que pretendía ser burlona, pero se le quebró al empezar a masturbarse. No era la postura más cómoda para la muñeca, y, aun así, le fascinó que facilitara la imitación del coito.

Movió las caderas arriba y abajo como si estuviera cabalgando al hombre que tenía debajo. No por primera vez, aunque sí de forma consciente, se preguntó cómo sería acostarse con Black

Russian. ¿Sería rudo?, se cuestionó mientras doblaba los dedos en su interior y presionaba hasta arrancarse un gemido de dolor. ¿Sería tan delicado como insinuaban sus caricias, incluso tántrico?, valoró, y acto seguido se acarició el clítoris con la mano libre, llegando a tirar hacia arriba para separarse los labios y exhibirse en todo su esplendor. Lo miraba a los ojos, a esa cara de granito en la que a veces destellaba el deseo, un deseo pasajero o a lo mejor un deseo bien disimulado, y no daba con la clave. Ayane tenía una imaginación desbordante, pero aquel hombre estaba más allá de sus delirios y fantasías, y sospechaba que no haría lo que se esperaba de él… porque no la agarró por las nalgas ni ocupó su lugar introduciendo su propia mano en el rincón más cálido de su cuerpo, ni la besó, ni la recorrió con caricias. Tan solo apoyó una mano en el reposabrazos, y la otra, la que sujetaba la copa, la llevó a los labios para beber mientras atendía con interés moderado el espectáculo de una Ayane enloquecida por el movimiento.

Frustrada por su pasividad y al mismo tiempo incomprensiblemente enardecida, retiró los dedos y extrajo el dildo del escote. Mirándolo sin ocultar su indignación, se lo introdujo en la boca hasta que no pudo más para humedecerlo. Notó el sabor del plástico, el material que lo revestía, pero se quedó arropándolo con la boca hasta que hubiera salivado lo suficiente para deslizarse sobre él.

La hazaña de alojar quince centímetros de longitud en la garganta pareció despertar la curiosidad de Black Russian, porque su mirada se oscureció al fijarse con interés casi clínico en los ojos enrojecidos de Ayane, en la tensión de su cuello. Entonces la embargó otra duda ilegítima pero terriblemente tentadora: ¿cómo sería chupársela a Black Russian? ¿Cómo sería de grande? ¿Cómo la animaría él a seguir succionando? ¿Cómo la miraría?

Ayane emitió un gorjeo ahogado al sacarse el dildo de la boca. Estaba empapado en saliva que se derramó sobre sus propios dedos y sobre la camisa de Black Russian en el breve proceso de guiarlo hacia su orificio de entrada. Ayane lo empuñó y se dejó caer sobre la dureza de plástico con un gemido gutural. Cerró los ojos con la boca abierta y se abandonó a la dulce sensación de ser colmada por una dureza caliente y húmeda, tan familiar y reciente y, al mismo tiempo, tan lejana y distinta. Ayane se movió inicialmente hacia delante y hacia atrás, arrastrando las caderas con pesadez y sacudiéndose a ratos por los pequeños espasmos previos al orgasmo, pero pronto se hartó del esfuerzo, presente en el sudor que empezaba a salpicarle la frente, y lo montó como un caballo desbocado. No habría podido olvidarse de Black Russian ni aunque hubiera querido, y quiso, claro que quiso alejarlo de su placer; ansió atraer la imagen de Jace en su lugar, pero habría sido imperdonable que evocara su rostro en brazos de un posible villano. Y, sin embargo, en ese momento no importaba la condición del susodicho. Ella apenas se acordaba de lo que había ido a hacer allí cuando su cuerpo liberaba endorfinas, se estremecía y se notaba tan dilatada que podría acoger una segunda penetración.

«Hazlo; haz algo», le rogó Ayane con la mirada. Optó por el lenguaje no verbal para no

traicionar su orgullo, y porque en el fondo presentía que Black Russian podía leer sus pensamientos. «Bájate la bragueta y fóllame con esto dentro, por delante o por detrás… Pero dame algo. Lo que sea».

Porque podía darle lo que fuera. El continuo bamboleo de su cuerpo le había bajado el corsé y ahora sus pezones estaban expuestos; sus pechos saltaban arriba y abajo ante su mirada fija. Su piel pedía caricias, mordiscos o azotes, y Black Russian tenía las manos libres.

Podía dárselo todo y había decidido darle simplemente una mirada.

Una mirada velada por una emoción intensa y profunda que Ayane no reconoció como deseo con exactitud, pero que se le antojó igual de halagadora.

Justo cuando sentía que iba a alcanzar el orgasmo, catapultada por un juguete sexual y el rostro pétreo de ese hombre desconcertante, Black Russian dijo:

—Para.

Y Ayane se detuvo aun cuando moviendo las caderas un par de veces más podría haber abrazado el clímax. Lo miró con los ojos vidriosos por la amalgama de sensaciones, jadeando sin aliento y recubierta por una armadura de sudor, y esperó su veredicto o su actuación con el alma en vilo.

Black Russian solo se inclinó hacia delante y separó los labios para sacar la lengua. Ayane agachó la cabeza, confusa, y jadeó al sentir que la lamía desde un punto debajo de los pechos hasta las clavículas para limpiar el recorrido inverso de una gota de sudor. El gesto la desconcertó, pero también le provocó un estremecimiento de placer secreto que conectó con una recóndita parte de su ser e hizo que el orgasmo que se había quedado a las puertas la arrasara entera.

Ayane se arqueó con el dildo todavía encajado entre los muslos y gritó. Tuvo que apretar los puños para resistir el impulso de rodear a Black Russian por la cabeza y obligarlo a permanecer allí, con su aliento pegado al pecho como una peca o un lunar, como una cicatriz.

Como una puñalada.

Black Russian la miró a los ojos mientras le retiraba la mano con la que sujetaba el extremo del dildo. Ayane se dejó vapulear y solo gimoteó cuando sintió que él lo extraía muy lentamente de su cuerpo.

—Entonces la niña sabe divertirse sola —comentó con una languidez deliciosa.

—Me divertiría mucho más… acompañada —jadeó con la respiración entrecortada.

—¿Esa es tu presentación de hoy? ¿«Soy Kir Royale y sé divertirme contigo o sin ti»?

Ayane se apoyó en los reposabrazos para descansar del peso de su cuerpo. Habría deseado derrumbarse sobre él, pero no podía. Dentro de ella sentía, donde se sentían los nervios o la pasión, que estaba prohibido.

Mas sí se inclinó hacia delante hasta que sus narices casi se rozaron.

—Soy Kir Royale y sé divertirme contigo o sin ti —confirmó, ladeando la cabeza como si tanteara la posibilidad de besarlo—, pero con una letra pequeña: contigo mucho más.

Black Russian echó la cabeza hacia atrás, más para admirarla desde otro ángulo que para huir de su cercanía. Ayane observó con el corazón encogido que se mordía el labio y no lo soltaba del todo al recompensarla con una sonrisa. De forma inesperada, la rodeó por las nalgas y la alzó en vilo al tiempo que él mismo se incorporaba.

Por un momento, pensó que se la llevaría a alguna parte, a la cama o a su bungaló; a los infiernos que lo habían engendrado, pero no le dio tiempo a decidir cómo respondería a una invitación semejante. Black Russian la ayudó a poner los pies en tierra firme con esa delicadeza que no dejaba de extrañarla.

Buscó su mirada con la esperanza de obtener una explicación a su frialdad, a su distancia, a su constante rechazo.

Justo cuando parecía que se había rendido a sus encantos y quería participar en el juego, daba tres pasos atrás. No lo entendía, como tampoco comprendió que Black Russian le acariciara la barbilla con el índice y el pulgar y le dijera:

—Pero mucho mejor si lo haces sin mí.

Capítulo 3

Al día siguiente, Ayane se preparó para salir en busca y captura de huellas que la llevaran hasta las dos jóvenes. Kingfisher y ella habían acordado levantarse temprano para visitar las bibliotecas y recabar datos de las desapariciones en Koh Phangan en los últimos dos años. Así tal vez pudieran encontrar coincidencias con otras víctimas.

Ayane rezumaba entusiasmo. Estaba ansiosa por ponerse en marcha. Tenía muy buenas vibraciones, y, además, a nadie le extrañaría que su sumiso y ella no participaran en las excursiones turísticas que se programaban a lo largo del día. Eran muchas las parejas que hacían sus propias rutas o se quedaban en los bungalós reuniendo fuerzas —o poniéndolas a prueba aún más— para la velada nocturna.

El único problema era la actitud de Kingfisher. Seguía ofendido por la actitud de Ayane en el dormitorio, pero no sentía que debiera disculparse. ¿Acaso no se tuvo merecido que se burlara de él? No había hecho ningún esfuerzo por tratarla con respeto. Es más; comenzó una guerra en la que ella nunca había querido participar.

Si algo le había enseñado convivir con Jace, era que, por fuerza, uno de los dos involucrados en una discusión debía dar el brazo a torcer para solucionar el desastre. A Ayane no le importaba ser quien guiara la conciliación con su marido porque lo quería y era una de sus responsabilidades matrimoniales, pero ¿hacer el esfuerzo con Kingfisher?

Clavó la vista en la precaria carretera de tierra que los conduciría a la biblioteca, enemistada con la posibilidad de disculparse.

Habían alquilado un coche para los dos.

Kingfisher iba sentado a su derecha.

No le gustaba el silencio, y menos uno tenso como aquel, pero tenía mejores cosas de las que preocuparse que del enfado de su compañero.

Como, por ejemplo, de dos veinteañeras arrancadas de sus hogares.

O de que la invadían los remordimientos cada vez que pensaba en Jace, y no porque la noche anterior se hubiera divertido gozando de la atención de Black Russian.

Después de pavonearse por el recinto y participar en distintas sesiones, fue a asearse en la intimidad de su bungaló. Estando bajo la ducha, Ayane había cerrado los ojos y se había llevado la mano a la entrepierna. Todavía estaba excitada por lo que había visto y oído, y pensó que una agradable manera de purgarse pasaba por colmarse de caricias con la imagen de Jace.

Separó los muslos y se apoyó en la pared mientras se frotaba el clítoris, al principio con

delicadeza, y luego cada vez más frenéticamente. Estaba sonriendo al imaginar que eran las manos de Jace las que la rozaban, que su cuerpo la cubría por entero, cuando su rostro se emborronó y fue sustituido por otro.

Uno sustraído de un recuerdo muy reciente.

De pronto, era Black Russian quien la miraba a la cara como si quisiera conquistar hasta el último de sus pensamientos y daba un sorbo distraído a su copa sin dejar de masturbarla.

Ayane había abierto los ojos abruptamente, desconcertada porque su mente hubiera tomado aquellos derroteros. Retiró la mano de su cuerpo para castigarse por el atrevimiento de fantasear con otro hombre, pero su sexo se resintió por la falta de mimos y no pudo evitar juntar los muslos para apaciguar el ardor.

Aunque giró el grifo del agua fría y se forzó a alejar el recuerdo de Black Russian, su piel siguió quemándola, negándose a colaborar. Se dijo que era porque había bebido más cócteles de la cuenta, porque había presenciado prácticas sexuales guiadas por profesionales cuyo erotismo aún resonaba en su piel sensible. Convencida de que visto así no tendría nada de malo buscar el orgasmo, Ayane volvió a darse la atención que quería frotándose descaradamente con la alcachofa de la ducha.

Cerró los ojos de nuevo y trató de evocar a Jace, pero la interrumpían los flashes de azotes con fustas, de asfixias eróticas, de cuerpos sudorosos restregándose con sus prendas de vinilo…

Sobre todo, la maldita cara del ruso, o la cara maldita del ruso, o la cara del maldito ruso.

Ayane se había corrido bajo el torrente de agua fría con la mirada de Black Russian grabada en la cabeza.

Esa noche durmió a pierna suelta, pero ya no estaba fresca como una rosa. Sus pecados bien podían pertenecer a la nocturnidad, a esa parte de sí misma que solo existía en determinados ambientes, pero le daba una segunda pensada a lo sucedido y se olvidaba de respirar.

—Esta noche voy a intentar colarme en los despachos de Califa y Black Russian —anunció Ayane en cuanto aparcaron y abandonaron el coche. Dudaba que, en el caso de que Fuego y Sangre fuera responsable de las desapariciones, tomaran medidas de protección tan drásticas como colocar dispositivos de escucha en sus vehículos. Pero era importante andarse con precauciones—. Anoche me di una vuelta por el recinto de los bungalós y me fijé en que se encuentran al lado de la Cabina Roja. El contrato que firmé especificaba que, cuando pronuncias la palabra de seguridad, se te retira de la velada porque se entiende que te has sentido violentada o superada por la situación y te llevan a dicha cabina. No sé qué pasa allí. Supongo que alguien te atiende o te hace compañía, pero ya me las apañaré para pasar de un lado a otro.

Kingfisher se limitó a asentir sin mirarla.

La biblioteca más concurrida de la isla los recibió silenciosa y vacía. Estaban a punto de cruzar las puertas de la sala de ordenadores, donde podrían leer la prensa, cuando Ayane se cansó

de su mutismo.

Aprovechó que estaban a solas en el pasillo para cerrarle el paso.

—Oye —le dijo sin rodeos. Su voz levantó un eco en el corredor—, no hemos empezado con buen pie y hemos seguido aún peor. Cosas que pasan. No soy tu persona favorita. Lo capto. El sentimiento es mutuo —aseguró con una mano en alto—, pero creo que para que esto salga a pedir de boca debemos poner de nuestra parte y tratar de llevarnos con una relativa cordialidad. Es la vida de dos personas lo que hay en juego, Mohawk. Nuestros orgullos ni pinchan ni cortan en este sitio.

Kingfisher esperó unos segundos para cerciorarse de que ella había acabado. Entonces la miró a la cara con sencillez. Las ojeras purpúreas le daban a su expresión un aire desvalido.

—¿Y estabas pensando en proponerme alguna dinámica de Recursos Humanos para fomentar ese espíritu grupal entre nosotros, o…?

—El hecho de estar aquí por trabajo debería bastar para que nos comportáramos como adultos. No sé qué te motivó a convertirte en agente del FBI, pero yo quiero creer en la justicia.

—Y también quieres que te aplaudan.

Ayane suspiró con hastío.

—Sean cuales sean mis objetivos, Kingfisher, pasan por hacer lo que Wray comande. Los tuyos también, según entiendo. Tenemos eso en común. Algo que de por sí, y como tú has mencionado, debería «fomentar nuestro espíritu grupal». Pero, mira, incluso si solo quisiera que me aplaudieran —añadió, extendiendo los brazos con exasperación—, ¿qué cojones te importa, tío? Al final, me mueva lo que me mueva, dejaré el trabajo hecho.

Kingfisher se la quedó mirando, esta vez más pensativo que reticente.

—Dime una sola razón para confiar en ti —dijo al fin.

—¿Perdona?

—Una razón por la que merezca la pena que haga el esfuerzo de tragarte.

—Tus secretos morirían conmigo —respondió sin pararse a meditarlo. No le hacía falta—. Y tengo tanto que demostrarle a todo el mundo que no me permitiré fallar. —Viendo que él no torcía el gesto, sino que cabeceaba como si no quisiera admitir que le había complacido la contestación, Ayane se arriesgó a darle un codazo amistoso—. ¿Y tú? ¿Qué tienes tú que pueda tentarme?

Él pareció batallar consigo mismo. Tragó saliva antes de contestar midiendo sus palabras:

—No tendrías que preocuparte de si te miento o te digo la verdad. Por lo que se ve, soy totalmente transparente.

Ayane se quedó de una pieza al oír su declaración. Solo podía significar que había acertado al burlarse de él por ser de los que ligaban pinchando una y otra vez al objeto de sus desvelos; que

no estaba siendo arrogante al acusarlo de estar obsesionado con ella, sino delatando una verdad con la que él se negaba a hacer las paces.

Esa fue la primera vez que Ayane le puso una mano en el brazo para ofrecerle su apoyo y no para mofarse.

—Suerte que, como te he dicho —contestó con suavidad—, tus secretos morirán conmigo.

Kingfisher se permitió sonreír a medias con un tinte de amargura.

Acababa de prometerle que no volvería a sacarlo de sus casillas, pero también le había advertido que no sucedería nada entre los dos. Es más: no volvería a sacarlo a colación.

Ayane retomó el camino a la sala de informática con brío y probó a iniciar una conversación informal para rebajar la tensión.

—Bueno, ¿y qué coño es eso de Kingfisher? ¿Tus antepasados no quisieron elegir entre King y Fisher y simplemente pegaron los dos apellidos porque eran más listos que nadie? Me duermo cada vez que intento pronunciarlo entero. ¿Te podría llamar King? ¿O prefieres Fisher?

—Podrías referirte a mí por el nombre del rol mientras estemos en la isla. Es mejor no correr riesgos, ¿no te parece?

—Eso es cierto —aceptó ella con resignación. Era demasiado pronto para poner la primera piedra de la camaradería, pensó, pero cuando tomaron asiento el uno al lado del otro ante un viejo ordenador, el agente le llamó la atención ladeándose hacia ella con una media sonrisa.

—Aunque Fisher no está mal. Ya hay un King en el cuerpo, y, entre tú y yo, las monarquías nunca me han hecho gracia.

Ayane soltó una carcajada, más por relajar del todo los ánimos que porque lo encontrara divertido. No continuaron la conversación una vez el ordenador arrancó y pudieron empezar a revisar los titulares de prensa de los últimos dos años, tanto impresa y escaneada como digital.

Esperaba encontrar noticias relacionadas con desapariciones. Y lo hizo, pero ni acaparaban la primera página, ni se molestaban en denunciarlas en los medios. A su lado, Kingfisher comprobaba la veracidad de los datos sobre las mujeres en paradero desconocido. Se hallaba más información al respecto en redes sociales. Provenía de parientes con escasos seguidores.

Eso solo podía significar que los peligros de Tailandia estaban tan normalizados que no era ni primicia ni directamente relevante que jovencitas de cierta edad no regresaran a sus casas. Las escasas privilegiadas que sí copaban titulares pertenecían a familias con dinero para invertir en la búsqueda, pero, como pasaba en todos los casos, la noticia iba perdiendo interés hasta que al cabo del tiempo no quedaba ni rastro de la existencia de la desaparecida.

Gracias a la documentación, descubrieron que algunas de las víctimas eran turistas asiáticas que volaban a Koh Phangan con la expectativa de asistir a la fiesta de la Luna Llena, un acontecimiento celebrado cada dos semanas en la playa de Haad Rin. Allí, protegido por el anonimato, la muchedumbre y la música a todo volumen, y sirviéndose del desamparo en el que

el alcohol dejaba a las mujeres, hasta un criminal sin experiencia podría secuestrar a una inocente y limpiar sus huellas.

Mientras consultaban los documentos y contrastaban opiniones, Ayane terminó acostumbrándose a la cercanía de Kingfisher. Acabó distraída, temiéndose adónde llevaría la pesadilla de las pobres isleñas; momento en el que se percató de que su compañero la había estado observando con fijeza. Fingió no darse cuenta, pero se enderezó enseguida y el curso de sus pensamientos viró a la extraña confesión del agente.

Ayane tendía a asumir que el desprecio de un misógino, por lo que había tomado a Kingfisher, era la manifestación de su deseo frustrado. No lo pensaba por convicción. Era, más bien, una creencia elegida que tenía como base la supervivencia del amor propio: asociar crueldades tan gratuitas a un odio justificado, a la posibilidad de merecérselo, la habría amargado, y ella se rebelaba contra el sufrimiento.

Pero, en el fondo, no había sospechado que Kingfisher pudiera anhelar su cuerpo de veras. Solo en situaciones de carácter sexual donde no era extraño que un hombre se excitara.

¿Se suponía que le había gustado desde siempre? No habían interactuado lo suficiente como para que perdiera los papeles a su alrededor. Ni tanto como para pagar su frustración con alguien inocente. Pero si se paraba a pensarlo, el tipo no la había desagradado desde el principio solamente por lo que se decía en la agencia sobre sus opiniones acerca de las mujeres. Le desagradó porque siempre que intercambiaron unas palabras se comportó como un auténtico patán.

¿Y si ese comportamiento prolongado en el tiempo solo había sido resultado de su timidez?, ¿de los nervios al tenerla cerca? No era como si le importara de cara a su futuro compañerismo, que, de corazón y por el bien ajeno, esperaba fomentar, pero admitía sentir curiosidad.

Esa había sido siempre su condena. Dejarse llevar por la curiosidad que le suscitaba el género humano. Su psiquiatra le había dicho en numerosas ocasiones que se debía a su retorcida fascinación por la psiquis de su padre. Había crecido con un hombre de carácter complejo y con prioridades contradictorias: cuidar de su familia y matar en nombre de la yakuza. Eso la había llevado a creer, tal vez erróneamente, que todo el mundo era más profundo de lo que parecía.

En cualquiera que fuese el caso, había decidido obviar la atracción de Kingfisher para evitar problemas.

Y eso hizo en cuanto volvió a concentrarse en su labor.

—Tenemos que confirmar que en el calendario de actividades programadas figura la fiesta de la Luna Llena —comentó Ayane cuando estuvieron de nuevo en el coche, casi cuatro horas después de llegar a la biblioteca—. Y enterarnos de si Jaylani y Amelia acudieron.

—No haría falta estudiar el calendario si el día que se las vio por última vez coincidiera con la noche o la madrugada de la fiesta —respondió Kingfisher. Le tocaba conducir esta vez—. Es

mejor si no interrogamos a ningún participante de Fuego y Sangre y nos servimos de la información de la web para hacer cábalas.

—Ahora que lo pienso —siguió meditando ella en voz alta—, no tendría sentido que hubieran desaparecido en Haad Rin. Las noches están reservadas para las veladas, que no acaban hasta las cuatro o las cinco, y dudo que las chicas se hubieran visto en condiciones de salir de farra después. A no ser que por alguna razón no hubieran asistido ese día a los juegos…

—Recuerda que el cuerpo del prometido de Amelia Cox se encontró en Koh Samui, la isla de aquí abajo. Si lo hubieran matado cerca de Haad Rin, ¿no lo habrían arrastrado las corrientes marinas en otra dirección? Al este o al oeste, pero no al sur.

Ayane le lanzó una mirada socarrona, tamborileando los dedos contra el borde de la ventanilla.

—No me digas que entiendes los caprichos del océano.

—He visto algunos documentales.

—Pues yo no tengo ni idea de cómo funcionan las mareas, pero me parece factible que después de semanas flotando hubiera acabado donde Cristo perdió las polainas.

La mención del prometido de Amelia venía a cuento, porque pusieron rumbo al puerto del que saldría el último ferry que los llevaría a Koh Samui.

El FBI les había proporcionado un mapa con la localización exacta de donde se halló el cuerpo del fallecido. El objetivo era peinar la zona en busca de pistas que se les hubieran podido pasar por alto a los policías tailandeses y preguntar dudas legítimas como la que no dejó de dar vueltas en su cabeza: ¿era posible que lo hubieran matado en Koh Phangan y las corrientes lo hubieran arrastrado hasta allí? De ser así, cabría la posibilidad de que el asesino lo hubiera pensado de esta manera para que fueran las autoridades de Koh Samui las que se encargaran del misterio; para jugar al despiste. Si esta sospecha se cumpliera, Ayane tendría que reconocerle su perspicacia, de la que en el fondo nunca había dudado. Estaba convencida de que el problema era mucho mayor de lo que parecía y de que no podían tratar los casos de Amelia y Jaylani como un par de trágicas casualidades.

Ya en el puerto, Ayane escuchó hablar en inglés a un marinero de la zona. Estaba descargando la pesca del día con esfuerzo mientras le explicaba a un turista interesado lo trabajoso de su empleo cuando el océano se volvía caprichoso.

Aunque Kingfisher no dejó de repetirle que perderían el ferry si se entretenían hablando con los lugareños, insistió en desembarazarse de él y acercarse al pescador para atender a su explicación. En un momento dado, preguntó con inocencia sus dudas acerca del Pacífico.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Kingfisher la vio regresar sobre sus pasos con las manos entrelazadas a la espalda y una sonrisa satisfecha.

—¿Y bien? —quiso saber él, hastiado—. ¿Ha merecido la pena frustrar mis planes de hoy?

—Bueno, tú me dirás. —Encogió un hombro mientras entraba de nuevo en el coche—. Según parece, este buen señor se echó al mar un día de ventisca y acabó en el sur de Koh Samui. No es muy descabellado asumir que al prometido de Amelia lo engulleron las aguas algo más al sur de nuestra isla y que por eso acabó en la vecina. Total; tampoco es como si hubiera llevado encima un billete de ferry cuando lo encontraron, ¿no?

—Eso es mucho suponer —se quejó Kingfisher—. Pero lo mataran donde lo mataran, ¿qué nos asegura que los tortolitos estaban juntos esa noche? ¿No te has planteado que Amelia pudiera haberse ido sola a la fiesta? Dudo que a alguien se le hubiera ocurrido tocarla si hubiese estado acompañada de su pareja, y no es por incurrir en tópicos, pero por más sadomasoquista que sea un millonario conservador de Missouri, sigue siendo un millonario conservador de Missouri. No dejaría ir a su novia con un pantaloncito corto y un biquini a una *rave* en Tailandia.

Ayane tuvo que aceptar a regañadientes que lo que sugería era cierto. Por desgracia, los hombres respetaban mucho más la integridad de las mujeres cuando un marido las escoltaba, y por lo que le habían contado sobre el tipo, no había sido mucho más progresista que su difunto abuelo, un viejo senador republicano que se dedicó a echar por tierra las leyes igualitarias.

—Que uno esté muerto y la otra desaparecida es lo bastante llamativo como para dar por hecho que salieron juntos, ¿no te parece? —replicó, aun así—. Mi teoría es que abdujeron a Amelia cuando el chico se descuidó, pero este vio que algo no marchaba bien, salió detrás de los malhechores y los susodichos se libraron de él por el camino, cuando ya llevaban un rato de ruta hacia el puerto. Porque es obvio que lo primero que hicieron en cuanto tuvieron a Amelia fue sacarla de la isla —añadió con gravedad—. Koh Phangan no es lo bastante grande para ocultarla sin que nadie se entere, y así era más fácil perderle el rastro.

—Buena teoría. ¿Qué piensas hacer ahora para nutrirla de argumentos de peso?

Ayane se puso el cinturón y clavó la mirada al frente.

—Cerciorarme de que ni Amelia ni su pareja asistieron a la velada sadomasoquista de aquella noche porque querían festejar la luna.

—¿Y se te ocurren maneras de averiguarlo?

—Por supuesto. —Se giró para guiñarle un ojo—. Solo tengo que hacerle las preguntas correctas al que estuvo aquí en aquel entonces… que da la casualidad de que lleva viniendo a Koh Phangan «unos pocos» años. Con toda probabilidad, los mismos escasos años que han estado ocurriendo las desapariciones.

Capítulo 4

Ayane solo tenía una misión esa noche: pronunciar la palabra de seguridad y que la llevaran a la Cabina Roja para husmear entre los despachos de los directivos.

En vista de cómo se había presentado la velada, parecía que tendría éxito. Califa había dejado su bungaló a merced de sedientas de información como ella para pulular por el recinto.

Black Russian también estaba presente: otra feliz casualidad. No lo vio más que de refilón en tanto que empezaban los juegos, pero el pulso se le agitó como a una estúpida *groupie*.

Dios le estaba mandando señales para confirmarle que su estrategia era la correcta. Cómo no pensarlo, si los astros parecieron haberse alineado cuando la voz del presentador se hizo oír a través de los altavoces:

—Como todos aquí sabemos o deberíamos saber, no hay nada más placentero que alargar el momento de la pasión. La angustia de no tener lo que deseamos en el momento no hace sino intensificar el deseo, y esto es necesario para que estalle con toda su fuerza en el orgasmo.

Un capricho del destino quiso que, en su rápido vistazo a la concurrencia, la mirada de Ayane cayera sobre la figura monumental de Black Russian. Recostado con su ropa negra en el bungaló donde disponían los juguetes, se camuflaba de tal manera que solo su cabello y sus ojos nítidos centelleaban en la noche como los de un gato refugiado en un callejón oscuro.

Se estremeció con las palabras del organizador en mente. Estaba de acuerdo con que no había nada más placentero que la demora de la gratificación. La angustia de no tener lo que se deseaba en el momento solo intensificaba el deseo.

Eso era lo único que le pasaba con Black Russian, se dijo. Bastaba con que le dijeran que no para que ansiara que le abrieran los brazos.

Era un capricho absurdo, no un verdadero anhelo.

Resuelta a confiar su vida y sus instintos a este nuevo planteamiento, retiró la mirada para concentrarse en los altavoces. Pero siguió sintiendo un cosquilleo en la piel, como si los ojos de Black Russian tuvieran rayos infrarrojos y Ayane un cuerpo sensible a la radiación.

—Por esta razón —prosiguió el presentador—, se ha decidido que aguantaréis una noche más sin encarnar vuestros roles. Y es que hoy, los amos serán sumisos… y los sumisos serán los amos.

La mirada de Ayane cayó indefectiblemente sobre Kingfisher, que había estado esperando el anuncio de pie a su lado. Los dos compartieron un silencio cargado de disimulado regocijo. Si el

agente elegía una práctica lo bastante violenta, Ayane no tendría que preocuparse de resultar creíble. Podría negarse a continuar pronunciando la palabra de seguridad.

El único problema era que fuese Kingfisher quien empuñara la fusta.

No se sentía cómoda compartiendo experiencias sexuales con un hombre que había admitido su debilidad por ella. Lamentablemente, no podía arriesgarse a buscar otro sumiso con madera de dominante para lo que se proponía.

En cuanto la música volvió a sonar a través de los altavoces, Kingfisher se dirigió con decisión al bungaló que contenía los juguetes y regresó con una cuerda y un látigo de nueve colas. Hacía tiempo que Ayane no veía uno, y ni hablar de los años que habían transcurrido desde la última vez que la azotaron con el mismo. Guardaba un recuerdo tórrido relacionado con él, aun así, y su cuerpo se trenzó de excitación de pensar en repetirlo.

El juego empezó después de que un par de ayudantes aparecieran empujando una cruz de San Andrés. Siguiendo las indicaciones de un Kingfisher comprometido con la causa, ajustaron fácilmente las cuatro argollas en la pared más cercana, en un punto lo bastante visible para que los espectadores fueran testigo de lo que sucedería.

Ayane se quedó tan maravillada con la eficiencia de los trabajadores, con el solo hecho de estar allí, que el agente tuvo que devolverla a la realidad rodeándola por la cintura.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le susurró al oído.

Por la inflexión que utilizó, comprendió que no se refería a la misión.

Dudó antes de adoptar la posición con los brazos extendidos en ángulo con la cruz. Sospechaba que esa noche confirmaría sus pesquisas: no era la mejor idea someterse a las órdenes de Kingfisher. Pero una recóndita parte de ella sentía curiosidad. Incluso notó un cosquilleo en el estómago cuando él se acercó para ajustar las cuerdas a los tobillos y a las muñecas.

No se retiró enseguida. Después de atarle las manos, se quedó mirándola un instante a la altura de su rostro. La semioscuridad de una noche morbosa, solo alterada por los focos de neón, favorecería a cualquiera, pero la injusta verdad era que no necesitaba ayuda para presentarse como un hombre fundamentalmente atractivo. Sus ojos brillaban como piedras de ónice, y las luces ambarinas bronceaban aún más una piel que parecía de satén.

Kingfisher se separó lo justo para recorrer el borde de su cara con la punta de la fusta. Ayane cerró los ojos, esperando un azote en la mejilla que no llegó.

La caricia en forma de medialuna concluyó en su barbilla y siguió cuello abajo.

—Piensas que por ser guapa te mereces todo lo bueno que el mundo puede ofrecer, ¿verdad? —oyó que le preguntaba en voz baja. Ayane abrió los ojos para mirarlo y se topó con la expresión de la que debía de armarse para las sesiones—. Qué fácil ha tenido que ser tu vida sin que nadie te pusiera un alto nunca.

Abrió la boca para defenderse, pero recordó que no estaba ni en su rol de dominatriz, ni en la piel de la agente Nagai-Ryder. Se resignó ante lo evidente: Kingfisher pretendía desahogarse.

En muy mala hora, pensó.

Se suponía que habían resuelto sus diferencias.

—Creo que los dos sabemos muy bien lo que va a pasar —señaló Kingfisher, prodigando una caricia prometedora a la longitud de la fusta. En sus ojos brillaba la clase de interés perverso por el que Wray lo habría apartado de la misión; ese que podía alterar las prioridades de un hombre —. No será porque no te lo hayas buscado estos últimos días.

—Lo que tú digas, amo —respondió con un claro deje sarcástico.

El agente enarcó una ceja oscura, provocándole a ella un inesperado cosquilleo de anticipación.

Sí, se aprovecharía de tenerla a su merced…, pero ¿hasta qué punto?

La respuesta a la pregunta llegó en forma de latigazo, o así sintió el golpe de fusta justo debajo de las clavículas. No se cortó y gritó, sorprendida porque hubiera escogido una zona tan dolorosa.

—Ahora dilo sin ironías.

—Lo que… tú digas… amo —repitió despacio.

Él alzó la barbilla, más satisfecho con la contestación. Se paseó ante ella agarrando el instrumento por el mango y por la punta, meditando su siguiente decisión.

—¿Crees en la venganza? —le preguntó de repente.

—No… —Un azote en la curva de la cadera la obligó a callar. Su cuerpo se combó hacia el lado contrario por acto reflejo. Cerró los ojos con fuerza para resistir el impacto del golpe, que, como la mecha lenta de un cartucho de dinamita, se extendió por todo su sistema hasta hacerla explotar con un escalofrío ardoroso—. Quiero decir… Sí.

—Sí ¿qué?

—Sí, amo.

—¿Cuántas veces dirías que me has humillado en lo que llevamos de experiencia? —Enarcó una ceja—. Quiero que las cuentes conmigo: en el baño del avión… —Esperó a que Ayane la señalara como la primera, pero se le olvidó y él la castigó lanzando un nuevo azote justo en el ombligo. Ella jadeó sin apenas aire—. ¿Y bien?

—Uno —musitó sin aliento.

—¿Qué más…? Ah, sí. En el bungaló. La primera noche.

—Dos.

—Exacto, dos. —Y se vengó con un latigazo a la altura del pubis. Ayane estuvo a punto de doblarse por la impresión. Los golpes eran secos, destinados exclusivamente al dolor—. Pero yo diría que ese segundo vale por tres. ¿O por cuatro? ¿Tú qué opinas?

—Yo…

No pudo prepararse para la lluvia de golpes que le cayó a continuación. Rodeándola como un artista a su obra, empuñó la fusta para dejarle una marca roja en el hombro, otra en la cadera y una tercera entre los pechos. Ayane trató de resistirlos apretando los labios y los ojos, pero el azote que aterrizó en la base del cuello le robó el oxígeno de los pulmones y hasta la mareó. Suerte que la cruz la mantenía sujeta o se habría derrumbado hacia delante. Notaba la sangre bombeando en los puntos heridos.

Con la mirada desenfocada, barrió las inmediaciones en busca de alguien que la ayudara; de alguien que se estuviese dando cuenta del abuso de poder. Tanto Califa como Black Russian habían desaparecido.

Perdió el hilo de sus pensamientos cuando Kingfisher la agarró de la mandíbula.

—Mira al suelo o mira a tu amo —le ordenó con frialdad—. Fuera de eso no hay nada que ver.

—¡Me estás haciendo daño! —le espetó.

—¿Y en qué crees que consiste el juego, zorra? —Ladeó la cabeza, como si le enterneciera su inocencia—. No todo iba a ser diversión durante esta experiencia. Alguien tendrá que prodigarte el trato que te mereces, y apuesto por que ese no va a ser tu verdadero amo —añadió con una expresión significativa. Se le formó un nudo en la garganta al comprender a qué se refería, o, mejor dicho, a quién—. ¿Qué pensaría si te hubiera visto prácticamente llorar por la polla de otro?, ¿si supiera que te lo pasas de maravilla incluso buscándome la boca a mí… o lo que no es la boca? Eso le deja en muy mal lugar, ¿no te parece? Que vayas metiéndole la mano en los pantalones hasta a quien desprecias.

Kingfisher impidió que se defendiera colocando la fusta en posición horizontal contra su cuello. Ayane intentó alargarlo para no ahogarse, pero ese era el objetivo que él tenía al presionar su garganta atorada con la vara flexible. Trató de hacer entrar en razón a su compañero con una mirada cristalizada.

—¿Por qué haces esto? —logró articular al borde de las lágrimas.

La expresión sombría del agente mudó a una más accesible que rayaba en la sorpresa. Frunció levemente el ceño y aflojó la presión, pero no se retiró para poder hablarle sin tapujos en voz muy baja.

—¿Qué quieres decir? No te lo habrás tomado en serio, ¿no? Hemos quedado en que tenía que provocarte para que pronunciaras la palabra de seguridad.

Nadando en la incredulidad, Ayane echó mano de sus conocimientos sobre el lenguaje no verbal para estudiar el semblante ahora avergonzado de Kingfisher. Confirmó que, en efecto, había sido una puesta en escena.

Ella torció el gesto, a caballo entre el dolor y la indignación, y espetó:

—Eres un sádico de mierda. —Y añadió, para que la oyera todo el mundo—: ¡Sangre!

Antes de que el agente pudiese defender su causa, una auxiliar se personó para asegurarse de que la participante se negaba a continuar con la sesión. Tras obtener el seco asentimiento de Ayane, la susodicha procedió a desatarla con una delicadeza que podría haberla hecho llorar.

Ninguna de las dos miró al mudo Kingfisher en todo el proceso.

Ya lista, la auxiliar le ofreció el brazo para escoltarla hasta un lugar donde podría tranquilizarse.

Sola o en compañía, como fuera su preferencia.

—Kir Royale —la llamó el agente con clara turbación cuando ya se había dado la vuelta.

Ayane esperó a haberse alejado lo suficiente del recinto para que nadie captara su respuesta a la disculpa implícita. Aferrada a la joven ayudante, ladeó la cabeza para mostrarle a su compañero el perfil de una sonrisa cómplice y cruzó los dedos índice y corazón junto a la cadera.

«Ya está hecho», expresó con el gesto.

Ayane esperó a que el auxiliar regresara a donde se gestaba la acción para salir de la Cabina Roja, el aburrido rincón en el que aterrizaban los asustadizos. Miró a un lado y al otro, confiada en que no habría nadie por los alrededores en el momento álgido de los juegos, y se escabulló por el sendero de tierra.

Gracias al estudio de un mapa del recinto, reconoció el bungaló con el techo negro como el despacho de los organizadores.

Nada más introducir la horquilla en el cerrojo, notó que estaba abierta. Empujó la puerta despacio y se asomó para cerciorarse de que ni Califa ni Black Russian andaban por allí.

Aún no había moros en la costa.

Entró con paso sereno, forzando la expresión inocente, como si los mandamases la hubieran mandado allí y ella se hubiera limitado a obedecer. Se le escapó una sonrisa incrédula, pensando que aquel lugar no casaba en absoluto con lo que entendía por el carácter de Black Russian, que era austero y en todo caso clásico al actuar y al vestirse. Nada que ver con el estilo recargado de la decoración. Sillones de cuero escarlata, alfombras con tribales coloridos, exceso de cuadros de paisajes bucólicos… Parecía la versión campestre de un burdel decimonónico.

Con el corazón latiéndole en los oídos por la adrenalina, se dirigió al escritorio que dominaba la estancia. Pensó con disgusto que, si los idiotas dejaban abierto el despacho, debía de ser porque no guardaban documentos de importancia.

Frotándose los brazos con impaciencia, tomó asiento en el borde de la mesa para hojear los papeles esparcidos por encima. Así, si alguien entraba por casualidad, la encontraría en una

postura sugerente que a ella no le costaría justificar.

Le extrañó que Black Russian fuera tan caótico. Lo había imaginado pulcro y obsesivo con sus pertenencias. Una estilográfica se había rebelado esparciendo su tinta negra sobre la superficie de madera. Folios arrugados ocupaban la totalidad del escritorio, como si no soportara el color de la madera y hubiera tenido que cubrirla.

Dio la casualidad de que uno de ellos era un impreso del calendario de actividades matinales. Por supuesto, la fiesta de la Luna Llena no figuraba en el plan, pero le complació descubrir que el viernes que se celebraría había sido marcado con un símbolo.

Estaba acercándoselo a la cara para tratar de averiguar qué era cuando una voz exigente la sobresaltó.

—¿Qué haces?

Ayane buscó con la mirada a la mujer que la había cazado con las manos en la masa.

La esposa de Califa acababa de aparecer por una puerta en la que no había reparado hasta entonces, situada en un lateral de la estancia y camuflada gracias a un inmenso tapiz con motivos geométricos.

La joven se quedó bajo el umbral sujetando el pomo con los ojos oscuros fijos en ella.

—Joder, Paula. Qué susto me has dado —se quejó.

—Aquí soy Angel Face —corrigió en tono neutro.

Hasta la fecha, Ayane no había conocido a nadie que luchara tanto contra su propia irracionalidad y en el proceso lograra el efecto contrario: delatar hasta con el más nimio gesto que su mera presencia la incordiaba.

Como mínimo.

Ayane puso los ojos en blanco.

—Será que no hay Paulas en el mundo… Y, cariño —añadió en castellano con acento de Chile, país natal de la joven—, no seas modesta. Tú eres una carita de ángel aquí, allí y dondequiera que vayas. Y hablando de irse…, ¿por qué no te esfumas? —le sugirió, aireando la mano con una sonrisa encantadora—. He quedado con Black Russian, y no precisamente para jugar al parchís. No me gustaría que estuvieras pululando por los alrededores para cuando llegase, *tu me comprends?* —apostilló en francés con un deje burlón.

Irritar a Paula León había sido uno de los grandes placeres de su juventud que solo rivalizaba con el gustazo de observarla. Llevaba un precioso kimono de seda oscura anudado a la cintura, la clase de prenda que ensalzaba las figuras de reloj de arena tan tentadoras como la suya. Debía de tratarse de alguno de los regalos de incalculable valor que Califa habría encargado a los mejores sastres del mundo para tratar de hacerla feliz.

Labor imposible cuando se trataba de Angel Face.

Porque sí, tenía cara de ángel, pero también alma de diablo.

No perversa, sino amarga.

—¿Hay alguna razón por la que quieras tirarte a toda la cúpula de Fuego y Sangre?

Lo preguntó con la neutralidad de la que las mujeres se valían para sonar indiferentes cuando en el fondo ardían de rabia.

—¿Lo dices porque tengo a Black Russian en el punto de mira y Califa estuvo en mi vida hace no sé ya cuántos años? —Ayane enarcó una ceja que rezumaba ironía—. Espera, no, esa no es la pregunta que quería hacerte: ¿y tú tienes alguna razón por la que seguir guardándome rencor? ¿Es que tu marido se corrió diciendo mi nombre en la luna de miel? Por favor, Paulita, mi linda polola… —Volvió a bizquear, hastiada—. Ni siquiera erais pareja por aquel entonces, y no porque él no quisiera. La que debería estar mosqueada por haber sido el premio de consolación soy yo.

Paula compuso una mueca cargada de desdén. Era la manera que tenía de situarse por encima del osado que hubiera intentado ofenderla.

Pero también se le erizaron los hombros como a un gato empapado.

A Ayane no le gustaba enemistarse con las mujeres. Hacía todo lo posible por tenerlas de su lado. No ya para evitar encontronazos desagradables, la que era su prioridad, sino por un absurdo anhelo de compañerismo. Sin embargo, por unas razones o por otras, y casualmente estas estaban siempre relacionadas con el género masculino, no terminaba de hacer buenas migas con la mayoría. Sabía que la culpa la tenía el hecho de encajar en el canon de mujer abierta con intereses prototípicamente varoniles, lo que el resto de su género definía como un deseo desesperado por obtener la validación de los hombres. También que no creyera en la propiedad de las personas y se acostara con quien, cuando y como se le antojara. Pero se negaba a cambiar su forma de vida o de ser porque algunas parejas de sus antiguos amantes no pudieran soportar que hubieran existido otras antes que ellas.

Aun y con todo, debía provocarla para que pasara por alto su presencia allí. Así, cuando se reuniera con Califa, el orgullo le impediría mencionar el encuentro.

—No me fío de ti —reconoció al cabo de unos tensos segundos de silencio—. Nunca lo he hecho.

—Pues haces mal, Paula —le rebatió con una sonrisita coqueta—, porque la que me interesa de ese matrimonio eres tú, no él. Según lo veo yo, el que debería montar espectáculos de celos es tu marido.

En el club French 75 llegó a correr el jugoso rumor de que Angel Face era lesbiana. A Ayane le costó creerlo entonces y le costaba ahora. Quizá en el seno de ciertas familias o en determinados ámbitos de la vida pública fuera peligroso salir del armario, pero en el mundillo en el que Paula se movía no existían motivos distintos de un recelo propio para ocultar la

orientación sexual.

Además de que había visto con sus propios ojos el rabioso odio de Paula al verla en brazos de Califa; el dolor egoísta de que no fuera suyo por entero y la desesperación ante la posibilidad de perderlo.

Pero en momentos como aquel, en los que la atmósfera se llenaba de un magnetismo hipnotizador y las dos se observaban con rivalidad, Ayane dudaba.

No era la primera vez que se había quedado a solas con Paula y había notado una ligera atracción.

—Procura mantenerte lejos de él.

—¿De quién? ¿De tu marido o de Black Russian? —preguntó con fingida inocencia.

—Por la cuenta que te trae… de ambos. De mi hombre porque te haré pasar por un infierno si no lo haces —resolvió con sencillez—, y del otro porque él mismo es el infierno.

Su vehemencia al hablar la intrigó.

—Oh, ¿ahora estás preocupada por mí?

—Hay hombres que no se los deseo a nadie, Kir Royale. Ni siquiera a ti.

Desapareció tras la misma puerta por la que había entrado.

¿A dónde conduciría? ¿Al dormitorio de Califa? ¿A su despacho, si es que había dos diferenciados? A primera vista le había parecido que en aquella zona solo había un bungaló, el que los dos organizadores utilizaban para atender cuestiones relativas a las políticas del evento.

Una puerta volvió a abrirse. Ayane se preparó para seguir discutiendo con Angel Face —no era infrecuente que acabara volviendo por más—, pero esta vez el visitante apareció por el acceso principal vestido como un príncipe moderno con debilidad por el negro.

Exceptuando el viaje en avión, no recordaba haberlo visto con algo distinto de su camisa y sus pantalones oscuros, y tampoco echaba de menos otro color en él.

Si de veras era el infierno encarnado, le iba que ni pintado.

Capítulo 5

Se enderezó nada más recibir su mirada inquisitiva, igual que una niña que esperaba una reprimenda.

—Esta no es la Cabina Roja —acotó Black Russian con aspereza.

Pero porque era áspero, no porque esa fuera su intención.

Nada parecía lo bastante importante para cabrearlo.

—¿Cómo que no? Pues es aquí a donde me han traído —contestó ella, acariciando con los dedos el borde de la mesa sobre la que seguía cruzada de piernas—. Así que, como puedes ver…, me he puesto cómoda.

Sospechaba que la pequeña mentira le acarrearía un castigo al auxiliar de turno, pero ni siquiera pudo pensar en la pobre criatura cuando Black Russian cerró la puerta a su espalda y echó el pestillo, un acto cargado de significado que le puso el vello de punta.

Se acercó tanto a ella que la sensación de vértigo inicial se acentuó. No pudo sino contener la respiración cuando se inclinó peligrosamente cerca de sus labios.

¿Iba a besarla?, se alarmó.

No, por supuesto que no. Solo se dobló para abrir un cajón y sacar algo misterioso.

—No sabía que eras tú quien se encargaba de entretener a los que se rajan de las veladas… —su voz se fue apagando al oír el leve golpe en la mesa. Black Russian acababa de colocar junto a su cadera un bote de… ¿crema de aloe vera? La extrañeza le hizo preguntar una obviedad—. ¿Qué es esto?

Él ya se había dado la vuelta para dirigirse al aparador de las bebidas. Y aunque habló con su displicencia habitual, Ayane reaccionó con entusiasmo porque hubiera reparado en un estúpido detalle:

—Te has quemado los hombros.

—He echado un buen rato en la playa de Haad Rin y se me ha olvidado ponerme protección. Y a propósito de eso —añadió con el dedo en alto, en tono desenfadado—, allí me he enterado de que se celebra una fiesta legendaria por estos lares, la de la Luna Llena. Había un grupo de relaciones públicas promocionándola e invitando a los bañistas a quedarse en sus hoteles para vivir la experiencia. ¿Por qué no nos habéis hablado de ella? —Se cruzó de brazos, enfurruñada —. Parece un plan divertido para los invitados de Fuego y Sangre.

—Puedes ir. Cada asistente tiene la libertad de faltar a las veladas cuando le plazca.

—¿Pero no es habitual? Porque no quiero ir sola, y mi sumiso no es lo que se dice… fiestero

—añadió por lo bajini.

No tuvo ni que fingir la irritación.

—¿Y qué es, aparte de violento?

Su réplica desinteresada la pilló con la guardia baja. ¿Habría presenciado los azotes desde un punto estratégico desde el que nadie había podido verlo?

¿Con qué fin lo había preguntado?

—¿Te molesta que le hayan hecho daño a tu muñeca preferida? —lo provocó.

Black Russian la miró por encima del hombro con una socarronería al más puro estilo ruso, más imaginaria que realista y por eso mismo excitante. Mientras, se fue desabotonando la camisa.

La sonrisa juguetona de Ayane se tambaleó.

No era descabellado que se pusiera cómodo. Acababa de llegar al bungaló donde trabajaba. Pero la escena le resultó tan cotidiana, como un marido que regresaba del trabajo y se sacaba los zapatos entre suspiros, que por un instante la dominó la confusión.

«Es por la estúpida fantasía de anoche», le restó importancia. «Se te pasará».

—Me temo que estoy mayor para jugar con muñecas —respondió con voz neutra—, si es que has venido para eso.

—He venido porque me han prodigado el trato salvaje que las niñas suelen dar a sus barbies —le recordó—. Pero, oye, volviendo a la fiesta de la Luna Llena… ¿Irías conmigo? —propuso para comprobar su reacción—. Que yo sepa, no has echado mucho rato en la velada de esta noche, imagino que porque no tienes que estar vigilando todo el día. No te echarán de menos.

—¿Y tú sí? —contraatacó con una mirada displicente.

—Yo sí ¿qué?

—¿Tú sí me echarás de menos?

—Bueno… Se ha notado tu ausencia. —Cruzó las piernas y apoyó las manos a cada lado de las caderas—. ¿Y? ¿Vendrías conmigo a la fiesta? Aunque no seas de los que bailan, seguro que eres de los que saltan. O de los que simplemente beben… —Al ver que no contestaba, añadió—: ¿De los que se limitan a hacer compañía?

Ayane se percató del brillo burlón de sus ojos al retirarse del aparador. Había sacado de una de las baldas un licor de una bonita tonalidad ámbar y un par de vasos de cristal.

Black Russian sirvió una dosis observando la caída del líquido con la cabeza ladeada. Ella siguió la parsimonia de sus movimientos seguros hasta que él le tendió la copa en un gesto elegante.

—Puedo llevarte a un sitio mucho mejor —respondió al fin con una mirada penetrante.

Los labios de Ayane insinuaron una sonrisa recelosa.

—No me digas. —Cogió el vaso y le dio un sorbo rápido. Esperó que el líquido le hubiera

templado la garganta para inquirir—: ¿A cuál?

—Si aceptas, es con la condición de que sea una sorpresa.

—No sé si me gustan las sorpresas.

—Yo las detesto, pero a veces aparece una mujer en tu despacho y tienes que llevarlo como buenamente puedas.

Ayane se debatió entre reírle la gracia y dejar correr el silencio.

Por una cuestión de orgullo, se decantó por lo segundo.

Nunca le había gustado perder el tiempo con miraditas prometedoras o juegos de niños. Si no iba a poder mantener una conversación con contenido y forma con él, mejor pasar a la acción. Pero los silencios de Black Russian habían empezado a atraerla. Todo lo que le rodeaba, todo lo que no era explícito, decía mucho más de él que ninguna declaración de intenciones.

—¿Puedes prometerme que me divertiré si voy contigo?

Él curvó los labios con una sonrisa sugerente.

—Puedo prometerte que encontrarás lo que vienes buscando.

—¿Qué se supone que vengo buscando?

—Sexo. —Contempló el contenido de su copa al menearla en círculos—. Exclusividad. Marcar la diferencia.

Ayane ladeó la cabeza con aire risueño.

—Me has pillado. ¿Y cuándo será eso?

—La fecha también es una sorpresa.

Aunque estaba más que dispuesta a ir con él a donde le propusiera, sobre todo si se trataba de un lugar que frecuentaba la cúpula, fingió que se lo pensaba paseando la mirada por la estancia. Se mordió el labio, hiperconsciente de que él trataba de adivinar sus pensamientos, y al fin lo enfrentó.

—Siempre y cuando me sigas sorprendiendo con una conversación funcional, como ahora mismo —le impuso con humor—. Me está dejando de una pieza que sepas hablar.

—A mí también me extraña tomarme la molestia.

—¿Eso es lo que tienes que hacer con los participantes que pronuncian la palabra de seguridad? Aparte de servirles una copa, ¿arrancas con cháchara que les distraiga?

—También les echo una manta por los hombros y les digo que todo saldrá bien.

Ayane soltó una carcajada pueril. No solo no se lo imaginaba en el papel de protector, sino que podía percibir bajo la primera capa de escarcha que, aunque no pretendiera bromear, sí que estaba tomándole el pelo.

Le dieron ganas de preguntarle si su carácter la descolocaba por la diferencia cultural.

—Una manta solo me iba a perjudicar considerando el estado de mi piel. Podrías ayudarme con eso, ¿no? Ya sabes… —Le sonrió con malicia y señaló la crema de aloe con la barbilla.

Movió los hombros con intención juguetona—. Echarme un poquito.

Él bebió de su copa observándola con los ojos entornados.

—¿Esa es la mejor coquetería que puedes ofrecerme?

—¿Después de haberlas pasado canutas en la velada? Sí. Comprenderás que no esté particularmente inspirada.

—No pareces la clase de mujer que pronuncia la palabra de seguridad a la ligera.

—¿Qué te dice a ti que la he pronunciado a la ligera?

—¿No lo has hecho? —contraatacó él.

La había pronunciado con un objetivo en mente, sí, pero no podía decir que las acusaciones de Kingfisher no la hubieran incomodado. Aunque el agente no tuviera el poder de afectarla, sí era lo bastante perspicaz para conocer sus fibras sensibles.

Descartó aquellos pensamientos, molesta porque insinuaran su vulnerabilidad.

Se dijo que con rodeos no llegaría muy lejos. Si quería que Black Russian la tomara en serio, se encaprichara con ella o solo bajara la guardia, tendría que sacar la artillería pesada: acorralarlo con unas exigencias que él, guiado por el ego masculino o por el deseo que a ratos se avistaba en su mirada cifrada, se viera impelido a satisfacer.

—Sí, lo he hecho —reconoció pasado un rato—. Anoche me abandonaste antes de que acabara contigo, y quería… Supongo que solo quería verte. Ya te habrás dado cuenta de que me gustas un poco. —Aunque dio por sentado de antemano que él no le devolvería el flirteo, se sorprendió molestándose con su silencio. No pudo resistirse a apostillar—: Ahora es cuando dices: «Tú también a mí, Kir Royale».

—Túmbate boca abajo —replicó en su lugar.

Lanzó un suspiro hastiado con su actitud, pero obedeció bajando de la mesa de un salto. Sospechando que pretendía cumplir la petición anterior de mimarle los hombros, se llevó las manos a la espalda y desabrochó el sujetador, lo único que cubría su torso. Lo arrojó a un lado sin contemplaciones y esperó con el alma en vilo una reacción de su parte.

Black Russian la miró de arriba abajo con premeditada lentitud. Era como si supiera lo que Ayane quería de él y se lo diera en pequeñas dosis con la intención de hacerla adicta a sus atenciones.

Se tendió sobre la alfombra y apoyó la mejilla sobre los dorsos de las manos. Aguardó con la respiración suspendida a que él se situara a horcajadas sobre su espalda.

Sin llegar a tocarla, por supuesto.

Incluso al hacer algo tan inherentemente erótico como un masaje, procuraba mantener la distancia.

En cuanto sintió la primera caricia en el trapecio, Ayane exhaló aliviada. Le agradó el contraste entre el frío de la crema y el ardor de la piel quemada, pero mucho más la destreza de

los dedos al rodear las escápulas y presionar los puntos donde se había concentrado la tensión.

Por más que procuró relajarse, la certeza de que era Black Russian quien la estaba atendiendo se lo impidió. Sabía que tenía que estar en guardia en su presencia. Todavía desconocía si era un criminal consumado. Pero en determinados momentos, tener la certeza de que era magnífico con las manos era suficiente para fantasear con él.

—Se te da bien hacer masajes, jugar al ajedrez y dejar a una mujer con la palabra en la boca —enumeró para romper el silencio—. ¿Tienes alguna otra habilidad oculta que creas que debo conocer?

—Soy muy bueno contando historias.

Le sorprendió que le siguiera la conversación.

—¿En serio? Para un tío que solo abre la boca para soltar el humo de su cigarrillo, no está nada mal —se mofó—. ¿Alguna historia que pueda interesarme conocer?

—Me sé una sobre una mujer bonita pero imprudente que, un buen día, decidió meterse en la boca del lobo. Y resulta que al lobo le gustan especialmente las mujeres bonitas.

—¿A quién no le gustan las mujeres bonitas? Yo no soy la excepción.

—No todos las quieren para lo mismo.

El corazón le dio un vuelco de pensar que estuviese proporcionándole pistas. Para incitarlo a seguir abriéndose, arqueó la espalda lo justo para rozar su bragueta con la curva de las nalgas.

—A lo mejor a las mujeres bonitas también les gustan los lobos, y entonces ¿qué?

—Ese podría ser un interesante giro argumental —meditó, deslizando los pulgares entre los omoplatos—. La mujer bonita *es* un lobo.

—Sería una historia con final feliz, ¿no? La protagonista acaba entre los suyos.

—¿Los suyos? No. Hay lobos que crecen en la ciudad y lobos que nacen en el bosque. Son manadas opuestas. Además… Los lobos se devoran entre ellos.

Aprovechando que no estaba sentado sobre ella y había pausado el masaje para responderle con una advertencia velada, Ayane se dio la vuelta.

Ya boca arriba con el pecho descubierto, clavó en él una mirada determinada.

—A mí no me importa ser devorada —confesó en tono sugerente.

Black Russian se humedeció el labio inferior con la punta de la lengua. No desperdició la oportunidad de admirarla con una contención que ella encontraba escandalosamente atractiva. La mirada azul trepó desde los pezones erectos hasta los ojos rasgados, pasando por las clavículas, el cuello y la boca, entreabierta adrede para que echara un vistazo a lo que se perdía.

Había algo en los hombres reprimidos o poco sexuales por naturaleza que la atraía como la miel a las moscas. Y eso era él, comprendió Ayane. No se entregaba al sexo ni siquiera en un encuentro de BDSM, exteriorizaba su interés menos de lo justo y, desde luego, no lo trataba como

si fuera necesario.

Y lo que era más, no miraba a las mujeres como un perro hambriento. Si de observar se trataba, Black Russian había demostrado preferir que sus ojos apuntaran a cualquier otra parte.

¿Y qué era ese «algo» tan excitante que tenía? Algunos lo llamarían «exclusividad». Otros dirían que simplemente el tipo tenía criterio; que no le gustaba el género femenino, sino un par de féminas en particular… y ni eso.

Black Russian seguía sentado a horcajadas sobre ella, dedicándole una mirada intensa que era como una caricia prohibida. Bloqueaba las posibles salidas laterales con las rodillas clavadas a cada lado de su cuerpo. En el silencio que parecían haber acordado de forma tácita solo se oía la canción que llegaba desde el recinto de los juegos.

The way you make me feel all sexy but it's causing me shame
I wanna lean on your shoulder
I wish I was allowed but I don't wanna cause any pain
And if I'm feeling like I'm evil, we got nothing to gain
(...)
I don't wanna say your love is a waiting game[5]

Seguía sin tocarla, pero aun así ejercía su dominancia sobre ella.

—Llévatela. —Black Russian señaló la crema con un gesto de barbilla.

Ayane, decidida a retenerlo a toda costa, se apresuró a replicar.

—Tienes la piel muy pálida. ¿Qué vas a hacer si el próximo en quemarse eres tú?

—No lo haré.

—¿Porque siempre vas bien tapadito? —adivinó en tono burlón.

—Tomo mis precauciones.

—¿Cuáles?

Black Russian colocó las dos manos junto a su rostro, pisándole la melena negra, y se cernió sobre ella como una sombra peligrosa. El corazón se le aceleró al sentir el roce de la punta de la nariz masculina en la suya. Al ladear la cabeza para dirigirse a su oído, los labios entreabiertos del ruso le recorrieron la mejilla.

—Yo no me acerco demasiado al sol, Ícaro —le confesó en tono íntimo.

Aunque era una advertencia a todas luces, Ayane lo interpretó como un reto. Sosteniéndole la mirada, desafiante, le echó los brazos al cuello y deslizó las manos por su nuca sedosa.

—Así te has quedado —contraatacó ella en voz baja. Con el pulso latiendo a la velocidad de la luz, acarició su cuello, presionando delicadamente la nuez de Adán con la yema del pulgar—.

Muerto de frío.

Él la contemplaba sumido en un silencio amenazante.

—No te he dado permiso para tocarme —le dijo sin necesidad de alzar el tono.

—¿Y?

—Que me quites las manos de encima.

Ella exhaló el aire en una risita socarrona, y, en un visto y no visto que ni él ni nadie que no conociera unas cuantas artes marciales lograría explicar, intercambió los roles: ahora Ayane estaba encima de él, semidesnuda y a horcajadas, acorralándolo entre sus brazos acodados sobre la alfombra.

—No puedes hablarme así, Black Russian. Ni darme órdenes —le recordó, cantarina—. Soy tan ama como tú.

Él afianzó su mirada gélida sobre ella, y fue como si hubiera dado el último giro a una tuerca para clavarla en el sitio. Para vengarse de su osadía, la rodeó por la cintura con unas manos grandes de bestia. Ayane se olvidó de respirar al notar su agarre firme por primera vez; nada de caricias evocadoras o toques desconcertantes como hasta ese momento. La sujetaba como si la quisiera incorporar a su propio cuerpo.

Y enseguida comprendió por qué.

—Eres una ama —recuperó la postura inicial placándola contra el suelo en un abrir y cerrar de ojos. Ayane se quedó perpleja, más porque no le hubiera hecho daño que porque hubiese logrado revertir la posición—, pero yo soy *el* amo. ¿O se te ha olvidado dónde estás? Todo esto es prácticamente mío.

—No sabré si eres tan bueno como dices hasta que no lo demuestres… —Ayane se mordió el labio y culebreó bajo su cuerpo para intentar averiguar si estaba excitado. Arqueó las caderas hasta rozarse con la bragueta de su pantalón y entonces hizo contacto visual—, y de poco te sirve tener tanto poder por aquí si no lo aprovechas divirtiéndote.

—A lo mejor no me divierto con las mujeres que se me ponen a tiro.

—¿Ah, no? —Ayane lo provocó volviendo a girar entre sus brazos para sentarse a horcajadas sobre él, esta vez con toda la intención de rozar sus sexos lenta y perniciosamente. Rotó las caderas despacio, tan consciente del bulto de su entrepierna que se le escapó un suspiro ronco, y se echó la melena sobre un hombro con un movimiento de cabeza—. ¿Estás seguro de eso? Porque parece que no eres tan inmune.

Black Russian entrecerró los ojos con un aire tan amenazador como cargado de intriga.

Aunque empezaba a perderse en la deliciosa fricción de sus cuerpos, en que tan solo la fina tela de las bragas de vinilo y el pantalón la separaba de la victoria de doblegarlo, su mente atinó a formular una duda: ¿por qué parecía que él la retara constantemente? ¿Le gustaba poner a prueba la paciencia y el ego de sus mujeres para decidir si tenían madera para acostarse con su alter ego,

Black Russian? ¿O solo se estaba burlando de ella?

Él disolvió cualquier preocupación renunciando a imponerse y rodeando de nuevo su cintura desnuda con las manos. La desestabilizó prodigando una caricia apretada contra sus costados a la curva de su cadera, a los muslos tensos por la postura. Realizó un recorrido sensual que poca relación guardaba con la violencia con la que Ayane se movía sobre su erección.

La última vez que frotarse con la ropa puesta la excitó fue en el instituto, cuando se escabulló a la sombra de las gradas con un chico igual de inexperto que ella. Quince años después se sentía exactamente igual: victoriosa por haber conquistado el terreno sexual de un hombre que no se entregaba con facilidad, más nerviosa por hacerlo bien y complacerlo a él que a sí misma, y ruborizada por el morbo y la angustia, porque era consciente de que aquello estaba mal.

No irse a la cama con un hombre que no era su marido, sino desear fervientemente que sucediera.

Ayane apoyó las manos sobre el pecho de Black Russian para encontrar el equilibrio. Él, una vez llegó a la curva de la rodilla, rehízo el camino de sus caricias y la aferró por las nalgas para atraerla hacia sí. Ella jadeó y permitió que la manipulara para encontrar el encaje perfecto, esa postura que le serviría para fantasear con que estaban desnudos, él empujándose dentro su cuerpo. Volcó las caderas hacia delante y se arrastró hacia delante y hacia atrás con lentitud, procurando cubrir con su sexo abierto el miembro que presionaba contra sus bragas húmedas.

Se mordió el labio con fuerza y lo desafió con la mirada a pedirle que parara.

Él esbozó una sonrisa empañada por una extraña confusión.

—A ti no te han dicho que no en la vida, ¿verdad?

—Sí. Muchas —jadeó ella, moviéndose aún más desesperadamente. Crispó los puños sobre el cuello de su camisa negra, y amenazó con tirar hacia abajo para arrancársela—, pero no voy a permitir que tú seas uno de ellos.

Tuvo que gustarle su respuesta, porque su mano inclemente trepó cintura arriba y se enganchó en su melena para acercarla a él. Obediente como nunca, Ayane se inclinó en su dirección y, sin pensarlo, le ofreció sus labios entreabiertos con los ojos cerrados.

Debería haber imaginado que Black Russian no se lo pondría fácil y que se toparía con su ceja enarcada al abrirlos de nuevo. No habría temido increparlo por darle falsas esperanzas si la decepción de no haber recibido un beso no la hubiera dejado aturdida, intentando comprender por qué la había afectado hasta ese punto.

—Así que besas con los ojos cerrados —comentó él con la voz ronca, todavía presionando su cuero cabelludo con las yemas de los dedos. Simulaba así un dulce masaje que de alguna manera se le antojó amenazador.

No podía descartar del todo que no quisiera aplastarla o hacerle daño, y esa posibilidad la excitó.

—Eso no podrás saberlo hasta que me beses.

—Me refiero a que besas con el gesto de cerrar los ojos. Por ahí te traicionan las ganas, *malyshka*.

—¿Cómo me has llamado?

Habría peleado más por la respuesta si no hubiera sentido la primera contracción. Presionó los párpados conforme llegaron los espasmos musculares que precedían al orgasmo. Se llevó una mano al vientre, que no había dejado de arder desde que él empezó a rondarla en el despacho, y aumentó el ritmo de sus caderas en busca de una liberación que sí, anhelaba desesperadamente, y que sí, era tan obvia que Black Russian se había dado cuenta.

Él la atrajo hacia sí de nuevo, pero para enterrar la cara en su cuello. Ayane alzó la cabeza para que hallara un hueco amplio donde abandonar sus besos, y soltó un gemido entrecortado cuando sus labios la tocaron en un punto sensible debajo de la oreja. Se le escapó una risita estrangulada al sentir el cuchillo de los dientes en la piel, una risita que se torció al sollozo cuando la mordió justo donde quería. Tuvo que respirar por la boca para cerciorarse de que sus pulmones funcionaban, pero el humillante deseo de rogarle más la acabó obligando a volver a juntar los labios.

Ni muerta le diría lo que su cuerpo ya confesaba, que lo deseaba más allá de la razón y aquello que hacían no le estaba bastando.

—Ya decía yo que pronunciar la palabra de seguridad era un paripé —oyó que decía alguien.

Y no era Black Russian, como comprobó al incorporarse lo justo y ver que la voz provenía de la puerta secreta.

Califa enarcó una ceja en dirección a la pareja, todavía sin soltar el pomo. Era difícil averiguar si quería una explicación o solo que se detuvieran antes de adentrarse en el despacho. Ayane habría estado encantada de ignorarlo sin contemplaciones. Estaba tan cerca de correrse sobre *él*, de hacer que *él* gimiera su nombre, que solo un viento huracanado podría haberla detenido. Y fue un viento huracanado lo que la arrancó de los brazos de Black Russian: su propia fuerza.

Sujetándola aún por los vellos más sólidos de la nuca, la apartó de su cuerpo y poco más que la arrojó a un lado.

Ayane no atinó a pronunciar palabra. Nadando en el desconcierto y sintiendo el sexo y el cuero cabelludo ardiendo, buscó la mirada del ruso, que no tardó en ponerse de pie y retirarse los mechones húmedos de la cara. Su expresión serena no reflejaba lo que acababa de suceder. Solo le delataban el sudor que le perlaba la frente, el cuello enrojecido y el bulto de la entrepierna, que en ningún momento y en ningún mundo habrían podido avergonzarle.

—Por mí no te detengas, hombre —se mofó Califa, cruzado de brazos—. Todos tenemos derecho a divertirnos.

Black Russian se sacó la cajetilla de tabaco del bolsillo y se colocó un cigarrillo entre los labios con toda naturalidad. Sin darse por aludido con el comentario del organizador, se llevó la mano a la bragueta y se aseguró de que la erección encontraba una postura cómoda.

Ayane observó el movimiento con una mezcla de indignación y deseo arrebatado.

De pensar en lo que podría haber sucedido, de que podría haberlo montado sin ropa que la frenara, se llenaba de una rabia despechada tan intensa que no encontró la voz para quejarse.

Black Russian se dirigió a la puerta sacando el zippo plateado del bolsillo trasero y se despidió sin florituras.

—Yo prefiero no tener público.

Capítulo 6

«Yo prefiero no tener público».

La respuesta llevaba rondando su mente desde que Black Russian abortara el acercamiento. No estaba tan furiosa por su desprecio como aferrada a una estúpida esperanza: si Califa no hubiera interrumpido, quizá no se hubiera detenido. Incluso podría haberlo interpretado como una justificación, de esas de las que se notaba que no era adepto, pero que sabía que habría aplacado a Ayane: algo así como un «te abandono porque no soporto que me miren, no porque no te soporte a ti».

Terminó de vestirse ante el espejo para la velada nocturna, irritada porque sus pensamientos tendieran a confluir en el mismo tema. El mismo hombre. Se sorprendía acariciándose los hombros que él había rozado, el mordisco con el que había dejado su huella.

Horrorizada por el rumbo que tomaban sus prioridades, arremetía consigo misma y trataba de manipularse para pensar en algo distinto.

Pero no lo conseguía.

Por fin preparada con un conjunto de látex y unas botas de caña alta con tacón, lo único que se preguntaba era si Black Russian acudiría a la sesión de esa noche.

Ya no lo perseguía para averiguar si estaba metido en el ajo, o de lo contrario le habría molestado mucho más no haber tenido tiempo para registrar los cajones. Había reparado con horror en que con él se sentía una adolescente otra vez, cuando el cinismo no había arruinado su visión del romance tal y como lo concebían las soñadoras. Estaban regresando a ella esas absurdas creencias, en teoría superadas, de que la sola magia del enamoramiento podía convertir a un hombre de espíritu amargo en una máquina de palabras dulces.

Porque sí, había interpretado cada caricia suya como una rendición.

Cuando estuvo entre sus brazos en esas dos ocasiones, no le importó haber retrocedido diez pasos, diez años. No le importó quedar como una auténtica demente. El placer de equivocarse y tener pájaros en la cabeza la había hecho sentir especial.

Revisando las conversaciones que habían mantenido, se percató de que a su alrededor actuaba con una torpeza impropia de ella. También le salía un lado femenino y vulnerable que llevaba toda la adultez deleznando, del que incluso había llegado a burlarse para que no se atrevieran a pisarla. Se sentía amenazada por lo que representaba y por lo que podría encarnar de llegar a cumplirse sus sospechas, pero también a salvo del tedio que había dominado la inmensa mayoría

de sus relaciones y que representaba su miedo más acérrimo.

Y es que una vez se permitía ser ingenua, empezaban los problemas.

Ya habían empezado.

Se sentía una neurótica al buscarle el subtexto a cada una de sus palabras, un poco alocada de tanto actuar con temeridad, pero que Dios la perdonara, porque había disfrutado cada segundo de ese bello caos y esperaba con ansias el momento de volver a verlo para que le pusiera el vello de punta con sus miradas cifradas, para arrojarse de nuevo de cabeza a esa vorágine emocional tan terriblemente adictiva.

Pero todo esto que dominaba ahora su pensamiento, ¿en qué lugar dejaba a Jace? Ayane apostaría su vida por que el amor hacia su marido no había cambiado un ápice. De hecho, lo echaba tanto de menos que daría cualquier cosa por abrazarlo y ponerlo al día de las novedades del caso.

Había pasado la mayor parte de su vida inmersa en relaciones abiertas, obsesionada con dos, tres, cuatro hombres a la vez, y elaborando distintos horarios para darle a cada uno el tiempo que se merecía. Esto le había enseñado a no preocuparse ni de celos absurdos ni del concepto de infidelidad asociado a la monogamia, y, sobre todo a no temer el futuro de su vínculo con su compañero cuando un nuevo amante la deslumbraba.

Ella era capaz de interesarse por más de una persona a la vez. No así Jace, que si bien le había dado carta blanca para envolverse con quien fuera necesario e incluso con quien le apeteciera, no dejaba de ser un hombre tradicional. No le importaría que Ayane se acostara con diez hombres siempre y cuando esos hombres no le hubieran sorbido el seso.

Descubrir que Black Russian tenía un lugar preferente, por otro lado, no le gustaría un pelo.

Ni siquiera le gustaba a ella.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Kingfisher, que acababa de salir de la ducha. Se estaba secando el denso cabello negro con una toalla—. Has pasado toda la mañana distraída y ahora no pareces más concentrada. Por poco soy yo el que se hace cargo de los últimos interrogatorios.

—No me digas que ahora te preocupas por mí —se burló amistosamente—. Al final va a ser verdad que unas disculpas hacen milagros.

Kingfisher dejó caer el brazo con el que se estaba frotando y arrojó la toalla al interior de su dormitorio. Se quedó de pie bajo el umbral con tan solo el bóxer.

—Supongo que me inquieta que la razón de tu cambio de actitud sea la charada de anoche. Ya te he dicho que no era mi intención herir tus sentimientos. Solo se me ocurrió que quedaría más realista que pronunciaras la palabra de seguridad si yo había violado un límite.

«Y tanto que lo violaste», estuvo a punto de replicar. Pero se negaba a darle a nadie la satisfacción de saber que determinadas acusaciones le dolían.

Especialmente después del encuentro con Black Russian en su despacho.

Había confirmado que Kingfisher no había ido muy desencaminado.

«¿Qué pensaría si te hubiera visto prácticamente llorar por la polla de otro?».

Controló un estremecimiento culpable ante el recuerdo.

La sesión la había desestabilizado, esa era la verdad. Ya no se fiaba de sí misma.

—En serio, Ayane —insistió él—. Si hay algún tipo de problema, tengo que saberlo. Sobre todo si va a afectar a la operación.

Era cierto que había pasado toda la mañana agobiada. Black Russian había acaparado sus sueños la noche anterior, llenándolos de escenas morbosas que la despertaron más de una vez con la respiración agitada.

El plan había sido acompañar a los participantes de Fuego y Sangre a una de las excursiones programadas, entablar una conversación amistosa con los veteranos y empezar a preguntar con naturalidad por la fiesta de la Luna Llena. Así habían descubierto que era tradición que algunos asistentes se desmarcaran de los juegos nocturnos para acudir al evento musical. Una de las asistentes habituales había contado una anécdota divertida sobre el festival de hacía dos años, y, para situar el contexto, había mencionado a quienes la acompañaron.

Jaylani entre ellas.

—La chica no dejó de quejarse y de contar intimidades asquerosas sobre el tipo con el que había venido a Fuego y Sangre —había especificado la testigo, torciendo el gesto—. No lo soportaba, así que no nos sorprendió que no volviera al día siguiente. Más que nada porque se fue con un tailandés que estaba buenísimo y que no paraba de tirarle los tejos. La verdad es que me daba pena. La pobre Kanji… Apenas tenía diecinueve o veinte años, creo, y su amo rondaba los cincuenta. Hacía buena pareja con el lugareño ese. Por lo menos entraba en su rango de edad.

Ahora sabían que era probable que el mismo tailandés se utilizara a sí mismo como cebo para atraer a las víctimas.

—Jaylani mordió el anzuelo porque estaba descontenta con su pareja, de acuerdo —había meditado Kingfisher en el camino de regreso—, pero Amelia vino a Koh Phangan con su futuro marido y los testimonios de sus conocidos aseguraban que estaban enamorados. ¿Crees que a ella la secuestraron empleando la fuerza?

Eran preguntas que Ayane no se vio en condiciones de responder, inmersa como estaba en sus preocupaciones. Ni siquiera lograba enfocar la vista en Kingfisher horas después, cuando exigía saber el porqué de su atolondramiento.

No se le habría ocurrido sincerarse con él si su cordura no hubiera pendido de un hilo.

—Tengo miedo de estar equivocándome —reconoció en voz baja, toqueteando con nerviosismo el cepillo del pelo.

Se había sentado frente al tocador con la cabeza gacha para huir de su reflejo.

Kingfisher arrugó el ceño.

—¿En qué sentido?

Ayane dejó de jugar con el peine y se humedeció los labios. Los había pintado de rojo, a juego con el llamativo maquillaje de fiesta. No ya por exigencias del guion, sino para ocultar las ojeras.

Sin molestarse en disimular su cansancio, miró a su compañero a través del espejo.

—¿Tú tienes novia, Fisher? —inquirió con voz queda.

—Lo dejamos hace un par de meses. Y, visto lo visto —abarcó la estancia con un ademán desdeñoso—, me alegro, porque no creo que ella hubiera soportado las… peculiaridades de la misión. La verdad, yo tampoco habría tenido el valor de volver a su lado después de haberme follado a una decena de desconocidas.

—¡A eso me refiero! —exclamó con vehemencia. Ante la incomprensión de Kingfisher, Ayane suspiró—. Antes de marcharme, Jace y yo acordamos abrir la relación. No solo para no ponerme en peligro. Habría llamado la atención siendo una mojigata en un ambiente sexual. La decisión fue para… poner a prueba nuestro amor, por decirlo de algún modo. Yo no dudo de lo que siento por él —se apresuró a añadir con la mano sobre el pecho—, y estoy haciendo lo que me dijo…

—¿Pero? —la alentó él al ver que se quedaba callada.

Ayane se pasó los dedos por la frente sudorosa. Acabó dejando caer la cabeza sobre las manos con una exhalación rendida.

—Es evidente que tendría que desear a los tipos con los que me acostara, y él me conoce mejor que nadie. —«Lo que no significa que me conozca del todo», se cuidó de añadir—. Sabe que no tengo escrúpulos porque no veo el sexo como una demostración de afecto, sino como un divertimento inocente. Es decir, no hay sentimientos involucrados, por lo que no existe… traición emocional, que, en mi opinión, es la importante. Pero estar…

«Obsesionada», pensó, mas no lo dijo.

Aquella palabra tenía una sonoridad que la asustaba.

—¿Estar…?

—Creo que andar demasiado pendiente de un hombre en particular entra en el rango de traición emocional —soltó de corrido con la vista clavada en el suelo.

Kingfisher acompañó un bufido de una vehemente sacudida de cabeza.

—No racionalices el sexo. Le va a joder que te hayas tirado a otro tío tanto si lo hiciste por aburrimiento como si lo hiciste por gusto.

Ayane se enderezó, irritada.

—No sé por qué he pensado que tú podrías entender de qué hablo. Es evidente que anoche pudiste inspirarte a lo grande porque piensas lo peor de mí, y lo piensas porque no te molestas en comprender la forma de vivir de quien no opina como tú. ¡Estás cortado por el mismo patrón que

la mayoría de los hombres! ¡Jace tiene una sensibilidad especial!

Kingfisher ni se inmutó tras su arrebato.

—Eres tú la que no entiende la naturaleza masculina, Ayane. Aunque tu marido parezca sensible y tenga el valor de proponer la opción prudente para mantenerte a salvo, incluso si esto le convierte en un cornudo, ni le hace gracia que estés aquí, ni soportaría saber que follas con otros. Somos humanos —le recordó, hablando despacio—. Podemos tratar de entender a las fieles seguidoras del amor libre y proclamar a los cuatro vientos que respetamos su forma de vida —continuó en un tono sarcástico que no le pasó desapercibido, agitando las manos en el aire—, pero, como monógamos, como hombres posesivos, sufrimos igual.

—Jace no es posesivo. Sabe que conmigo no puede serlo.

—¿Porque eres un alma libre? Lamento tener que decirte que no. Eres una mujer casada.

Ayane se levantó como un resorte y lo enfrentó con los puños crispados.

—¡No me estás ayudando!

Él se cruzó de brazos para determinar que no daría su brazo a torcer.

—Porque, para no variar, no te estoy diciendo lo que quieres oír… lo que no significa que no sean verdades como catedrales. No sé por qué te casaste con un abanderado de la familia tradicional cuando es obvio que a ti te va la marcha. Tarde o temprano, el problema saltaría por algún lado.

—Jace no es tan monógamo como parece, y yo soy perfectamente capaz de llevar una relación cerrada con todas sus limitaciones incluidas. Es lo que llevo haciendo más de un lustro. ¡Y con gran éxito!

—Por eso aparece un ruso cualquiera y a las veinticuatro horas te planteas fugarte con él.

—¡No me estoy planteando…!

Se calló. No porque la última afirmación de Kingfisher fuera cierta, porque no lo era ni por asomo, sino porque tenía parte de razón al atribuirle a su marido características tradicionales.

Estaría engañándose a sí misma si no aceptara que siempre que Jace se prestó a participar en tríos fue porque ella lo propuso. Sí, los disfrutó. Lo conocía lo suficiente para saber cuándo estaba incómodo y cuándo estaba en su salsa, pero, al final, no cambiaría a su esposa por nada del mundo. No necesitaba ni el sadomasoquismo ni los intercambios para ser feliz. Él veía su futuro en una pequeña casita de campo y con un par de niños correteando por el jardín, y ella…

Ella nunca lo había tenido del todo claro.

La enrabietaba haberse dado cuenta ahora, a miles de kilómetros de distancia y solo porque las tentaciones de la carne la estaban superando.

También la enrabietaba que el matrimonio hubiera cambiado su forma de ver la vida. Diez años atrás, Ayane no habría estado mordiéndose las uñas por miedo a desear a otro hombre. Diez años atrás, Ayane no habría sentido náuseas de pensar en ponerle los cuernos a su pareja; entre

otras cosas, porque en su vocabulario no figuraba la palabra «infidelidad». Siempre vio el amor como un recurso compartido, un río que fluía, se bifurcaba por caprichos de la naturaleza y en el que todo el mundo podía mojarse los pies.

Un río que no necesariamente desembocaba en un solo océano.

Al casarse, aceptó algo más que las rarezas y las maravillas de Jace Ryder. Aceptó plegarse a su estricta definición del matrimonio. Siempre había alguien que debía ceder, y en ese caso le tocó a ella. Nunca le había odiado por haber provocado de manera indirecta que le diera la espalda a su condición esencial. Ni siquiera ahora. Pero odiaba reconocer que el origen de su malestar era la renuncia que hizo años atrás cegada por el amor.

—Oye —escuchó que la llamaba. Supo que se había acercado solo cuando le puso la mano en el hombro—, si esto es mucho para ti…

Ella se erizó.

—¿Quién ha dicho que sea mucho para mí? —replicó con voz aguda—. ¿Y qué ibas a decir? Si lo es ¿qué?

—Que nadie te obliga a seguir aquí —resolvió con un encogimiento de hombros—. Ambos tenemos a nuestra disposición el comodín para volver por donde hemos venido. Ya sabes… El de que nos está afectando mentalmente hasta el punto de no desempeñar nuestro trabajo en condiciones

—Oh, y eso te encantaría, ¿verdad? —gruñó en tono envenenado. Se sacó su mano de encima y lo rodeó para perderlo de vista—. Demostrar que tenías razón sobre mí y soy la definición de «mucho ruido y pocas nueces».

Se atrevió a echarle un vistazo a la reacción del agente. Esa fue su perdición, porque la estaba mirando con lástima.

Era la primera vez que la veía fuera de sus casillas.

—Te repito lo mismo que tú me dijiste anteayer, Ayane. Lo que nos traemos entre manos es de relevancia internacional. Hay vidas humanas en peligro y una amenaza grave sobre las cabezas de mujeres de todo el planeta. Si vas a estar pensando en Jace, y no digo que no tengas razones de peso para andar distraída —agregó con las manos en alto—, dímelo y nos reorganizaremos. Quedan tres días para volver a casa y, en última instancia, puedo recurrir a la policía tailandesa en busca de refuerzos. Podría encargarme yo solo.

—¿Tienes idea de lo tarado que suenas ahora mismo? —jadeó, al borde de la risa histérica—. ¿Irme ahora y dejarte solo? ¿Has perdido el juicio?

—No sería la primera vez que alguien abandona el barco. Piénsatelo. No es ninguna tontería, Ayane. Ahora mismo eres un blanco fácil y podrías tirar por la borda toda la tapadera. Tu identidad no tiene marido. Esta fobia tuya a los cuernos resultará sospechosa.

Soltó una carcajada estrangulada, reacia a aceptar que tenía razón. Pero una parte de sí misma

empezó a acariciar la posibilidad.

Tres días serían una eternidad, porque los tres anteriores ya lo habían cambiado todo.

Una retirada a tiempo era una victoria… O eso decían los que no eran tan ambiciosos como ella.

—Sé controlar y hasta disimular mis emociones, Mohawk —sentenció, tensa—. ¿No has visto que, si quiero, puedo fingir que me caes bien?

El agente se cansó de su actitud defensiva y fue hacia ella para hablarle a un palmo de la cara. Ayane se quedó en el sitio para no dejarse intimidar, ni siquiera cuando le levantó la barbilla para espetarle:

—¿Por qué coño me tienes que tocar los cojones todos los días?

—¿No será que tienes la piel muy fina? ¿Quién le tocó los cojones a quién la otra noche?

Kingfisher la soltó, escarmentado por el recuerdo de la sesión. Pero los dos sabían que no se arrepentía. Sabían, de hecho, que había disfrutado de cada segundo; de cada palabra pronunciada para avergonzarla. Ayane podía perdonar prácticamente cualquier cosa sin necesidad de escuchar unas disculpas. Lo había hecho días atrás, justo después de la conversación con el agente. Pero se repelían como el agua y el aceite. No tenía ningún sentido seguir intentando llevarse bien con él.

«Sobre todo si recoges el guante y te marchas», le insinuó la voz interior.

La mandó callar, furiosa con la mera proposición, y salió del bungaló con pasos airados.

De cara a la velada, se prometió que procuraría ser prudente. Así fuera monógamo, tradicional y estricto, Jace seguía siendo el hombre con el que quería pasar el resto de su vida. Si dejó atrás las orgías y se negó a conocer al resto de amantes que ofertaba el mundo una vez, volvería a hacerlo. Debía tener esto presente y no cometer un error que pudiera costarle el matrimonio.

Pero el impulso de barrer la concurrencia con una mirada ansiosa para comprobar que Black Russian estaba allí fue superior a ella.

Sintió una mezcla de alivio y decepción al ver que no se había presentado esa noche.

«Mejor», se convenció. Así podría concentrarse en lo que había ido a hacer.

En tanto que empezaba la velada, se paseó por el recinto con una copa en la mano y entabló conversaciones con todos los personajes que quisieron conocerla. Se paró con la dominatriz Yellow Bird y se entretuvo también con Rob Roy, que estaba de buen humor esa noche.

Fue a él al que le consultó una duda que la llevaba carcomiendo desde la primera noche.

—¿Quiénes son las chicas de los bozales? —quiso saber, señalando a algunas participantes. Era fácil distinguirlas del resto de los invitados porque habían acudido solas a Koh Phangan—. ¿Forman parte de la experiencia o son mero decorado?

—No son decorado porque alguna que otra vez he jugado con un par —le respondió él—. Califa me contó que los organizadores oficiales contactaban a actrices porno y famosillas de OnlyFans que querían participar en la fiesta sin darse a conocer del todo. Por eso la mayoría

lleva la cara cubierta y no se permite hablar con ellas.

Ayane anotó mentalmente acercarse a alguna de las jóvenes con la excusa de divertirse en privado. Le extrañaría que tuvieran a las víctimas de trata a plena vista, pero si se paraba a pensarlo, en un encuentro de BDSM tan exclusivo como aquel, donde a lo sumo asistían veinte parejas que habían firmado contratos de confidencialidad, ¿qué peligro iban a correr de que se destapara el pastel?

No quiso posponer la hora de la verdad y fue hacia una de las chicas que ya de lejos le pareció desamparada. Estaba sola, acodada en la barra del pequeño bar junto a la piscina. Era difícil adivinar cómo se sentía cuando llevaba una máscara integral, pero le dio la impresión de que oteaba a la concurrencia con gesto aprensivo.

Lamentablemente, no llegó a reunirse con ella. El organizador se hizo oír a través de los altavoces.

A partir de ese momento habrían de cortar las conversaciones.

—Buenas noches a todos y a todas —dijo en tono sugerente—. Por desgracia para muchos de vosotros, sobre todo para los veteranos, este año pasaremos un total de seis noches en el grandioso resort de Fuego y Sangre, y eso significa que hemos llegado al ecuador de nuestra estancia. A algunos os parecerá que no estáis aprovechando del todo los manjares que ponemos al alcance de vuestra mano. Por eso hoy hemos preparado un juego especial.

»Diez de vosotros habéis sido elegidos para llevar la voz cantante. Sabréis quiénes sois porque os han dejado un broche de plata encima de la cama. Los escogidos seréis, por una noche, dueños de vuestro destino: podréis seleccionar a un máximo de cuatro participantes para desempeñar la práctica libre que sea de vuestro gusto. No os sorprenderá saber que los diez privilegiados respondéis al título de «amo» y «ama», pero sí que, aunque parezca ir contra las reglas, podréis elegir como víctima a un dominante.

Todo el mundo se puso en marcha acto seguido, pero Ayane se tomó un momento para acariciar el broche que destacaba sobre su vestido de látex. Le gustaba la idea, sobre todo considerando sus últimas preocupaciones. No era lo mismo involucrarse con un solo hombre que atizar a un grupo en el que ninguno destacaba especialmente.

Barrió la explanada con la mirada hasta que localizó a Kingfisher, que ya se había fijado en ella entre dudoso y anhelante. Ayane le hizo un gesto moviendo dos dedos para que ignorase a la dominatriz que pululaba a su alrededor y se acercara antes de que siguieran disputándose su atención.

Buscando a otro par para completar el trío, observó con diversión que Rob Roy había sido castigado sin broche. Se acercó a él, en absoluto sorprendida porque anduviera refunfuñando en desacuerdo.

—No sé en qué estaban pensando —se quejó en cuanto Ayane le puso una mano amable en el hombro—. En el formulario del contrato dejé claro que no me gusta el intercambio de roles.

—Tranquilo —lo apaciguó ella en tono burlón—. Te trataré bien.

Él le lanzó una mirada prometedora.

—Yo te trataría a ti mucho mejor.

—Pero no es de eso de lo que va el juego, Robbie. Puedes venirte conmigo o puedes irte con cualquiera de las otras dominatrices que se pelearían por ti. Yo no voy a llegar a las manos, eso tenlo claro. Y puede que, si te portas bien, te permita doblegarme un rato.

Sus ojos verdes brillaron con ambición.

—Eso sí me parece más interesante. Tienes madera de vendedora, ¿eh?

—¿Verdad que sí? —Le guiñó un ojo, y a continuación le echó los brazos por encima de los hombros a sus dos conejillos de indias, como un trío de buenos amigos camino del pub. Alternó una mirada entre Rob Roy y Kingfisher—. ¿Os animáis a elegir por mí al tercero en discordia?

—Me presento voluntario —dijo una voz a su espalda.

Ayane no reconoció al hombre que la estaba mirando como si quisiera devorarla de un bocado, pero no pudo decir que le desagradara. No era canónicamente guapo, como ella prefería a sus víctimas. Aun así, era innegable que exudaba la clase de atractivo que mantendría la atención de una mujer. Tenía una belleza que confundía, porque sus rasgos no invitaban a la contemplación y, aun así, resultaba adictivo observarlo.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó ella con impostado desinterés.

—Tu humilde servidor —se presentó extendiendo los brazos, listo para que hiciera con él lo que quisiera—. Clericot.

El apodo no le sentaba bien. El clericot era un cóctel de vino tinto y frutas, perfecto para una calurosa tarde de verano y para brindar con la familia en las fiestas de fin de año.

Él era más oscuro que eso, como sugería su mirada astuta.

—¿Y qué es lo que te va?

—No diré que no a nada que me ordenes —le aseguró—. Te he visto por aquí estos días y lo único que quiero es que me aceptes…, ama.

Su respuesta le pareció perfecta para lo que se proponían, disfrutar de una sesión de sadomasoquismo. Que ella le gustara facilitaría las cosas, porque de primeras era difícil ponerse a jugar con desconocidos. Antes había que debatir los límites de cada uno. No podía ordenarles que se masturbaran los unos a los otros y confiar en que la magia del momento les animara a pasar por alto sus prohibiciones, como en algunos casos lo era el contacto con personas del mismo sexo.

Pero Ayane no estaba de humor para tomarse en serio la sesión, así que no indagó en las preferencias de cada uno y decidió arriesgarse a que pronunciaran la palabra de seguridad.

Después de armarse con los instrumentos que pensó que necesitaría, gesticuló hacia los tres con impaciencia para que la acompañaran a una de las camas de cuatro postes que bordeaban la piscina.

—Va a ser verdad eso que dicen por ahí de que te gustan los cacharritos —se burló Rob Roy —. No sales a la calle sin tu fusta o tu cuerda de cáñamo, ¿eh?

—Ajá… ¿Y para qué quiero los juguetes si no puedo compartirlos con mis amigos? —respondió ella en tono de mofa, desenredando una de las cuerdas que había elegido. Comprobó su elasticidad para asegurarse de que era lo bastante recia, y a continuación miró a Kingfisher y a Clericot alternativamente—. De cara a los dos postes. No me hagáis perder el tiempo.

—¿Y qué hay de mí? —se quejó Rob Roy, cruzado de brazos junto a ella.

Ayane lo miró de arriba abajo y pensó que no correría riesgo alguno poniéndose en manos del amo. Años atrás habían coincidido en orgías y en los pasillos o la pista de baile de French 75, pero no llegaron a intimar más de la cuenta porque eran casi incompatibles: ella no solía tener el ánimo para dejarse doblegar, y él nunca había sido sumiso.

Aun así, sabía que un hombre con su carácter no podría confundir sus sentimientos. Históricamente se había sentido atraída por los caballeros oscuros y por el silencio de las víctimas, nunca por el modelo de canalla encantador.

—A ti no te voy a dar órdenes —decidió ella—. Tú vas a ser el único privilegiado que me diga qué hacer. Pero ten en cuenta que hay dos inútiles a mi cargo. —Señaló con la cabeza a los dos cachorros obedientes.

—Mm… —Rob Roy se mordió el labio contemplándola con la cabeza ladeada—. Creo que eso no me parece mal.

Ayane le guiñó un ojo y, sin perderle del todo la pista, se dirigió a Kingfisher para atarle las dos manos inmovilizadas al poste.

Intercambiaron una mirada cómplice.

—Agacha la cabeza y pégala a la madera —le dijo ella—. No podrás mirarme hasta que te hayas corrido.

—Sí, ama.

Tuvo que aguantar una sonrisa de regocijo.

«Jódete, Kingfisher».

Ajustó el nudo con firmeza y lo rodeó para repetir el proceso con Clericot, que había oído la orden de Ayane y la había aplicado obedientemente.

Este no perdió la oportunidad de susurrar:

—Tu olor me hace la boca agua.

Ella enarcó las cejas. Invadió el espacio de Clericot para aturullarlo con su cercanía.

—Tú te vas a poner de rodillas, me parece a mí.

Les pidió que se acercaran más el uno al otro, de manera que pudiera atenderlos a ambos al mismo tiempo. Había anudado la cuerda a los postes dejando el suficiente espacio para que pudieran moverse si los invitaba a tumbarse en la cama, por lo que no les costó situarse el uno al lado del otro; Clericot arrodillado, y Kingfisher de pie. Ambos llevaban solamente unos arneses cruzados al pecho y unos pantalones creados para marcar el bulto de la bragueta.

Por primera vez en toda la noche, Ayane disfrutó de lo que veía y pensó que podría encontrar entretenimiento a lo largo de la sesión si lograba desprenderse de sus nuevos recelos. Y esto lo haría encantada, porque no le gustaba identificarse con la mojigatería de la que llevaba toda la vida huyendo.

Tomó asiento en la cama, justo delante de los dos esclavos sexuales, y situó el borde superior de la bota a la altura de la cara de Clericot.

—Bájame la cremallera.

Capítulo 7

Él alzó la mirada hacia ella un instante y se mordió el labio antes de obedecer. La atrapó con los dientes y se fue agachando, echando las rodillas hacia atrás, hasta que la cremallera alcanzó el tope inferior. Ayane le hizo el favor de quitarse la bota y a continuación apoyó los dedos del pie desnudo en su barbilla rasposa.

—Vamos a ver si es verdad que mi olor te hace la boca agua, bonito.

Cualquier otro hombre se habría indignado. Habría encontrado humillantes la postura y el tonito burlón de Ayane. Pero Clericot tenía experiencia siendo sumiso, porque no dudó en abrazar la oportunidad que se le acababa de ofrecer y se introdujo en la boca el dedo pulgar.

Ella se esforzó por no reírse con las cosquillas que le hizo la lengua al recorrer la planta, su punto más sensible. No se había olvidado de Kingfisher, a quien esperaba tratar de un modo más benevolente después de su último encontronazo en el bungaló. Sospechaba que seguía profundamente resentido por haberse reído de él, y decidió que no lo humillaría esa noche. En su lugar, alargó una mano hacia su entrepierna semidura y empezó a frotarla de manera sugerente.

Primero miró a Kingfisher para hacerle saber que no tenía nada que temer; luego confirmó de un vistazo que Rob Roy estaba entretenido en la zona de juguetes eróticos, indeciso entre unos y otros.

Hacía años que no tenía a varios hombres a su disposición. Mentiría si dijera que no había echado de menos el deseo obsesivo de un par de sumisos; cómo se empleaban a fondo para encontrar placer a través del que era su deber proporcionarle a su dominatriz.

Retiró el pie un instante para empujar a Clericot por el pecho y se situó en una postura más cómoda para bajarle la cremallera a Kingfisher y tomar su polla erecta entre las manos.

Ambos sumisos se humedecieron los labios a la expectativa de su siguiente paso.

Ayane empezó a masturbarlo lentamente. Se quedó obnubilada observando cómo la piel más fina del miembro bajaba y subía en función de sus caricias. Aunque se sintió mal por una parte —Kingfisher había revelado que tenía sentimientos por ella—, su lado más perverso se regodeó en los jadeos del agente. ¿No lo estaba disfrutando, acaso? En ninguna otra circunstancia se vería siendo receptor de las caricias de Ayane. Podía apiadarse de su obsesión no correspondida, pero prefería ver a Kingfisher como lo que era. Un hombre. Y los hombres, al igual que las mujeres como ella, verían aplacada su obsesión con tan solo una noche de sexo desenfrenado.

Quizá, si exorcizaba a su compañero, este comenzaría a comportarse con toda naturalidad.

Quizá, si se exorcizaba a sí misma montando a Black Russian, dejaría de tenerlo tan presente.

En cuanto se hizo al movimiento de muñeca, volvió a levantar la pierna para que Clericot se diera un festín. Y por Dios que lo aprovechó. Cuando desviaba la vista de la polla gruesa de Kingfisher o de su expresión de agonía, se sorprendía con la fruición con la que el sumiso se entregaba a la tarea de lamer.

No le habría importado seguir así, pero Rob Roy se personó en ese momento lanzando al aire y agarrando al vuelo un trozo de raíz de jengibre pelada.

Ayane se estremeció de anticipación al adivinar lo que se proponía, que quedó confirmado en cuanto él sonrió, sabedor, y rodeó la cama con la intención de situarse a su espalda.

—Siento interrumpir la fiesta —le dijo desde atrás con voz grave—, pero para unirme voy a necesitar que te pongas a cuatro patas. Lo bueno es que la postura no te va a venir mal para seguir con lo tuyo.

Desde luego que no, pensó Ayane. Simplemente necesitaría que…

—Ponte de pie —le dijo a Clericot—. Te ha llegado el turno.

La sinergia que se creaba en una orgía bien organizada era de admirar. Ayane adoraba el caos de un puñado de cuerpos sudorosos amontonados, pero también la capacidad para coordinarse que podía demostrar un grupo de personas incluso estando demasiado excitadas para obedecer al orden. Todos allí se pusieron de acuerdo para ocupar sus puestos: Ayane echó el peso en las manos y las rodillas, Rob Roy se enderezó a su espalda, y Kingfisher y Clericot se situaron ante ella, uno con la erección apuntándola directamente y el otro con una dureza insinuante bajo el pantalón.

Ayane suspiró en cuanto sintió las manos recias del amo acariciándola desde los hombros hasta las nalgas. No dudó en levantarle el borde del vestido y, tras meditarlo un instante, subírselo hasta el pecho. Como no llevaba nada debajo, no tuvo que perder mucho más tiempo, lo que le permitió distraerla con roces insinuantes que no se corresponderían con la violencia de la penetración.

Le costó concentrarse en desnudar a Clericot sabiendo que probaría el *figging* por primera vez, antaño conocida como una tortura medieval. El objetivo de introducir un trozo de raíz de jengibre pelada por algún orificio era crear una sensación de ardor agudo que, guiado por el amo adecuado, podía convertirse en un placer insostenible.

Pero no quería perderse en las expectativas, y pronto tuvo agarrada por la base la polla de Clericot. Buscó con la mirada a Kingfisher y le dijo en tono ahogado por culpa de las sensuales caricias de Rob Roy:

—Acércate.

A sabiendas de lo que pretendía, y sin poder ocultar su excitación, el agente obedeció. Ayane solo tuvo que alargar el cuello para rodear el prepucio con la boca y deslizarse hacia delante hasta que la cabeza topó con la campanilla. La arcada se mezcló con un gemido ahogado cuando

Rob Roy cubrió su sexo con la mano y empezó a rozarle el clítoris a un ritmo inclemente. Sacudió las caderas hacia los lados y hacia atrás, buscando un contacto más profundo, mientras ponía su atención dividida en masturbar a Clericot y succionar la erección de Kingfisher.

Le habría gustado decir que no lo estaba disfrutando, que estaba cumpliendo un deber; que porque aquel par de tipos le eran indiferentes no podía excitarse. Pero Rob Roy no era el único que lograba humedecerla. Ayane siempre había sentido debilidad por el sexo oral, y la excitaba tener a su merced a un hombre que había soñado con tenerla y, al no poder, no se le había ocurrido nada mejor que tratarla mal. Para ella, hacerle pagar por sus menosprecios con una mamada que recordaría incluso en su noche de bodas era la mejor venganza. Y tanto que se vengó poniendo a prueba la flexibilidad de su garganta con succiones cada vez más entusiastas. Con los ojos entrecerrados solo le quedaba escuchar los gemidos de unos y otros, los que se le escapaban a Clericot cuando llegaba a la base de su miembro y apretaba deliberadamente y con los que Kingfisher le regalaba los oídos.

Todos allí la deseaban. Aunque Rob Roy solo rompiera el silencio para hacer apreciaciones que las mojigatas encontrarían indeseables —«voy a follarte este culo que tienes»—, sabía que él también tendría la polla dura y querría penetrarla con ella. Y aunque Kingfisher y Clericot disfrutaban, Ayane sabía que les picaban los dedos por no poder usar las manos. El agente quería agarrarla de la nuca y golpear su boca con las caderas, lo vio en su mirada nublada por el deseo, y si Clericot lamía sus pies con tanto ahínco, ¿cómo no la tocaría entre las piernas?

Cuando Rob Roy consideró que estaba lo suficientemente mojada, introdujo dos dedos en su sexo. En lugar de huir del crudo contacto, Ayane bailó con las caderas para regocijarse en sus atenciones. El amo no tardó en rotar el índice y el corazón y retirarlo lo justo para volver a penetrarla hasta los nudillos. Ella soltó un instante la erección de Kingfisher para gemir en voz alta y escupir los fluidos salados que le habían inundado la boca.

Rob Roy la agarró del pelo y la incorporó violentamente para asomarse por encima de su hombro y mirarla. Ayane se pudo imaginar lo que vio, una mujer con los ojos inyectados en sangre por el esfuerzo de tragar e hilillos de líquido preseminal corriendo por su barbilla.

—Eres una puta, ¿eh? —gruñó Rob Roy con visible placer—. De las que ya no quedan.

Ayane se rio perversamente y se sacudió su agarre propinándole un manotazo. Había vuelto a engancharse al miembro de Clericot cuando el amo se vengó de su atrevimiento, primero dándole un fuerte azote en las nalgas y luego retirando los dedos para introducir la raíz de jengibre. Tenía un diámetro bastante más grueso, y aunque notó que ponía a prueba la flexibilidad de su cuerpo, no fue eso lo que la hizo jadear, sino el escozor.

Se humedeció los labios y sacó la lengua en una clara petición: que Kingfisher recuperara su lugar en la calidez de su boca. Más por casualidad que porque le interesara lo que estaba ocurriendo fuera, Ayane paseó una mirada vidriosa por el recinto, conteniéndose para no gritar al

sentir que Rob Roy retorcía la raíz en su vagina.

Su corazón se saltó un latido al localizar al fondo a Black Russian. Estaba recostado contra el lateral del quiosco donde iban a pedir las copas, lo bastante lejos para que nadie considerara que formaba parte de ningún juego.

Pero ella no opinó que fuera tan ajeno a la diversión cuando se percató de que la estaba observando. Y no con su indiferencia habitual. En una mano sujetaba su inseparable copa con dos dedos de whisky, y con la otra se frotaba lentamente la bragueta del pantalón.

Tener su atención la activó más si era posible. Hasta su cuerpo reaccionó a ese movimiento sugerente. Se enderezó, arqueando la espalda, y apretó con fuerza la erección de Clericot, como si fuera la polla de Black Russian lo que se traía entre manos. Fue esa inspiración la que hizo que borrara los rostros de los hombres que dependían de ella para correrse y volviera a engullir el miembro de Kingfisher, que lanzó un gemido gutural cuando los labios de Ayane tocaron la mata de pelo negro.

Dudaba que el vello púbico de Black Russian fuera tan denso y oscuro, pero eso no importó. Sosteniéndole la mirada en la distancia, le mandó un claro mensaje.

«Esto que tengo en la boca eres tú».

Y porque era él y ella estaba perdiendo la cabeza con las sensaciones que la raíz de jengibre provocaba en su cuerpo, Ayane se empleó tan a fondo mamando y rotando la lengua que, muy pronto, la respiración de Kingfisher empezó a alterarse.

Ella no se dio cuenta, porque solo tenía ojos para Black Russian y para la mano salpicada de tatuajes incomprensibles que introdujo en el pantalón. Ayane emitió un jadeo anhelante e imaginó que alcanzaba su miembro, para lo que masturbó lentamente a Clericot. Los dedos le temblaban por culpa de la impresión de haber visto al ruso; por la manera en que Rob Roy la penetraba una y otra vez con un instrumento tortuoso que hacía todo su sexo arder. La quemazón había sido soportable al principio, pero a esas alturas Ayane solo podía gimotear en voz alta y revolverse como si le hubieran prendido fuego.

Pensó que no lograría soportarlo por mucho tiempo, y justo entonces, como si el amo quisiera demostrarle que su cuerpo no conocía límites, la penetró analmente con la única preparación de su saliva. Ella gritó y se revolvió hasta que la punzada de dolor se transformó en un escalofrío generalizado que le subió el calor hasta la cara. Estaba sudando, la postura empezaba a cansarla, cuando no a hacerle daño en las articulaciones, e imaginaba que tenía el rostro ruborizado. Pero Black Russian debía de verla más guapa que nunca, porque no le avergonzaba masturbarse con el espectáculo con una elegancia desconcertante.

No le avergonzaba revelar que aquello le excitaba enormemente, y a ella la enloquecía de gusto que él disfrutara viéndola con otros.

Ni Kingfisher ni Clericot pudieron soportarlo más y avisaron de que estaban al borde del

orgasmo. En vista de que Ayane estaba perdiendo la cabeza, Rob Roy se apiadó de ellos y se retiró para darle la vuelta a la dominatriz, también sumisa.

Aunque era la intención del amo, fue ella quien articuló sin aliento:

—Correos donde queráis.

Kingfisher ni se lo pensó y, agarrándose el miembro con las dos manos atadas, se lo acercó a la cara y se vació sobre su boca entreabierta. Ayane cerró los ojos, en parte resignada porque en esa postura no podía adivinar qué estaba haciendo Black Russian. Sintió el líquido derramarse por su barbilla y su cuello, y luego sintió que Clericot le empujaba el vestido hasta que solo era un amasijo de tela envolviéndole el estómago para correrse sobre sus pechos.

Segundos después, Rob Roy le asestó una última embestida, y con ella llenó su interior. Lo supo porque, conforme se retiró, notó la espesura del semen deslizándose entre sus muslos.

—Sácame eso —rogó con los párpados apretados a nadie en particular—. Por favor.

—Cuando me lo dices así… —comentó Rob Roy en un tono cantarín afectado por lo sucedido. Obedeció su petición y extrajo la raíz que le había dejado los labios inferiores en carne viva.

Ayane gimió, perdida entre el placer y el dolor. Pero no extendió los brazos ni se relajó sobre la cama; luchó contra lo que le pedía el cuerpo, que no era otra cosa que ceder al cansancio, y se incorporó para buscar a Black Russian.

El corazón le dio un vuelco al ver que se había acercado con la mano dentro del pantalón. No podía ver su erección, pero sí su semblante y el morbo que oscurecía su mirada, que no mentía al proclamar lo que esperaba de ella.

Ayane fue a sentarse en el borde de la cama, pero él la detuvo tan solo meneando la cabeza. Se quedó con las manos apoyadas a la espalda y los muslos ligeramente separados.

—Cierra los ojos —le ordenó Black Russian, al que Kingfisher y Clericot le habían abierto camino como si de un semidiós se tratara.

Ella se resistió a obedecer, a sabiendas de que pretendía castigarla ocultándole la visión de su polla. Pero tras una guerra de miradas, comprobó que no daría su brazo a torcer, y que si no era Ayane quien cedía, se correría en un lugar distinto a su cuerpo… Y eso no quería ni imaginarlo.

Así que cerró los ojos y aguzó todos los sentidos. Fantaseó con que la embestía una sola vez para calmar el ardor de la raíz y vaciarse en su interior, pero no le daría ese gusto. Lo confirmó en cuanto la calidez del semen inundó su bajo vientre, lo bastante cerca del pubis para que, al seguir su recorrido natural, el líquido llegara a mojarle la entrepierna.

Abrió los ojos tan rápido como pudo, pero Black Russian ya estaba recolocándose la bragueta mirándola a través de las pestañas desde su impresionante altura, como si ella solo hubiera servido para un propósito.

Saber que la había utilizado a placer y acababa de tratarla como una simple muñeca no la

enfureció; por el contrario, sintió la extraña necesidad de agradecérselo de algún modo.

Pero él, que había concluido lo que había llegado a hacer, se dio media vuelta y se fue antes de que encontrara las palabras.

—Sería mejor que fueras a bañarte —sugirió Rob Roy—. Me sé de alguna que se quedó mucho tiempo cubierta en semen y tuvo una reacción alérgica. Pero tranquila —agregó con un guiño—, que te estaré esperando para el segundo asalto.

Ayane no se refugió en el baño del bungaló para asearse. El recinto de las veladas contaba con unos servicios a disposición de los participantes en su situación. Le quedaba bastante más cerca de la cama y los amantes a los que esperaba volver.

Cuando se miró en el espejo y se vio con el maquillaje corrido, el cabello húmedo y la cara manchada de semen, no sintió ninguna clase de asco hacia sí misma. De esa guisa se gustó más que nunca. Se percibía como una salvaje prehistórica, como la mujer que los vikingos se pasaban de unas manos a otras después de una conquista: el magullado trofeo de una celebración pagana.

Giró el grifo del lavabo y se frotó la cara hasta barrer los restos de la pasión de Kingfisher. Limpió también los vestigios del maquillaje que había aplicado con tanto mimo hasta que una joven inocente le devolvió la mirada desde el espejo.

Nunca le había gustado el aspecto que tenía cuando no llevaba sombra de ojos o un pintalabios llamativo. Su piel era naturalmente pálida y no necesitaba sonreír para que se le marcaran unos hoyuelos juveniles. Era consciente de que los rasgos infantiles atraían a los hombres, pero eran precisamente esa clase de hombres, con ese tipo de fijaciones, de los que Ayane huía.

Se echó jabón en las manos y retiró el semen de Clericot antes de que por órdenes de la gravedad se mezclara con el de Black Russian, incluso si el ombligo ejercía de sumidero.

Suspiró de pura pereza. Tendría que pasar un buen rato en el inodoro y practicándose lavativas para limpiar el orificio que Rob Roy había mimado alegremente.

Pero eso era lo último que le apetecía ahora.

Se quedó mirándose en el espejo de cuerpo entero, y, engañándose a sí misma para no tener que aceptar que su atención iría, inevitablemente, a su bajo vientre, tonteó buscándose defectos hasta que se fijó en las manchas blancas que quedaban por borrar.

Ayane tragó saliva y se llevó al pubis la mano aún húmeda por el agua. Todavía le ardía la entrepierna por culpa de la raíz; no le extrañaba que Rob Roy le hubiera prometido que aún no había acabado con ella. Aunque las sumisas estaban destinadas a sufrir, también las esperaba el mayor de los placeres intensos, y Ayane todavía no había dejado atrás el umbral del dolor.

Pero no iba a volver enseguida a sus brazos.

Ella podía encargarse de su propio desahogo.

Mordiéndose el labio para no emitir sonido, como si supiera que lo que quería hacer estaba prohibido, se acarició la zona salpicada del semen de Black Russian. Dibujó tiernos círculos, humedeciéndolo para que fuera más líquido, y poco a poco fue separando los muslos para tocarse con las manos empapadas de aquel lubricante natural.

Ayane se devolvió la mirada en el espejo. Estaba sonrojada por el placer y sus labios entreabiertos pedían un beso. Un beso que no recibiría. Tendría que saciarse por otro lado, se dijo, como si sus intenciones fueran inocentes. Recogió en la palma de la mano buena parte de los restos de Black Russian y, en lugar de enjuagarse, mojó los labios inferiores con su semen y se introdujo los dedos manchados.

El placer no fue inmediato. Tenía la piel demasiado irritada, y la mandíbula se le tensó.

Del recinto provenía el ritmo sensual de *Such A Whore*, un remix de JVLA.

«Muy apropiado», pensó, sumida en su ensoñación. Recordó el comentario de Rob Roy, pronunciado de corazón en un momento álgido, y se permitió sonreír con perverso regocijo.

Ayane era de la escuela del sexo duro, del maltrato en la cama, de que le dedicaran todos los insultos que no toleraría fuera de las sábanas. No le importaba que la llamaran zorra. Sabía que lo era. Le gustaba serlo. Era la puta de cualquier hombre que se la pudiera permitir. ¿Y qué si no era un bien preciado que se reservaba para la persona ideal? ¿Y qué si se compartía con quien le provocara un cosquilleo?

«¿Cómo que “y qué”?», le reprochó la voz interior. «¿Qué hay de Jace?».

«Jace está en todas mis fantasías», se replicó, demasiado aturdida por lo sucedido como para abrazar los remordimientos. La excitó imaginar a Jace a su espalda, siendo la mano que ella utilizaba para masturbarse. La seguridad de Jace, el amor incondicional que sentía hacia Jace, la pasión de Jace… Pero no era su semen el que avivaba esa fantasía, y más temprano que tarde regresó el rostro de Black Russian.

La puerta se abrió, y como Ayane no tenía nada de lo que avergonzarse en ese ambiente, no se detuvo enseguida. Solo se le ocurrió acallar los jadeos nerviosos cuando reconoció el caminar pausado del hombre que había interrumpido su espectáculo.

Le sorprendió darse cuenta de que le asociaría esas pisadas que traían malos augurios incluso con los ojos cerrados. Se topó con la expresión de Black Russian, que se detuvo a su lado y se inclinó hacia el lavabo para limpiarse las manos con toda naturalidad.

Ayane no pudo decir nada. Tenía que haberlo visto: tenía que haber visto que no se había librado de su esencia aún y que la había excitado tanto que había corrido a esconderse para prolongar un recuerdo; para devorar las migajas que él le daba y de las que parecía que dependía

el placer de ella.

Pero Black Russian solo presionó el dispensador de jabón y se frotó los dorsos de un modo tan hipnotizador que Ayane se descubrió observando el movimiento con envidia.

«Quiero esas manos. Quiero esas manos. Quiero esas manos dentro de mí».

En cuanto terminó, Black Russian buscó una de las toallas a disposición y se giró hacia ella para secarse con parsimonia.

Ayane era consciente de que tenía las mejillas coloradas, y de que así seguirían mientras él la vigilara reproduciendo a la vez aquellos sugerentes movimientos de muñeca.

Cuando creyó que Black Russian se marcharía después de imponer su evidente dominancia con tan solo aparecer, reaccionó de una forma insólita.

—Por favor —suplicó Ayane con un hilo de voz.

No tuvo que decir nada más. No era necesario entrar en concreciones. Él la entendió, y ella supo que no decidió apiadarse porque se lo hubiera pedido, sino porque esa había sido su intención desde el principio.

¿Qué explicaba, si no, ese brillo acerado en los ojos más azules del mundo?

Dando un solo paso, Black Russian se situó a su espalda y la rodeó posesivamente por los pechos. Deslizó una caricia apreciativa por su piel de terciopelo, y nada más desembocar en su entrepierna, el resto de su cuerpo desapareció.

Black Russian apoyó con delicadeza la barbilla sobre el hombro femenino y presionó los labios contra el lateral de su cuello. Ayane estaba tan nerviosa, tan excitada, tan fuera de sí, que empezó a hiperventilar y abrió las piernas para él antes de que cambiara de idea. Allí, en ese baño, con esa mano acariciándola, estaba en la cuerda floja; en el filo de la navaja. La fuerza de atracción hacia el vacío era aterradora, pero también tan deliciosa que no cabía en sí misma de pasión.

Se recostó contra el pecho de él y alargó las manos hacia atrás en busca de su cuerpo. Se agarró a sus muslos, a sus glúteos; palpó sin querer la cajetilla cuadrada del tabaco, que, aunque le impidió tocarlo como quería, la hizo suspirar aun así porque confirmaba que se trataba de él. De otra manera no podría haberlo sabido, porque daba igual que oliera como Black Russian, que tuviera un nudo en la garganta como cada vez que Black Russian aparecía: Black Russian no podía ser capaz de recorrerle el cuello con los labios entreabiertos y dejar un levísimo rastro de saliva, la huella de su boca mullida. Más bien Black Russian debía ser capaz de los mordiscos más crueles, de abofetear, de apuñalar por la espalda. Y aunque no lo hizo, Ayane sí sintió algo similar a la presión de un puñal cuando la penetró con tres dedos. Supo que en uno de ellos llevaba un anillo grueso porque notó el frío del metal y todo lo que abultaba contra la entrada de su cuerpo.

A ella, que le encantaba hablar, ser coqueta o pasarse de lista, se sumió en un silencio

sepulcral. Solo se escuchaban sus propios jadeos entrecortados, sus bufidos nerviosos e intentos de súplicas que no conseguía suprimir para no ponerse más en evidencia.

Black Russian se agachó para levantarle una pierna sujetándola por detrás de la rodilla. Descaradamente ofrecida para él, no encontró excusa para no introducir un cuarto dedo en su cuerpo. Ayane emitió sonidos que no se había oído jamás, mezclas de sollozos con lamentos y ruidos guturales de animal herido.

Nunca había entendido la expresión «desear tanto que duele» hasta ese momento. Podía achacarlo a la dichosa raíz de jengibre, pero sabía que era su olor lo que la estaba enfermando.

No pudo soportar la tensión de estar quieta y, cuando sintió que Black Russian apartaba los dedos quizá con la intención de introducir el puño entero, Ayane giró en redondo para encararlo.

Estaba respirando con dificultad, al borde de la locura, y él parecía tan ajeno que lo deseó más aún. Saltándose a la torera su orden de no ponerle la mano encima sin su permiso, lo rodeó por el cuello y subió hacia su cara para hundir los dedos en su media melena. Se puso de puntillas, suspirando, y lamió el lateral de su garganta hasta alcanzar un punto que le apeteció morder, y mordió con ganas, ansiando una respuesta por su parte. Y lo consiguió. Un gruñido manó del corazón de su pecho, haciendo que todo el ser de Ayane se doblara en respuesta y siguiera buscando desesperadamente más espacios conquistables. Lo manoseó sin piedad: el pecho duro, los brazos voluminosos, la cintura estrecha, las caderas que quería ver bailando, los glúteos, el vientre, los costados… Ayane lo registraba como si llevara encima el mapa del tesoro.

Poco le importaba si su sexo quemaba solicitando esas mismas atenciones que andaba regalando. Tenía a aquel hombre para ella y eso era lo importante.

Fuera, la música seguía sonando.

No, no this isn't love, no this isn't love
But it's more than infatuation
I know there's plenty of fish in the sea
But that just means the ocean is saturated
And I'm at your will[6]

Ante el despliegue de atenciones, él soltó una sola risotada que detuvo en seco sus movimientos. Ayane se encontró con su mirada azul, y todo cuanto pudo hacer fue tragar saliva al detectar un brillo juguetón. Se fijó en que la carcajada le había dejado sonriendo a medias, insinuando la hilera de dientes bajo el labio superior.

Gracias a la cercanía pudo percatarse de un detalle curioso.

—Tienes una pequeña hendidura en el borde del incisivo… —musitó, acercándose más.

Aunque la sonrisa de él se fue apagando, a Ayane le dio tiempo a introducir la lengua a las puertas de su boca y acariciar con la punta la irregularidad de la paleta izquierda. Al separarse, se fijó en que Black Russian la estaba mirando con fijeza. No quería que ella se apartara, porque la agarró por las nalgas y la ciñó a su cuerpo—. ¿Por qué?

—Es para morderte mejor —se burló él. O esa fue su intención, pero reconoció una leve vacilación en su expresión, como si de pronto se le hubiera olvidado cuál era la máscara con la que le tocaba cubrirse en esa circunstancia.

—¿Te caíste cuando eras niño? —seguía murmurando ella. Se estiró más allá de las posibilidades que ofrecía su metro setenta y recorrió su cara con los dedos. Prestó especial atención a la boca entreabierta y deslizó el índice por el relieve de sus labios—. A mí me pasó. Tengo el mismo defecto.

Ayane le sonrió y se señaló el incisivo, que daba la casualidad de que era el contrario, el derecho. No lo tenía tan marcado porque el dentista se lo intentó arreglar, pero se podía apreciar una diferencia de tonalidad marfil entre el diente afectado y la corrección.

Con el gesto, él pareció momentáneamente aturdido, como si le hubiera hablado en otro idioma. Se percató de que miraba al punto que pretendía mostrarle y que luego desplazaba la vista por todo su rostro con cierta incredulidad. Algo no le cuadraba. Pero tuvo que cuadrarle al final, porque, durante un delirante instante, su mirada se suavizó, permitiendo a Ayane echar un vistazo privilegiado a lo que había detrás del bloque de hielo.

¿Un acceso de… dulzura?

Ella tragó saliva, intimidada por el cambio de atmósfera y, sobre todo, por el repentino deseo de besarlo.

No, era más que un deseo. Y era más que besarlo lo que ansiaba hacer. La idea de devorarlo la consumía, de pasar toda una noche explorando su cuerpo. Comprendió entonces que se estaba obsesionando; que había bajado la guardia y él le había ganado tanto terreno que en su presencia ya no se podía concentrar.

No ya en la misión, sino en el hombre que la esperaba en casa.

Tomar conciencia con su situación la asustó tanto que lo soltó y dio un paso atrás. A él no solo no le molestó, sino que relajó los hombros como si acabara de apartarle la pistola de la sien. Ayane se cubrió los pechos en un arrebato de mojigatería, esperando así recuperar su seguridad, y se fue alejando de él.

Sintió que era su obligación rehuirle la mirada, pero por más que quiso, por más que la dominó la preocupación, no pudo negársela hasta que no estuvo a las puertas del baño.

Solo entonces, Ayane se dio la vuelta y se escabulló para ponerse a salvo a su dormitorio.

No confiaba en que él no pudiera encontrarla allí; solo rezaba para que no quisiera hacerlo.

Capítulo 8

Ayane no pudo pegar ojo en toda la noche. El único consuelo que tuvo fue que, en esta ocasión, fue Jace quien acudió a su pensamiento cada vez que intentó dormir.

Pero ¿a qué precio?

Por más que intentó justificar su libertinaje echando mano de las excusas más habituales, como que era necesario para la misión, una sencilla verdad acababa desmontándolas: lo estaba disfrutando. E incluso ella, que trataba de aferrarse a una mentalidad abierta que dejó atrás sin otro remedio en cuanto pronunció sus votos, sabía que eso supondría un problema en Washington.

Había pasado un par de días distraída, permitiendo que su estúpida obsesión afectara no ya a su matrimonio, sino a su desempeño. No podía permitir que un drama sentimental siguiera interponiéndose entre su objetivo principal y ella.

La prioridad siempre había sido volver a casa cubierta de gloria.

Estaba empezando a desesperarse pensando que no lograrían dar con una sola huella.

—Solo nos dieron una semana para asegurarnos de que Fuego y Sangre está relacionado con las desapariciones y nos quedan dos noches, Fisher —mascullaba, caminando de un lado para otro. Aún estaban decidiendo a dónde se escaparían esa mañana para seguir investigando—. No podemos llegar a Washington y decirle a Wray que sí, que han sido los sadomasoquistas, y justificarlo con que tenemos una corazonada.

—Tenemos mucho más que una corazonada, Ayane —le replicó desde el sillón que dominaba la estancia. Se presionaba los ojos cansados con la base de las palmas—. Sabemos que la última vez que vieron a Jaylani fue en la fiesta de la Luna Llena. Si Califa no está implicado, y apostaría la vida a que es inocente, ¿no crees que le habría extrañado que la chica no volviera al resort para recoger sus pertenencias? Está claro que alguien limpió su bungaló por ella. ¿Y quién lo habría hecho, sino un trabajador pagado por alguien de dentro?

Ayane frenó en medio de la estancia con los brazos en jarras.

—¿Y qué sugieres? ¿Que interroguemos a los empleados? Ya lo intentamos sutilmente y parece que los van renovando cada año. No hay ni uno que estuviera en Fuego y Sangre el año pasado. Ni el anterior.

—Tendríamos que volver a colarnos en el despacho de los organizadores y buscar los datos tanto de los participantes actuales como de los trabajadores de los últimos encuentros. Con la lista oficial de invitados averiguaremos si es cierto que hay más gente de la cuenta y si las

mujeres que hemos visto pulular por ahí están de verdad registradas o vienen sin identificación. En cuanto a los currantes dados de alta, con un poco de suerte localizaremos un teléfono al que llamar para preguntar sobre su experiencia aquí.

—¿Qué te hace pensar que hablarán?

—¿Se te ocurre algo mejor?

Ayane apartó la mirada, impotente.

No, no se le ocurría nada mejor. Su cabeza era un hervidero de reproches y pensamientos turbios. Había perdido la claridad necesaria para llegar a conclusiones inteligentes. Empezaba a sentirse una carga para Kingfisher, que había demostrado que, incluso cuando dedicaba todas sus energías a pincharla, seguía siendo un tipo competente.

Desde la noche anterior no había dejado de repetirse las palabras sinceras con las que Jace intentó disuadirla de aceptar el encargo.

Al final tendría que aceptar que no estaba a la altura de lo que se esperaba de ella.

Un puñado de días en un paraíso extranjero habían bastado para destapar unas dudas sobre su matrimonio que ni siquiera sabía que tenía; que creyó haber enterrado años atrás. Que no pudiera separar sus preocupaciones de sus responsabilidades contractuales era una flagrante falta de profesionalidad.

—¿Te encuentras bien? —tanteó Kingfisher.

Ayane no quería seguir dándole motivos para pensar que era inútil, y, además, no se merecía esa confianza. Lo que la noche anterior le había parecido divertido y catártico, esa mañana le estaba provocando náuseas. Pensaba, contraria a la benevolencia con la que miraba los errores de otros y de su línea de pensamiento racional, que una puta como ella no tenía derecho a consolarse o buscar redención.

La desesperación era el castigo que Dios le tenía preparado.

«¿Qué son esos reproches cristianos? ¡Tú no piensas así!», le replicaba la voz interior, esa que trataba de salvarla de sí misma cuando se enrocaba en ideas autodestructivas. No sucedía a menudo. Ayane mantenía a raya sus pensamientos intrusivos gracias a la terapia con la doctora Salinger, pero cuando llegaban en tropel, estaba perdida.

Tal vez ella no pensara de esa manera, pero Jace sí. Y cuando el deseo no le nublaba el juicio y se convertía en una perra egoísta, solía anteponer los sentimientos de su marido a cualquier capricho momentáneo.

En eso consistía el matrimonio.

—¿Ayane? —insistió Kingfisher.

—¿Qué propones para infiltrarnos de nuevo? —cambió de tema.

—Me consta que Califa y Angel Face participarán en la velada de esta noche. Por lo visto, causa un gran revuelo que la mujer del jefe se anime a ponerse unas correas, porque no es lo

habitual. Incluso si nadie le pone la mano encima, se dice que es un placer verla en directo. Eso significa que su despacho estará vacío. Solo tendríamos que quitarnos de en medio a Black Russian. Distraerlo —especificó—. Seguro que se te ocurre una manera inteligente de acapararlo durante media hora, tal vez cuarenta y cinco minutos, mientras yo registro sus archivos —añadió, esperando animarla al depositar en ella su confianza.

Ayane no lo tenía tan claro. Kingfisher no había sonado como si esperara que se enredara con el ruso para mantenerlo ocupado, pero era lo único que se le había pasado por la cabeza nada más escucharlo.

Si tan solo fuera hablador… o si tan solo ella tuviera lo que quisiera que ese hombre esperase de una mujer para considerarla interesante.

Entonces recordó su conversación en la Cabina Roja, cuando Black Russian le prometió llevarla a un lugar exclusivo. Eso le daba la excusa perfecta para ir en su busca.

Una vez con él, se las arreglaría para que no se desembarazara de ella con la facilidad habitual.

Con sigilo, Ayane rodeó el bungaló en el que le constaba que dormía Black Russian y se asomó al patio trasero. No había abierto la puerta ni la primera, ni la segunda, ni la tercera vez que había llamado, pero debía de estar allí porque una melodía familiar provenía del interior. Sonaba tan alto que tenía que haber dejado abierta alguna puerta o ventana.

«Puertaventana, de hecho», confirmó Ayane al adentrarse en el perímetro del pequeño jardín.

Toda la parte trasera de la vivienda era susceptible a miradas indiscretas. Estaba enteramente acristalada, lo que le permitió ver lo que el inquilino hacía en la intimidad de su dormitorio.

Se sintió una sucia voyerista al perderse observando una tarea tan cotidiana como podía serlo organizar una maleta. Black Russian se movía por su dormitorio con esa parsimonia que la sacaba de quicio. Tomaba del armario alguna prenda, casi siempre negra, y la guardaba en el equipaje de mano con cuidado de que no formara arrugas.

Pero la faena fue lo de menos en cuanto se fijó en él.

Vestía unos vaqueros muy desgastados con rotos en las rodillas y nada más. Un cigarrillo entre los labios era su único complemento.

Aun de lejos, Ayane advirtió el movimiento de sus músculos. Los volúmenes de su cuerpo no pasaban desapercibidos ni siquiera bajo los descoloridos tatuajes que lo cubrían casi por entero.

Tragó saliva, intimidada por la revolución de sus hormonas, y se ordenó acercarse con seguridad para acabar de una vez por todas. Entonces reparó en que estaba cantando por lo bajo y no le quedó otro remedio que frenar. Por fin reconoció la melodía: *If I Can Dream*, una de las

canciones más evocadoras de Elvis Presley. También de las últimas que cantó en Memphis antes de morir.

Se sintió extrañamente complacida al reparar en que Black Russian no le había mentido: sí que le gustaba el rey del rock. Y tanto que le gustaba, pensó con regocijo. Se conocía la letra de memoria y cantaba casi igual que él. Pero no parecía consciente de su talento, si es que acaso le importaba, porque canturreaba como si no quisiera enterarse ni él.

Daba la impresión de que estuviera dialogando consigo mismo.

If I can dream of a warmer sun
Where hope keeps shining on everyone
Tell me why, oh, why
Oh, why won't that sun appear?[7]

Al oír aquella parte de la letra, Ayane se estremeció sin saber por qué. Quizá porque el gesto del ruso se había torcido, fúnebre, al hablar de un sol que rehusaba cubrir con su calor a todo el mundo.

Como si él pudiera captar los ultrasonidos, como el de sus vellos erizándose, giró la cabeza hacia ella. Ayane se negó a mostrarse avergonzada porque la hubiera cazado en pleno escrutinio y solo enarcó una ceja, a lo que Black Russian la sorprendió una vez más invitándola a pasar con un gesto informal.

—¿A dónde vas? —le preguntó una vez estuvo de pie bajo el umbral de la puerta corredera. Señaló su maleta a medio hacer.

Black Russian era tan indiferente a la mirada ajena que continuó su tarea como si todavía estuviera solo. Esto permitió a Ayane fijarse en los tatuajes que no había podido ver en su máximo esplendor.

Tenía unas letras en ruso en los dedos, eso lo sabía ya, pero no era ni de lejos el dibujo más inquietante de su colección. En los hombros lucía una ristra de estrellas oscuras y desvaídas por el tiempo. En la espalda, una calavera con los huesos cruzados lloraba lágrimas de sangre. Una de dichas lágrimas tenía el aspecto de un tatuaje recién hecho: era más oscuro, más intenso, y estaba levemente despellejado.

En un pectoral, la amorosa Virgen cargaba al Niño en brazos. En el opuesto, un terrible demonio le sacaba la lengua con socarronería a quien lo mirara a los ojos.

En uno de los antebrazos lucía un cuchillo rodeado de cadenas…

No pudo continuar su examen. Black Russian se sacó el cigarrillo de los labios y dijo:

—A Shanghái.

Ayane arrugó el ceño.

—¿Cómo? Todavía no ha acabado Fuego y Sangre.

—¿Y?

—Eres uno de los organizadores. ¿No estás obligado a quedarte?

—A mí nadie me obliga a nada.

Ayane puso los ojos en blanco, como si su respuesta no le hubiese puesto la carne de gallina.

¿Era peligroso? ¿No era peligroso?

¿Lo descubriría algún día, o se iría de allí con las manos vacías?

—Pero me dijiste que me ibas a llevar a un sitio exclusivo —señaló sin ocultar su irritación—. ¿Has cambiado de opinión?

Black Russian permaneció donde estaba en silencio, como si le hubiera pillado con una pregunta para la que no tenía respuesta. Dio una lenta calada sin dejar de mirarla de manera apreciativa. Pero al final de esos vistazos valorativos que le ponían el corazón en un puño, la conclusión era la misma: que ella no merecía más minutos de su tiempo.

Esta vez se lo hizo saber exhalando el humo con impaciencia y volviendo a retomar su tarea.

—No estás preparada —determinó sin mirarla.

—¿Perdona? ¿Para qué se supone que no estoy preparada? —La indignación la hizo cruzar el umbral para exigir una explicación más detallada—. Creo que he demostrado de sobra que me manejo en este mundillo como una profesional. Tengo casi la misma experiencia que Califa, no me da miedo ni someter, ni que me sometan, y es evidente que te gusto, ¡así que no lo pongas sobre mis hombros! ¡A lo mejor el que no está preparado eres tú!

Black Russian se giró justo cuando Ayane había alargado el brazo para agarrarlo del hombro. Estuvo a punto de chocar con su pecho, pero frenó a tiempo. El ruso la cogió de la muñeca para apartar su mano impertinente, y con la otra, la que sostenía el cigarrillo entre el índice y el corazón, la agarró de la mandíbula.

Se inclinó para hablarle a un palmo de la cara.

—Disfruta de los últimos días —deletreó—, luego vete a casa y no me toques los cojones.

—Oh, ¿en ese orden? —logró articular. Estaba presionando con los dedos sus músculos maxilofaciales.

Black Russian curvó los labios en una sonrisa.

—Puedes empezar por no tocarme los cojones, si quieres —le sugirió en tono risueño.

Ayane apartó su mano de un violento manotazo.

—¡Que te den! ¡No puedes hacerme ilusiones así y luego dejarme tirada!

—Vaya, había olvidado que te debía explicaciones. *Malyshka, malyshka*… —Chasqueó la lengua—. No sé quién te ha hecho pensar que me puedes hablar así, pero…

—¡Ni yo sé quién te ha dado a entender que me puedes tratar así! —lo interrumpió.

Ya ni siquiera estaba molesta con él porque le hubiese dado puerta, sino por el simple hecho de que existiera. De que la estuviera haciendo dudar. De que su olor la idiotizara y su proximidad le agitara la respiración. Lo odiaba. Tenía que odiarlo. Necesitaba odiarlo.

—¿No piensas decirme a dónde me ibas a llevar, aunque sea?

Mientras terminaba de remeter una camisa que trataba de asomar por el borde de la maleta, Black Russian le dirigió una mirada socarrona con los ojos entrecerrados.

Exageró una expresión de sorpresa abriendo los ojos y extendió las manos para desplegar un cartel invisible:

—A la cara oculta de la luna.

—¿Te estás burlando de mí? —jadeó, alucinada con su actitud. La canción de Elvis Presley seguía sonando—. Me prometiste que daría con lo que venía buscando. Sexo, exclusividad y marcar la diferencia.

—¿Y qué más quieres que te diga? No eres mi *druzhyna*. No te debo explicaciones.

—¿Tu qué?

—Creo que se dice «esposa» en tu idioma.

Ayane apretó los labios, porque era verdad. No le debía ningún tipo de explicación. Pero ella se había sentido en la potestad de cantarle las cuarenta siempre que le pareció apropiado. Estuvo a la defensiva desde que coincidieron la primera vez, y en el fondo no tenía razones de peso. Era consciente de que esa mano tendida hacia el cuadrilátero que le ofreció, esa que ella había decidido interpretar como una burla, se le habría antojado una galantería inocente viniendo de cualquier otro hombre.

Uno que no hubiera desatado las mariposas en su estómago.

Se resignó a observar en silencio sus preparativos. Estaba de buen humor, incluso sobreexcitado; sometido por un subidón de adrenalina. Seguía la música con una naturalidad que le habría arrancado una sonrisa si no hubiese estado frustrada por el cambio de planes.

No solo no iba a invitarla a un sitio que podría haber resultado determinante para la misión, sino que se marchaba, llevándose consigo sus secretos, su posible implicación en la trata…

«Y las razones de peso por las que has de seguir aquí», completó la voz interior. «Si él se va, ya no tienes nada que hacer de lo que no pueda encargarse Kingfisher. Black Russian era tu responsabilidad… y Black Russian se acabó».

Black Russian se acabó.

Ayane tragó saliva al verle descolgar la cabeza hacia atrás para soltar el humo del cigarrillo con los ojos cerrados. El movimiento tensó los músculos de su cuello y exhibió la marca de los dientes que ella le había dejado la noche anterior.

El recuerdo bastó para recordarle que su marcha solo significaba buenas noticias de cara a su matrimonio.

Una vez desapareciera la tentación, ella podría volver a la normalidad.

¿O no?

¿Podría regresar a los brazos de Jace después de haber descubierto que su corazón no había cambiado y aún era capaz de prendarse de personas distintas del amor de su vida?

Respingó cuando Black Russian la cogió de la mano y tiró de ella hacia él. Chocar contra su pecho cálido la aturdió. Desde la piel desnuda la miraron tanto el demonio de tinta como la Virgen Santísima, personajes opuestos que, curiosamente, lograban una armonía incomprensible sobre su piel.

Él la aferraba con fuerza por la cintura, marcando su territorio, pero la mano con la que le apartó un mechón oscuro de la cara expresó una caricia anhelante.

El demonio y la Virgen.

—No voy a echarte de menos —le aseguró él con una sonrisa guasona.

—¡Ni yo a ti! ¡No te jode, gilipollas! —balbuceó ella con la cara ardiendo.

Por si no la hubiera extrañado suficiente con su repentina simpatía, Black Russian la sumió en una suerte de ensoñación moviéndose por la habitación al ritmo de la música. Evocaba así un estilo de baile que ella solo había practicado una vez: cuando inauguró el convite de su boda.

El paralelismo la descolocó.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —le gruñó—. ¿Cómo es que de pronto eres majo? ¿Te vas a Shanghái porque allí te ha tocado una herencia millonaria o algo así?

—Algo así, sí —respondió con ambigüedad—. ¿Cómo no voy a estar de buen humor? No voy a volver a verte jamás —explicó, esta vez con un brillo acerado en los ojos—. Deberías replicar mi alegría, *malyshka*, porque si me cruzo contigo de nuevo, me voy a cabrear… y no quieres verme enfadado.

Ella apretó los labios, molesta.

—Guau… Si tratas así a una mujer con la que te masturbas, no me quiero ni imaginar cómo te comportas con las que no te interesan.

Black Russian se humedeció los labios sin dejar de mirarla. Y Ayane supo, como sabía que la Tierra era esférica, que aquella mirada la perseguiría durante mucho tiempo.

Para huir de la extraña intimidad del momento, le arrebató el cigarrillo que él acababa de acercarse a los labios y le dio una calada compulsiva.

El ruso le dijo algo en su idioma materno que odió no comprender.

Era fluida en varios idiomas. Que su lengua no fuera una de ellas la frustró.

—¿Qué has dicho?

—Me he despedido de ti.

—¿Y no puedes hacerlo en inglés?

—Mosquitos es demasiado tentador.

—¿Mosquitos? —repitió, perpleja. Luego se rio—. Querrás decir «mosquearte».

—Eso he dicho.

Se encogió de hombros, pero ella volvió a carcajearse y se relajó entre sus brazos sin darse cuenta. Él apreció su expresión divertida e hizo el amago de ladear la cabeza con interés, como si fuera la primera vez que veía a alguien entregado a la risa y quisiera averiguar la mecánica de la alegría. Todavía no la había soltado cuando le acarició un mechón de pelo negro entre los dedos índice y pulgar.

Ayane no se percató de que lo había estado observando con el aliento contenido hasta que él la miró a través de las pestañas con una luz peligrosa en los ojos.

—¿No me vas a dar un beso de despedida? —la tentó.

Ayane se convenció de que solo la estaba provocando y replicó:

—¿Acaso quieres un beso de despedida?

—Quizá en otra vida te lo hubiera aceptado. En esta tengo otras prioridades —admitió con aire saturnino. Desvió la vista al techo, a los alrededores de la habitación, y por último la dejó caer sobre ella—. Pero sigue siendo una pena que no nos hayamos corrido juntos ni una vez.

Ayane alzó la barbilla, perpleja por la declaración. Era lo más cerca que había estado de ser sincero desde que lo conocía… si es que podía decirse que sabía algo de él. Como le pasaba en las escasas ocasiones que se quedaba sin palabras, se oyó tragar saliva.

El bombeo de su propio corazón la molestó.

«No le digas que aún está a tiempo», se ordenó. «No lo provoques. Ya no hace falta. Se marcha. No lo necesitas para la misión. Ahora solo es un hombre, no una herramienta».

«Pero qué hombre», se replicó.

Tuvo que darle la razón a ese anhelo secreto al contemplarse en la negrura de sus pupilas, desde donde una Ayane hipnotizada le devolvía la mirada.

—Porque tú no quisiste —le respondió con una mezcla de resentimiento e inevitable alivio. Gracias al cielo que no había querido—. Ahora has perdido tu oportunidad.

Se apartó de él y se encaminó a la puertaventana con la determinación de no darse la vuelta para echarle un último vistazo. Una parte de sí misma no lo soportaría. No ya porque la hubiera herido en su orgullo no haber conseguido lo que quería: la verdad y su cuerpo. Tampoco porque pensara que no volvería a encontrar a otro hombre así: incomprensible, arrebatadoramente sensual, reprimido, soberbio y con toda probabilidad más peligroso de lo que parecía, cualidades que la atraían más de lo que era conveniente.

Le dolía despedirse porque había sido su revelación, para bien y para mal. Le había abierto los ojos a una verdad terrible: que lo que tenía en Washington no era suficiente para ella, y que la persona a la que más amaba nunca la entendería a un nivel profundo. Y no porque no lo intentara, sino porque sus principios eran radicalmente distintos.

«Quizá en otra vida te lo hubiera aceptado», había dicho él. Quizá, en otra vida, en la que dejó atrás por amor, Ayane lo habría conquistado. O quizá no. Siempre había querido pensar que, sin importar el destino, en todas sus vidas posibles habría conocido y adorado a Jace Ryder.

Al final no pudo resistirse y se giró para mirarlo una última vez.

Black Russian había arrojado el cigarrillo sobre el cenicero de la mesita de noche y acababa de ponerse una camiseta negra de algodón con el escote dado de sí. Fue tras ella y se quedó de pie bajo el umbral de la puertaventana con una mano apoyada en el marco. Ayane ya había salvado el escalón: en esa posición, Black Russian era aún más alto, más inmenso.

Más inalcanzable.

Aunque no sonrió, su mirada expresó algo más importante al despedir un brillo íntimo.

—Algo me dice que me darás otra —murmuró, pensativo—. Espero equivocarme.

Capítulo 9

No sabía por qué estaba nerviosa. O lo que era peor: sabía por qué lo estaba, pero también que no podía ponerle remedio. Las ansias se le mezclaban con una impotencia desesperada que la hacía revolverse en la cama entre sollozos.

Había algo que necesitaba. Y era algo que le quedaba lo bastante cerca para alcanzarlo con las manos, solo que por tiempo limitado.

Si se apresuraba, todavía podría alcanzarlo.

Desconocía cuándo despegaría el avión, y desconocía también si, en el caso de atreverse a arrancarse las sábanas del cuerpo, él la recibiría con los brazos abiertos. Era muy probable que se cerrara en banda y la mirara de arriba abajo como si se tratara de un patético gusano. Así se sentía, en realidad. Una mosca aplastada en la suela de su zapato.

Pero la posibilidad de ser rechazada no hacía sino aumentar su expectación.

No saber lo que le esperaba era lo que lo hacía excitante.

Ayane se tendió sobre el costado, angustiada. Lanzó una mirada impaciente al otro lado de la ventana, abierta de par en par. Corría una brisa calurosa que había estado haciéndola resoplar.

No había que subestimar las noches tailandesas. Parecían durar mil años y encerraban oportunidades terriblemente prometedoras. Sobre todo cuando las mujeres abrazaban los riesgos de alargar la mano para tomar lo que querían.

Se incorporó de golpe, sofocada por la capa de sudor que se adhería a su piel. El objetivo era darse una ducha que le refrescara las ideas y templara sus ánimos convulsos, pero sospechaba que nada la convencería de sacarse de la cabeza la tentación de ir en su busca.

Porque tenía que ir en su busca.

Él y solo él era culpable del desasosiego que se había apoderado de ella.

Se levantó decididamente. Como dormía con tan solo unas bragas, tuvo que ponerse encima un kimono ligero para recorrer el pasillo del bungaló a toda prisa, ciñéndose el cinturón con movimientos airados, y agarrar el picaporte de la entrada con la vehemente ilusión de quien tenía una misión que cumplir.

Entonces oyó el crujido de la madera del porche, instigada por el peso de unos pasos parsimoniosos. Ayane frenó en seco para aguzar los sentidos. Lamentó la ausencia de una mirilla que le permitiera averiguar quién era el curioso que andaba husmeando.

Pero, en el fondo, sabía quién era.

¿Cómo no iba a saberlo?

Conteniendo el aliento, abrió de un tirón. Creyó que entraría en combustión al reconocer la robusta silueta de Black Russian al otro lado. Había olvidado la maleta de mano en el último escalón que conducía al porche, y sujetaba sobre el codo doblado la chaqueta de cuero con la que, de haber tomado el vuelo, se habría cubierto para soportar el aire acondicionado del avión.

Era la muerte quien había tocado a su puerta. La clase de muerte irresistible por la que Perséfone decidió abandonar a su madre durante seis meses al año.

Aunque soplaba una brisa que parecía el aliento del diablo, los mechones rubios que enmarcaban su rostro de granito permanecían en el sitio, como si el mismo campo de fuerza que resguardaba a los dioses quisiera evitar que lo mundano le rozara.

Pero Ayane era mundana, más mundana que nadie, e iba a tocarlo aunque le costara la vida.

Black Russian arrojó la chaqueta a su espalda y no se quedó a ver dónde caía. Extendió los brazos con una media sonrisa que clamaba un burlón «ya estoy en casa, cariño», y Ayane no dudó en arrojarse sobre él con un jadeo aliviado.

El ruso agarró su melena negra en un puño para mantenerla pegada a su rostro, rostro que fue intensamente admirado por sus ojos cristalinos. Un instante más tarde, Black Russian tomaba sus labios con una fiereza desmedida; la que cabía esperar en un hombre de apetitos insaciables que habían sido reprimidos con brutalidad. ¿Y por qué, si besaba como quienquiera que hubiese sido el héroe romántico que inventó los besos?

Emocionada porque le estuviese regalando su pasión, Ayane se aferró a su pelo también. Pero en su desesperación por seguir tocando, no quiso descuidar su cuello, que recorrió con caricias impacientes. Tampoco renunció a recorrer las líneas de sus hombros anchos, de los que se colgó para devolver sin reparo los envites de su boca.

Gracias a Dios por haberle dado dos manos a Black Russian. La que no mantenía fija contra su nuca recorría su cuerpo presionando la palma contra la silueta que pretendía delinear. Aterrizó en la carne tierna de la nalga, que atrajo en su dirección para que sintiera su miembro erecto contra el vientre.

Ayane ladeó la cabeza para que su gemido no se perdiera en el caluroso fragor del beso y volvió a la carga cubriendo sus mejillas. Sabía a vodka y a café, como ese cóctel preferido al que el ruso le ponía nombre. Sabía, también, a caramelos de menta y a ese toque ácido de quien tenía veneno en la lengua.

Era tan adictivo que se perdió por completo en el laberinto de sus brazos.

Él no dejó de demandar atenciones con su movimiento: el movimiento de las dos lenguas entrelazadas, de las caderas que comenzó a restregar contra ella a un ritmo delirante para que lo acompañara de cabeza a la lujuria.

—Al final vas a conseguir lo que quieres —le gruñó con voz gutural.

—¿No es lo mismo que quieres tú? —retrucó ella.

Black Russian le dio la vuelta para castigarla por su tono insolente. La risa entrecortada de Ayane se transformó en un débil gimoteo cuando la empujó contra la fachada del bungaló, obligándola a apoyar las manos.

Le oyó chasquear la lengua a su espalda, igual que si hubiera cometido una trastada.

—Lo que quiero es que dejes de provocarme.

Lo miró por encima del hombro para advertirle con la mente nublada por el deseo.

—Eso no va a ser posible.

Ayane notó el peso de sus manos ahí donde necesitaba que extinguiera el fuego: cubriéndole las nalgas y rodeando sugerentemente las caderas para tocarla entre las piernas. Descolgó la cabeza hacia delante, a punto de empezar a sollozar por culpa de un desquiciante cóctel de ganas aún insatisfechas. Logró contener el ruego solo gracias a la disposición de él a acariciarle el clítoris.

Su aliento le rozó el cartílago de la oreja cuando se inclinó para decirle:

—Si me hubiera ido sin follarte, no me lo habría perdonado jamás.

—Eso es… Háblame. Dime que me deseas —le suplicó ella, echando las caderas hacia atrás para rozarse con la bragueta del pantalón. Black Russian estaba decidido a complacer todos sus deseos, porque se bajó la cremallera y la embistió superficialmente para que sintiera la tela ardiendo de un bóxer que ya no podía encubrir su dureza—. Dime que llevas queriendo tenerme así desde que me viste. Dímelo —le ordenó, débil.

Black Russian dejó correr un segundo de silencio en el que solo se oyó el tintineo de la hebilla del cinturón.

Un escalofrío de anticipación le recorrió la espalda hasta la nuca, donde el vello se le puso de punta.

—¿Y si mejor te lo demuestro? —inquirió él en tono sugerente, y antes de que ella pudiera contestar, la penetró desde atrás.

Ayane se incorporó de golpe con un grito de liberación atascado en la garganta.

Al abrir los ojos después del tórrido sueño, buscó a su alrededor el escenario en el que este había tenido lugar, pero no estaba en el porche… y tampoco estaba acompañada. Se encontraba sola en su dormitorio del bungaló, con la ventana abierta de par en par, la cortina corrida y el cuerpo entero ardiendo por una necesidad que la hizo romper a llorar sin consuelo.

Se cubrió con las manos la cara empapada, temblando de rabia, pero no volvió a tumbarse. Después de apartarse de la cara el sudor y las lágrimas, se miró los dedos agarrotados, que habían sufrido la tensión de su estúpida fantasía. Se cubrió la entrepierna y juntó los muslos a presión. Notaba en el sexo las crudas contracciones de un orgasmo abortado.

Maldijo a Black Russian una y mil veces con un triste gorjeo.

Se levantó de la cama y recorrió la habitación de punta a punta con la esperanza de que el

movimiento la calmara. Quiso centrarse en imágenes violentas que apaciguaran el ardor de su sangre, en el marido que la esperaba en Washington, pero recordar a Jace solo acentuó su deseo insatisfecho y el llanto impotente se transformó en una hiperventilación atormentada por no tener un cuerpo cálido encima de ella.

Estaba empezando a verlo todo rojo, igual que un animal preparado para embestir, cuando su mirada cayó en la puerta entreabierta que conducía al dormitorio de al lado.

Ayane ni siquiera pensaba. Su cuerpo había doblegado a la razón, y este fue el que la condujo, decidida, a la habitación de Kingfisher.

Se detuvo un segundo nada más cruzar el umbral, pero no instigada por el arrepentimiento o la reflexión, sino para apreciar el paisaje humano. Él también dormía desnudo. Solo una sábana trataba de cubrir tímida e inútilmente las partes que no debían quedar a la vista de un depredador como ella. Estaba tendido boca arriba con el antebrazo sobre la frente y el rostro orientado hacia la ventana, por la que entraba la tenue luz de la luna. Sus rayos plateados incidían en el cuerpo moreno del agente, haciéndole parecer un regalo del cielo, una pintura romántica… Una visión embaucadora.

Respirando con dificultad por el morbo de lo que estaba preparada para hacer, Ayane se quitó las bragas y las arrojó al suelo. Se encaramó al colchón y gateó sin preocuparse de no hacer ruido hasta situarse a horcajadas sobre Kingfisher. En lugar de retirar la sábana, que se le antojaba un sugerente accesorio, acercó las caderas al bulto que se intuía bajo ellas y, sin perder de vista el rostro sereno del durmiente, se balanceó de manera sugestiva sobre él.

Resultó que el agente tenía el sueño ligero, porque apenas unos segundos después empezó a desperezarse, atraído por el vaivén de la traviesa sirena. Ladeó la cabeza hacia el otro lado, ceñudo, luego entreabrió los labios para suspirar con anhelo y, por fin, miró hacia arriba.

Al principio tuvo que pestañear varias veces para ubicar la cara conocida entre las sombras de la habitación, pero muy pronto descubrió que se trataba de ella.

Su expresión de asombro fue impagable. Si hubiera estado en condiciones de hacer algún gesto, de pronunciar alguna palabra, Ayane le habría sonreído o guiñado un ojo. Solo se mordió el labio y apoyó las manos sobre su pecho para deslizarse tan despacio sobre su miembro que parecía que pretendiera pintarlo con delicadas pinceladas.

No supo qué esperaba exactamente. Que Kingfisher se quejara, la apartara de un empujón o por lo menos se resistiera en un momento dado, pero el agente solo se la quedó mirando sumido en una ensoñación, con los ojos vidriosos por la modorra y por el deseo que comenzaba a espabilar su cuerpo.

El agente alargó una mano indecisa hacia el vientre de Ayane. Dejó que los dedos estirados treparan en una insinuante caricia hasta el valle de sus pechos. Él mismo observó el recorrido, henchido por el asombro y la fascinación.

Cubrió el pezón izquierdo con la palma y lo amasó tan despacio como ella se movía.

En el preciso instante en el que Ayane jadeó, indicando que estaba despierta, estaba lista y, sobre todo, estaba allí por voluntad propia y no era resultado de un producto de su imaginación, Kingfisher emitió un sonido con la garganta muy similar a un gruñido y la agarró de las nalgas con las dos manos. Entonces ella sí se arriesgó a sonreír, solo que demasiado apabullada por el devenir de los acontecimientos como para que su expresión tuviera sentido, y se inclinó sobre él para besarlo con la boca entreabierta.

Kingfisher correspondió su iniciativa con una furia desmedida que la prendió. La sostuvo por la nuca para que no se le ocurriera apartar sus labios de él y la apabulló con otro torrente de besos que parecían más bien un intento por devorarla entera. Ayane no permitió que la distrajera con los movimientos maestros de su lengua y elevó las caderas lo justo para apartar la sábana de un tirón. Agarró su gruesa polla por la base y le prodigó una sola caricia al prepucio con el pulgar antes de montarlo hasta la empuñadura.

Un poderoso foco de calor estalló dentro de ella. Echó la cabeza hacia atrás y gimió en voz alta.

—Tengo que estar soñando —jadeó el agente—. ¿Lo hago? ¿Estoy soñando?

Ayane le lanzó una mirada juguetona con los párpados entrecerrados y se apoyó en los recios muslos de Kingfisher para moverse, primero trazando sugerentes círculos con las caderas, y después de arriba abajo. Intentó empezar despacio, con una suavidad que siguiera inclinándolo a pensar que estaba fantaseando, pero que el agente jadeara cada vez que lo engullía entre sus piernas no la ayudó a mantener el control. Cerró los ojos y se echó hacia delante para encontrar un soporte más sólido en el centro de pecho, donde crecía un vello denso y rizado, y ahí arrancó a cabalgarlo como un caballo desbocado.

Se humedeció los labios y los dejó entreabiertos para que todo el resort la oyera gemir, gritar y balbucear palabras inconexas que Kingfisher secundaba cuando el placer le permitía expresarse. Aunque tenía la mente en blanco, Ayane aún atinó a formular un pensamiento morboso: «Ojalá me escuche desde el avión. Ojalá me escuche desde China. Ojalá me escuche, desde dondequiera que esté, y le maten los celos».

—Sabía que eras una jodida fiera —gruñó él, y le soltó un azote en la nalga que a ella le arrancó una carcajada. Al agachar la cabeza, la lisa y negra melena los cubrió, como si fueran a contarse un secreto.

Ayane lo miró a la cara y se permitió provocarlo deslizando una mano hacia su cuello.

Se lo rodeó sonriendo con aire travieso.

—Y yo sabía que tú eras mi puta —susurró ella, y le presionó la garganta con los dedos. Por los ojos de Kingfisher cruzó un destello de placer morboso, la clase de afirmación que Ayane necesitaba para recompensarlo con un beso sucio que la excitó más si cabía. Se separó lo

suficiente y le acarició la nariz con la punta de la suya, moviéndose en tentadores círculos sobre su erección—. Vamos, dilo. Esto es lo único que has querido desde el primer día. Que te sometiera.

Kingfisher la desafió entrecerrando los ojos. Se las arregló para, empujándola por el pecho, invertir las posiciones.

El giro la pilló con la guardia baja, pero también se estremeció de puro gusto. Él se empujó más aún dentro de ella con un quiebro de cadera que le cortó la respiración.

—Quería meterte la polla por todos los orificios —confesó con la boca pegada a su sien. Se apoyaba sobre las manos para seguir penetrándola lenta y profundamente—. En cuanto me corra, la voy a encajar en tu boca de serpiente… —Echó todo el peso sobre un codo para introducir el pulgar entre sus labios. Ayane no dudó en chupárselo sosteniéndole la mirada con la risa grabada en la expresión—. Eso es, nena… Eso es… Y luego la voy a enterrar en tu precioso culo. —La sujetó por la cadera para que no saliera disparada hacia atrás cada vez que la embestía. Ayane rodeó las nalgas masculinas para apretarlo más contra sí y contrajo los músculos internos para exprimirlo a la fuerza. Él jadeó—. Dios santo… Te pone cachonda hacer esto, ¿verdad? Eres un peligro.

—Y tú eres un puto cerdo —le espetó entre cortas y nerviosas respiraciones—. Luego no podrás mirar a Jace a la cara, y mírate, aun así… follándome como un animal. No tienes ni principios, ni vergüenza.

—No, no los tengo. Te follaría delante de él, delante de Wray y a las puertas del jodido edificio si esas son las condiciones. Estás tan buena que… —apretó los dientes y aprovechó que su rostro le quedaba cerca para morderle la barbilla— me dan ganas de matarte.

Ayane se rio de buena gana.

—Inténtalo —lo provocó amusgando los ojos—. Dame un bofetón.

Kingfisher hizo una mueca que mezclaba la contrariedad y la retorcida fascinación. Como no terminaba de decidirse, ella enarcó una ceja y tomó la iniciativa girándole la cara de un golpe. Él jadeó, entre indignado y gratamente sorprendido, y se la devolvió con una intensidad que le sacó el aire de los pulmones. No tardó en recuperarse del exabrupto y lanzarle una mirada socarrona.

—Apuesto a que te morías de ganas de hacerlo.

—No era lo que más me moría por hacer —reconoció, y la embistió bruscamente para robarle la posibilidad de contestar.

Ayane cerró los ojos para centrarse en las sensaciones que, como un oleaje violento, iban balanceando su cuerpo. Separó más las rodillas, como si así pudiera sentirlo más dentro.

Los gemidos de rendición del agente eran música para sus oídos, y al tratarse de sonidos que trastocaban la voz de quien los producía, podía pensar que su amante era cualquier otro. Así que pensó que estaba de vuelta en Washington y era Jace quien torturaba su cuerpo para desahogar la

tensión de un polvo salvaje. Pensó que estaba en el bungaló de Black Russian y era este quien la sometía con su polla y la asfixiaba con sus manos. Pensó que Califa se estaba volviendo loco con sus movimientos, movimientos que no había contemplado ni en su propia mujer. Pensó que era Rob Roy el que le gruñía guarrerías al oído. Pensó que Kingfisher por fin había encontrado una manera placentera de castigarla.

Pensó que se los estaba follando a todos. A todos a la vez. Y a todos les parecía bien.

Esa idea dibujó una sonrisa beatífica en su rostro, y con esto en la cabeza, se entregó al devastador orgasmo que llegó con una acometida especialmente profunda. Ayane presionó los ojos cerrados y lanzó un grito liberador, que confiaba en encadenar con otro si Kingfisher seguía moviéndose como si quisiera hacerle daño.

Pero el agente se detuvo de golpe.

Ella, todavía con la cabeza dando vueltas por el clímax, a duras penas atinó a lanzarle un vistazo confuso. Fue a preguntarle por qué había parado. Él resolvió la duda antes devolviéndole la mirada a caballo entre el pasmo y la traición.

—¿Qué has dicho?

—¿Qué he dicho? —murmuró sin comprender.

—Black Russian —le dijo con sequedad—. Has gritado «Black Russian».

Ayane estaba todavía haciéndose a la idea de que Kingfisher había perdido la erección cuando se bajó de la cama como si hubiera echado a arder. Ella permaneció tumbada con las piernas separadas, sudando tanto que notaba las sábanas mojadas debajo de su cuerpo.

—¿Cómo? —insistió, perdida.

De pie recorriendo la habitación con zancadas airadas, Kingfisher le lanzó una mirada colérica.

—¡Has dicho otro nombre! —le recriminó, asqueado. Ayane se incorporó con la cabeza embotada y se frotó la cara húmeda—. ¿Has follado conmigo porque el otro te ha dejado con las ganas? ¿Es eso? ¿Tan hija de puta eres?

—Eh —se defendió con debilidad, ceñuda—. Tampoco hace falta ponerse así, ¿no? Hasta hacía un rato estábamos hablando, y te puedo asegurar que sabía perfectamente que eras tú.

Incluso pese a la oscuridad, Ayane vio que Kingfisher apretaba la mandíbula para reprimir un improperio.

—Eres una zorra —soltó, furibundo.

—¿Otra vez con esas? —Puso los ojos en blanco—. No eres muy original insultando a las mujeres, Fisher. Y, para que te enteres, yo no me tomo eso como una afrenta. Ni tú tampoco —añadió con un guiño juguetón—. Hace un ratito parecía encantarte.

Kingfisher no encontró las palabras para replicarle, pero no por falta de ganas.

Se quedó donde estaba, sacudiendo la cabeza en completa negación.

Ayane esperó con paciencia a que retomara la palabra. Y nada. No reaccionaba.

Lamentando la manera en que la noche había acabado, se levantó de la cama y fue hacia él con la intención de disculparse. Nada más ponerle una mano en el hombro, el agente volvió a la vida.

Y a qué precio.

Se giró hacia ella con los ojos echando chispas, y no de las que la habían hecho arder segundos atrás, y la amedrentó con el avance de su cuerpo hasta que no hubo distancia que recorrer. Kingfisher la mantuvo pegada a la pared con la que chocó agarrándola del cuello con fuerza.

—Se acabó —rechinó entre dientes—. No vas a seguir riéndote de mí. Voy a llamar a Wray ahora mismo y le voy a decir que vuelves a Washington.

Ayane puso los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Estás… —tosió por culpa de la presión de su palma— loco?

—La que ha perdido la cabeza eres tú. Da gracias que te monto en un avión y no te… —Dejó la amenaza al aire apretando los labios, pero a Ayane no le costó entenderla. Estaba apretando tanto su garganta que se atragantó con su propia saliva y empezó a revolverse para quitárselo de encima—. Y ¿sabes qué más? En cuanto llegue a la capital, le voy a contar a todo el mundo que te montaste sobre mi polla sin que yo me insinuara, y que te aparté porque las putas como tú ni me ponen, ni me merecen respeto. Le voy a contar a todo el mundo que te dedicaste a follar y a provocar al personal durante la misión; que viniste a que te abrieran el coño y no a salvar vidas inocentes. Voy a hacer que tu marido se avergüence tanto de ti que te va a pedir el divorcio y se va a mudar a otro estado.

La detallada amenaza colmó su paciencia. Echó mano de una técnica de artes marciales para zafarse de su mano. Quiso replicarle acto seguido, pero le había hecho daño en la garganta y tuvo que frotarse el cuello con resentimiento antes de lanzarle siquiera una mirada perdonavidas.

—¿Quién te has creído que eres para ofenderte por no ser el único hombre que puede complacerme? ¿El único que me gusta, siquiera? —atinó a balbucear—. ¿Te pensabas que me había enamorado de ti o algo así? Simplemente me apetecía follar, y está claro que a ti también. Por eso lo hemos hecho. ¿He dicho otro nombre? No es lo óptimo, y lo siento si te ha ofendido, pero que saques las amenazas a pasear porque he herido tu orgullo demuestra que la única zorra eres tú. Una zorra chivata, cobarde, y que además no sabe disfrutar de las oportunidades que se le presentan cuando se le presentan. ¿Qué te cuesta fluir? —añadió en un tono más conciliador.

Kingfisher escuchó impertérrito su alegato, como lo hacían aquellos que no darían su brazo a torcer así estuviesen equivocados. En un movimiento que Ayane no previó, la agarró de la muñeca y tiró de ella para empujarla hacia su habitación.

Le señaló el armario con el dedo.

—Haz la maleta. Te largas con el amanecer.

Dicho aquello, le cerró la puerta en las narices y echó la llave.

Capítulo 10

—¿Qué significa eso?

Califa señaló con un gesto de barbilla la maleta que Ayane había cargado a rastras y con la cabeza gacha desde el bungaló.

El sol alumbraría el resort de Fuego y Sangre en el transcurso de las próximas dos, tres horas. A esas alturas de la madrugada, la velada nocturna había tocado a su fin salvo por los participantes que hubieran deseado continuar la juerga en sus habitaciones.

Como era evidente, ella no había asistido. Tampoco se dejaría ver en la siguiente y penúltima noche de juegos. De ahí el tono conminatorio del organizador, que había interpretado de la forma correcta su sorpresiva visita.

No le estaba gustando un pelo lo que veía: una mujer superada por los acontecimientos.

Ayane se obligó a mantener el tipo. Lamentablemente, esa tuvo que ser la primera vez en la historia de su inestable relación que se mostró vulnerable. Así era como se sentía después de haber cedido a las órdenes de Kingfisher por mero bochorno, y a posteriori haber hablado con el mismo Wray sobre el motivo de su regreso: una vergonzosa falta de profesionalidad. El director había determinado que hablarían en cuanto aterrizara en Washington, insinuando con su tono que no le haría ninguna gracia lo que tenía que decirle.

Tal vez le aplacara saber que Black Russian se había perdido de vista y era poco lo que ataba a Ayane a la misión, lo que en cierto modo justificaba su pronta estampida.

Pero lo dudaba.

Wray no perdonaba la cobardía.

Ella tampoco se perdonaría jamás no haber tratado de convencer a Kingfisher de quedarse en Tailandia. Pero después de pensar en frío en lo que había ocurrido en el bungaló y haber considerado las acusaciones de su compañero, no todas infundadas, concluyó que había peores cargos de conciencia que haber perdido la oportunidad de destacar.

Como, por ejemplo, el de dedicar los últimos días a seguir cometiendo locuras guiada por una lascivia enfermiza.

Kingfisher era su compañero de trabajo, por el amor de Dios. Había infringido un límite que en ningún otro caso se le habría ocurrido vulnerar. Pensaba en cómo se sentiría Jace cuando le contara que se había acostado con ese tipo del que se había estado burlando vía mensajes, aquel del que le había jurado que no tendría que preocuparse, y no se le ocurría una manera de ayudarle a comprender que no le había mentido; que seguía pensando que el agente era un

asqueroso misógino y no se sentía atraída hacia él en modo alguno…, pero que se habría arrojado a los brazos de cualquiera en semejante estado de lujuriosa disociación.

Claro que eso no ayudaría a su argumento. Solo lo empeoraría. Lo último que su marido querría oír sería que se había obsesionado con otro hombre y que esa obsesión le nublaba la mente hasta un punto neurológicamente inexplicable.

—Me tengo que ir, Califa —resolvió con ambigüedad, cansada de poner su vida personal en boca de los demás.

—¿Te ha surgido algún tipo de urgencia en el trabajo? —tanteó con forzada indiferencia.

—No.

—¿Algún ser querido se ha puesto enfermo?

—Tampoco.

El organizador apoyó los nudillos sobre la mesa caoba y se inclinó hacia delante para que todo el peso de su mirada censuradora cayera sobre ella. Los anillos dorados que decoraban sus dedos eran tan voluminosos que destellaron aun parcialmente escondidos por la postura.

—¿Entonces? ¿Es que eres una mujer muy decepcionante? ¿Es eso?

El reproche, que en otro contexto la habría instado a complacerlo con mucho gusto, la puso en guardia.

—No creo que tengas ningún derecho a sermonearme porque no haga lo que tú quieres. Ya no soy tu sumisa —le recordó con la barbilla alta—. No es mi obligación responder ante tus expectativas.

—Que renuncies a tu plaza antes de tiempo es una falta de respeto hacia la organización —señaló él con una ceja alzada—. ¿Tienes idea de cuántos interesados se han quedado fuera para que tú pudieras participar?

—Ninguno de tus amigos, según entiendo —contraatacó sin despeinarse—, porque yo he venido gracias al patrocinio de Black Russian, no porque me metieras en tu limitado cupo de invitados.

Califa le sostuvo la mirada con la esperanza de que ella agachara la cabeza, pero al ver que no cedía y que ninguna herramienta de manipulación le quitaría la razón, se resignó a apretar la mandíbula y apartó la vista. Sacó del primer cajón un taco de folios grapados y lo arrojó a desgana sobre la mesa para acto seguido darse la vuelta.

—Rellena esto con tus datos, firma los papeles de conformidad de tu pronta salida y serás libre —recitó sin entonación.

Ayane vaciló bajo el umbral antes de dar un paso al frente.

El enfado de Califa no significaba nada para ella, pero la impresionó estar a un solo garabato de consolidar su fracaso. No dejaba de pensar en los comentarios malintencionados de los que sería protagonista una vez aterrizara en Washington con el rabo entre las piernas, preocupada,

además, por si Kingfisher cumplía sus amenazas a rajatabla y la difamaba.

«Pero Jace estará contigo», se recordó, y el alivio relajó sus hombros.

Solo durante un instante, porque tal vez ni siquiera le quedara su hombre una vez la cruda verdad dinamitara su confianza.

Su marido le había dado carta blanca para divertirse cuanto y como quisiera, eso era cierto, pero Ayane no perdía de vista las connotaciones de algunos de sus actos, que rayaban en la infidelidad emocional e incluso la humillación.

Lo de Kingfisher le caería como un jarro de agua fría, estaba segura.

Pero aun sospechando los reproches a los que se expondría una vez se reuniera con él, Ayane ardía en deseos de verlo para confesarle lo que había descubierto en su breve viaje: que necesitaba más de lo que el matrimonio monógamo le ofrecía, y que si bien lo amaba más que a nada ni a nadie en el mundo y le rompería el corazón renunciar a su vida juntos, no quería seguir echando en falta una libertad sexual total. Pensaba, esperanzada, que como Wray la apartaría de todos los casos futuros por su ineficacia y perdería definitivamente la oportunidad de escalar puestos en el trabajo, no sería inconcebible complacer a Jace: podrían barajar la posibilidad de tener un hijo e ir preparándose para su llegada una vez hubieran acordado sus nuevos límites.

Cogió un bolígrafo del lapicero del escritorio, de pronto impaciente por llegar a casa, y se inclinó para plasmar su identidad secundaria en el formulario. Apenas había escrito el nombre, Hayami Moore, y el número de su pasaporte falso cuando alzó la mirada para pillar a Califa observándola con fijeza.

El amo era demasiado orgulloso como para permitir que nadie que le hubiera decepcionado se marchara con la cabeza alta. No le extrañó que aprovechara la ocasión para admitir:

—No te reconozco.

Aunque el reproche le escoció, Ayane cuadró los hombros con entereza.

—Yo tampoco —confesó con un suspiro hastiado—, pero supongo que te tienes que poner en situaciones complicadas para descubrir quién eres en realidad.

—¿Y quién se supone que eres en realidad?

La sonrisa perdida de ella se fue diluyendo.

«Le voy a contar a todo el mundo que te dedicaste a follar y a provocar al personal durante la misión; que viniste a que te abrieran el coño y no a salvar vidas inocentes».

Esas palabras que había desestimado, segura de que Kingfisher exageraba, habían regresado a su mente una y otra vez para obligarla a agachar las orejas.

—Una persona que está muy verde —parafraseó a Jace con gesto contrito—. Pero eso no es algo que a ti te afecte, Califa —apostilló con renovada energía—. ¿Es que esperabas jugar conmigo? ¿Por eso estás tan ofendido?

—No. —Supo que no mentía, porque él jamás endulzaba la verdad. Luego suspiró y apoyó las

palmas de las manos sobre el escritorio, como si de pronto las responsabilidades se le hubieran hecho muy pesadas—. Pero tenía la esperanza de conocerte.

Su respuesta la sorprendió.

—¿Cómo?

—Estos años me han dado perspectiva sobre los buenos tiempos, ¿sabes? Cuando tú y yo nos paseábamos por French 75 como si fuéramos los dueños del mundo. —La mención a su primera juventud les hizo sonreír con nostalgia a ambos. La calidez del gesto de Califa se desvaneció enseguida, aun así—. Entonces creía estar siendo un hombre honrado porque te hablaba con sinceridad. Te decía lo que podías esperar de mí y lo que no, y procuraba remarcar la distancia entre nosotros.

—Me acuerdo.

—Y aunque sigo pensando que el anonimato y la frialdad funciona en algunos casos, en algunas relaciones —prosiguió con esa dificultad que solo demostraba cuando le tocaba asumir sus errores—, a ti no te traté como merecías. No eras una cualquiera. Estuvimos juntos mucho tiempo y ni siquiera me molesté en aprenderme tu nombre real. —Sacudió la cabeza—. Ahora lo pienso y me avergüenzo de haber llevado nuestros jueguecitos de rol hasta la puerta de mi casa para luego no dejarte pasar.

Ayane le sonrió con cansancio.

—No tiene sentido revolver el pasado, Califa. Lo que sucediera hace años, allí se queda. —Se incorporó con los papeles en la mano y pulsó el botón que escondería la punta del bolígrafo. Lanzó una mirada aprensiva al garabato que sellaba su marcha, y aunque la invadieron de nuevo las dudas, no se permitió flaquear—. No es nada personal entre tú y yo. No es personal con nadie. Me voy porque… —tragó saliva y se decidió devolverle la sinceridad con la que él le había hablado— porque hay una persona ahí fuera que me importa. No se merece que le haga esto.

Él, lejos de darse por satisfecho con su honestidad, meneó la cabeza, decepcionado.

—Una persona monógama, supongo. Otro animal salvaje reducido a un bonito gatito tras un implacable proceso de domesticación. —Lanzó una mirada exasperada al techo antes de fijarla en Ayane con palpable irritación—. Una domesticación innecesaria, para más inri, porque no había ningún problema contigo. Podrías haberte enamorado de alguien que te quisiera tal y como eres, ¿no crees?

Su respuesta le hundió más la espinita en el corazón.

—Tú mejor que nadie sabes lo que es el amor, Califa —replicó, aun así—. Significa ceder de vez en cuando.

—Lo has expresado de maravilla. Ceder —recalcó con una ceja enarcada—, no renunciar a

uno mismo. A lo que uno es, a lo que uno siente, a lo que uno cree. No sé cuánto tiempo has pasado fuera del circuito sadomasoquista, pero yo, que te he visto en tu máximo esplendor… —Se calló en cuanto Ayane levantó la mano para exigir silencio. No quería seguir escuchando argumentos que pudieran desequilibrarla. Califa terminó suspirando—. Solo digo que no deberías permitir que nadie te convenza de que tu forma de vida no es válida. La que tenías antes, me refiero. La que te hacía feliz. Lo he visto con mis propios ojos.

—Hay muchas formas de ser feliz —insistió a fin de convencerse a sí misma. Y lo logró. «Pero ¿hasta cuándo?», apostilló la dichosa voz interior—. No todas pasan por lo que éramos o lo que queríamos con veinte años. Se supone que evolucionamos. Que la vida nos moldea.

Califa desvió la mirada.

—Sí, puede ser —aceptó con aire distraído, como si solo quisiera aplacarla. Ayane ya había puesto rumbo hacia la salida cuando él alzó la voz para retenerla—. Oye, no creas que no lo entiendo, ¿eh? Que te marches, quiero decir. Y que tus prioridades hayan cambiado. —Fue a añadir algo más, pero no le resultó fácil porque ponía en jaque su orgullo. Juntó los puños y se crujió los nudillos antes de sonreír para su coleto, como si le hubiera embargado un recuerdo estúpido pero muy querido, y alzó la mirada para decirle con solemnidad—: Es solo que me entristecería que desapareciera la única persona que siempre me ha entendido.

Ayane fue sincera al devolverle la sonrisa, una sonrisa codificada que solo comprendían ellos dos.

Aunque no se enamoraran el uno del otro, aunque no disfrutaran de una convivencia al uso o de una relación con los cuidados mínimos, desarrollaron un lenguaje secreto que aún no habían olvidado. En el fondo, ella también se alegraba de que esa complicidad siguiera ahí, intacta. No habría soportado pensar que tiró a la basura los años que pasó dándole prioridad al hombre que tenía delante.

—Yo siempre te entenderé, Karim —le respondió con suavidad.

Él no pareció sorprendido porque conociera su nombre de pila. Su sonrisa se torció hacia un lado, agradecido porque le hubiera dado el gusto de corresponder su acercamiento y también cargado de melancolía por lo que ya no se podía deshacer.

Esa fue la imagen de Califa con la que Ayane se quedó después de cerrar la puerta.

No se encaminó enseguida a la salida del recinto. Permaneció en el sitio a las puertas del bungaló, agarrando el mango de la maleta con los nudillos blancos de tanto apretar, y cerró los ojos para convencerse de que hacía lo correcto.

Soltó todo el aire en un suspiro con el que liberaba la tensión de los últimos días.

—Necesito una copa —dijo a nadie en particular.

Arrastró su equipaje hacia el bar junto a la piscina. El recinto de ocio estaba vacío salvo por un par de participantes. Por lo visto, ellos no necesitaban descansar tras la velada de la noche anterior. Había una pareja hablando en susurros en la parte que menos cubría del jacuzzi y un hombre sentado en la barra cuya figura le resultó familiar.

Ayane soltó la maleta junto al taburete más alejado del tipo y se dejó caer con todo su peso sobre el asiento.

—Tienes muy mala cara —comentó el susodicho.

Una risa bronca brotó de los labios de Ayane. Al mirarlo de soslayo, cayó en la cuenta de que se trataba de Clericot, el sumiso con el que se había divertido la noche anterior.

El descubrimiento le fue indiferente.

Pensó en los problemas que se ahorraría si su marido pudiera leerle la mente. Jace comprendería hasta qué punto expresarse a través de su cuerpo y hallar placer en los demás era importante para ella, y, a la vez, lo irrelevantes que eran esos demás cuando se comparaban con él, con la complicidad y la rutina que habían establecido. Se daría cuenta de que no le dedicaba un pensamiento extra a ninguno de los hombres con los que se había acostado; que hacerlo había sido un capricho puntual tan divertido como inocente del que en el momento rehusaba privarse por respeto al culto del cuerpo, pero que seguía careciendo de poder para alterar en la más mínima medida lo que sentía por su marido.

—Espero que esa no sea tu frase para ligar —contestó Ayane sin girarse, centrada en los movimientos del silencioso camarero. Estaba entretenido sacándole brillo a una copa en forma de tubo cuando reparó en ella.

—No se me ocurriría siquiera aspirar a ligar contigo.

—Esa está algo mejor. Enhorabuena —le concedió Ayane con un cabeceo desganado. Le sonrió al barman como se sonreía ante las bromas privadas—: Un *black russian*, por favor.

—Marchando.

Apoyó la barbilla en la mano y cerró los ojos para huir un rato de sus cavilaciones.

Lástima que estas la encontraran antes de lo previsto.

«Ya está», pensó con amargura. «Adiós a la oportunidad de ser grande».

Se le partía el alma de pensar que pudieran cerrarle las puertas de las grandes operaciones federales por haberse acobardado, pero no veía otra salida que huir despavorida. Una cosa era intentar tenerlo todo, el marido y la fantástica reputación en el trabajo, y otra muy distinta era sacrificar lo primero por lo segundo. O lo que era peor: sacrificar lo primero para nada.

Eso era lo que más rabia le daba. Con toda probabilidad perdería su humilde categoría de agente y la confianza de Jace con el mismo movimiento, y todo por haberse encaprichado de un hombre con el que ni siquiera se había acostado.

Porque Black Russian era el verdadero peligro, no Kingfisher, no Rob Roy, no Clericot.

Se alegraba de haber sabido parar a tiempo en lo que al ruso respectaba, pero al mismo tiempo estaba llena de impotencia.

Era como ir a la cárcel por la planificación del delito, no por su consumación.

Para acallar los cargos de conciencia, se concentró en los sonidos que la rodeaban: el rumor de las corrientes de agua de la piscina, el hielo del cóctel que Clericot removía con parsimonia, el cántico nocturno de los grillos, el viento acariciando las copas de los árboles tropicales que los protegían del calor bochornoso de las noches…

La radio del minibar reproducía una canción de Miley Cyrus.

I know I do this every time
I walk the line, I play with fire
And I stop myself before the crime
(…)
But if you're looking for stable, that'll never be me
If you're looking for faithful, that'll never be me[8]

Ayane estaba escuchándola con el estómago encogido y una sonrisa amarga cuando el barman le tendió el cóctel en un vaso corto. Agradeció su rapidez con una mirada sonriente y le dio un primer sorbo. Le supo amargo pensando en el comprensible recelo con el que Jace había contemplado su implicación en la trama tailandesa. Fue a ratos impertinente al transmitirle sus dudas, pero lo hizo, que era lo importante, y ella no escuchó.

—¿No te ha pasado alguna vez —preguntó al aire justo después de echarse la melena hacia atrás, acalorada— que tomas una decisión convencido de que es la correcta y al poco tiempo la vida te demuestra lo equivocado que estabas? Todo el mundo te estaba diciendo que no estabas preparada, que la ibas a pifiar, y ahí seguías tú, erre que erre: nadando a contracorriente con el estúpido argumento de que tú sabías algo que a los demás se les escapaba. De que los demás estaban equivocados contigo y tú tenías que demostrárselo.

—Me he visto en esas más veces de las que me gustaría admitir —contestó Clericot con amabilidad. Se había girado hacia ella, pero Ayane seguía con la vista clavada en la superficie oscura del *black russian.*

—Mi padre siempre me ha dicho que confíe en mi instinto, ¿sabes? —reconoció con un hilo de voz—. A lo mejor por eso voy por la vida como si yo estuviera en lo cierto y nadie más supiera de lo que está hablando. Y la cuestión es… ¿quién nos va a perdonar por esos errores que cometemos por un exceso de soberbia? —Jugó a mover el cubito de hielo que sobresalía—.

Parece que, cuando uno cumple cierta edad, ya no merece compasión si la caga. ¿No es ridículo? —bufó—. Los adultos tampoco sabemos qué demonios estamos haciendo. Desconocemos el resultado que tendrán nuestras acciones igual que las desconoce un crío de quince años, porque eso solo lo sabe el universo. O Dios, si crees en Dios. Se supone que, como tenemos nuestras necesidades cubiertas gracias a un trabajo estable y una relación decente, hemos resuelto el lío que son nuestras emociones. Y, sin embargo, cuando una encrucijada se nos presenta, somos tan inútiles e impotentes ante ella como un niño.

—Una reflexión admirable considerando que estás en un evento de sadomasoquismo —señaló Clericot con un rastro de sonrisa divertida.

—Con las emociones a flor de piel uno se inspira más. Ve la verdad de las cosas. —Se dio un toquecito en la sien. Luego suspiró, cansada de sí misma—. Qué más da ya. Si total, me voy a largar en cuanto acabe el cóctel. Que va a ser ahora mismo —apostilló, y acto seguido vació el *black russian* de un trago largo.

Le acercó el vaso al barman, que también la había estado escuchando con aire compasivo.

Iba a sacar la cartera cuando recordó que las consumiciones estaban incluidas en el precio de la experiencia. La devolvió a su sitio, el bolsillo trasero del vaquero más corto y fresco que había encontrado, y dio una palmadita a la barra. Tuvo que pellizcarse el puente de la nariz nada más bajar del taburete, de pronto mareada.

Nunca era buena idea beber rápido cuando uno llevaba veinticuatro horas sin comer.

—¿Que te vas, dices? —repitió Clericot—. Si quedan menos de dos días, mujer. Quédate.

Ayane se acodó en la barra para mirarlo con la cabeza ladeada.

—A veces quedan dos metros para caer por el abismo. Sí, solo son dos metros de margen, pero mejor si no tentamos a la suerte dando un pasito más, ¿no? Caray, las crisis existenciales me convierten en el sabio señor Miyagi —se mofó.

—Bueno… Podría acompañarte hasta el taxi —se ofreció Clericot modestamente, también recostado contra la barra—. Incluso si el hotel es un circuito cerrado, es peligroso que una mujer ande por ahí sola a estas horas de la noche. Sobre todo en este país.

—¿Qué no es peligroso para una mujer sola? —Ayane puso los ojos en blanco. Agarró la maleta con decisión—. Te agradezco el detalle, pero prefiero despedirme a solas de Koh Phangan. En fin… Hasta nunca, supongo. —Le apretó el hombro al pasar por su lado.

Lanzó una mirada celosa a la pareja que seguía dándose carantoñas en la piscina, y por un instante imaginó que eran Black Russian y ella. Una estupidez de proporciones épicas, porque lo que había destacado al ruso era que jamás se habría prestado a esa clase de dinámica afectuosa.

No con Ayane, al menos.

Se internó en el sendero delimitado por focos que la guiaría a la salida del resort. La música proveniente de algunos bungalós la acompañó como una escolta. Sacó del bolsillo el billete de

ferry que el mismo Kingfisher le había proporcionado para asegurarse de que la perdía de vista. Se preguntó si Black Russian cogería el mismo que ella. Lo más probable era que en esos momentos estuviera sobrevolando el continente asiático en su ruta hacia Shanghái.

O que ya hubiese aterrizado.

China era famosa por numerosas razones, la mayoría positivas, pero una de ellas era el elevado índice de prostitución. ¿Con quién iría a reunirse? ¿Con una nueva incorporación? ¿Qué clase de enfermo se ponía de buen humor de pensar en tratar con una joven secuestrada y condenada al trabajo sexual forzoso?

Pero ¿y si estaba equivocada y él no era ni remotamente peligroso?

Dios sabía que Califa jamás se callaría si descubriera que una red de trata se cocía bajo la superficie de sus bienamados eventos sadomasoquistas. ¿Por qué iban a estar en el ajo el resto de los organizadores, pues?

Ayane se paró cuando ya había cruzado las puertas de salida del resort. Solo había un sedán negro aparcado en la explanada de tierra donde habría de recogerla el taxi, cuya llegada estimada rondaba las seis de la madrugada.

¿Y si se daba la vuelta? Black Russian se había marchado, y aunque a priori lo hubiera interpretado como una mala noticia, ¿no significaba eso que podría volver a concentrarse?, ¿que ya no existía el riesgo de comprometer su matrimonio? ¿Qué más daba que Kingfisher amenazara con contar algo que ella nunca se había planteado esconder de su marido? Se jactaba de haber conocido lo básico sobre el agente, y saltaba a la vista que era un cobarde. No se situaría en una posición inferior contando que se había acostado con una mujer casada, ni mucho menos después de descubrir que el marido en cuestión estaba al tanto.

Iba a girarse, colmada de la energía exuberante que acompañaba un esperanzador renacer, cuando una mano surgió entre las sombras para cubrirle la boca.

Ayane soltó el mango de la maleta y se apresuró a apartarla, pero el agresor apretaba tanto el pañuelo de tela contra la parte inferior de su rostro que supo que tirando no lograría zafarse de él. Echó mano de una técnica que había estudiado en defensa personal: bajó la barbilla hacia el pecho, ladeándola en la dirección del brazo que la había envuelto por el cuello, y desplazó la cadera en el sentido contrario para liberarse.

En cuanto se desembarazó del pañuelo empapado en cloroformo, tomó una gran bocanada de aire. Fue a escabullirse de vuelta al resort, donde dudaba que nadie se atreviera a atacarla y además podría pedir ayuda, pero el shock de toparse con Clericot truncó su huida.

—¿Qué…?

El sumiso actuó rápido tratando de bloquearle la salida con los brazos extendidos, a lo que Ayane retrocedió varios pasos, todavía instigada por el asombro. No tuvo en cuenta el desnivel del terreno y metió el pie en uno de los boquetes de la tierra. Resbaló hacia atrás y cayó sobre la

espalda.

Un latigazo de dolor le recorrió la columna, ralentizando su capacidad de reacción. Clericot aprovechó su desventaja y se abalanzó sobre ella para volver a inmovilizarla, pero Ayane se lo quitó de encima asestándole una patada en la barbilla que lo arrojó hacia atrás con un grito.

—¡Hija de puta! —balbuceó, manipulándose el mentón.

Ella fue a gritar para pedir ayuda cuando comprendió lo que estaba pasando.

Una frase de Kingfisher surcó su pensamiento como una estrella fugaz: «Si Califa no está implicado (...) ¿no crees que le habría extrañado que la chica no volviera al resort para recoger sus pertenencias? Está claro que alguien limpió su bungaló por ella. ¿Y quién lo habría hecho, sino un trabajador pagado por alguien de dentro?».

Habían contemplado la implicación de los organizadores y de los auxiliares; de los camareros, incluso, pero nunca de los propios participantes. ¿Y por qué? La inmensa mayoría de la carta de clientes actual acudía allí año tras año. Tenían acceso a los bungalós privados si su huésped puntual les proporcionaba una invitación para disfrutar de una sesión privada, además de facilidad para moverse por las instalaciones sin llamar la atención. Y lo que era más: posiblemente fueran quienes seleccionaban a las víctimas, esto en función de su aspecto y el desempeño sexual que habrían estudiado en las veladas.

Ayane rodó sobre sí misma para incorporarse lo antes posible. Con la patada había hecho sangrar a Clericot por la nariz, algo que este no esperaba porque se le olvidó que debía retenerla.

Oyó que una puerta cercana se abría y se giró, vigilando con el rabillo del ojo a Clericot. Un par de tipos elegantemente vestidos bajaban del sedán. En un primer momento, Ayane pensó que iban a ayudarla, pero cuando casi los tenía encima, retrocedió por instinto, escarmentada al toparse con sus miradas fijas.

Viendo que pretendía pasar por su lado para escabullirse, Clericot sacó del interior de la chaqueta un modelo moderno de Glock y la apuntó a la cara con el cañón.

Ayane se quedó donde estaba con las manos en alto. El corazón le latía muy deprisa, pero no le impidió sopesar fríamente sus opciones. Estaba rodeada por tres tipos, y, con toda probabilidad, cada uno de ellos contaría con un arma. Era obvio que la querían viva o ya habrían disparado. Pero también era obvio que no les importaría acabar con ella, y que preferirían enterrarla esa noche a que rehiciera sus pasos para contar lo que había ocurrido.

Podría quitarle el arma a Clericot de un rápido movimiento y enfrentarse a los demás.

«No lo conseguirías», le susurró la voz interior. «No sabes qué manejo de armas tienen los otros dos. Pueden ser asesinos a sueldo. Profesionales».

También podía dejarse llevar en el sentido literal de la palabra.

«¿No es gloria lo que quieres?», insinuaban sus insidiosos pensamientos. «¿Qué más gloria podrías pedirle a esta operación que la de regresar a Washington después de haberte infiltrado en

el corazón de la trata como una prostituta más?».

—Así me gusta, paradita y calladita —la aplaudió uno de los tipos que habían salido del coche. Se situó a su lado y le hundió la pistola en el costado para que no osara moverse. Ya había perdido su oportunidad, pensó Ayane, y no sin aprensión. Quizá, en el fondo, no hubiera podido llevarse a los tres por delante en ningún mundo—. Sigue así y no sufrirás ningún daño, preciosa. ¿Singapore? —Gesticuló hacia su compañero y señaló a Ayane con la cabeza—. No tenemos todo el día.

Un hombre de aspecto exótico se adelantó con la cabeza gacha. Apretando los labios para contener un improperio contrariado, el que brillaba en sus expresivos ojos negros, introdujo la mano en el interior de la americana y extrajo una jeringuilla hasta los topes de un líquido transparente. Alzó la barbilla transcurridos unos largos segundos, los suficientes para que Ayane comprendiera que le costaba enfrentarla, y clavó en ella una mirada turbulenta con la que tuvo la certeza de que pretendía disculparse.

No apartó la vista de su rostro atravesado por la culpabilidad, en parte porque odiaba las agujas. La lástima hacia él estuvo cerca de desbancar una emoción más potente incluso que el miedo: la esperanza de que, al final, todo saldría bien. Porque ¿quién era ese hombre, sino el eslabón débil de la cadena? Si aquel tipo la acompañaba a dondequiera que pretendieran llevársela, tendría una oportunidad de conseguir información.

Apostaba su vida a que era de los que daban su brazo a torcer y caía en el error de enamorarse de sus víctimas al tener complejo de una.

No le dio tiempo a tramar ningún plan para cuando despertara. Tan pronto como la sustancia entró en su sistema, empezó a marearse. Se le aflojaron los tobillos, se le espesó la saliva y, tan solo un segundo antes de perder el conocimiento, pensó con una sombra de respeto temeroso que había apostado a la carta correcta.

Al final, era su vida lo que podría perder si no ganaba.

La historia sigue en...



ENCUÉNTRAME EN

INSTAGRAM

@TONTOSINOLEES



Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

---

[1] También conocido como «Joker» en la comunidad hispanohablante. Tiene sentido que Califa utilice la acepción latinoamericana porque su mujer es chilena.

[2] Ven a tomarte una bebida, o a lo mejor tres, y, cariño, te haré mi próxima víctima. Prefiero a las mujeres que no tienen miedo de llorar. (*I Want To*, de Rosenfeld.)

[3] «*Bloody Mary*» significa «sangrienta María».

[4] Algunos quieren usarte, algunos quieren ser usados. Algunos quieren abusar de ti, algunos quieren que abusen de ellos.

[5] La manera en que me haces sentir sexy, pero me está avergonzando. Quiero apoyarme en tu hombro; desearía que me estuviera permitido, pero no quiero causar ningún daño. Y me estoy sintiendo como si fuera malvada, no tenemos nada que ganar (...) No quiero decir que tu amor es un juego de espera. (*Waiting Game* de BANKS)

[6] No, esto no es amor, esto no es amor, pero es más que obsesión. Sé que hay muchos peces en el mar, pero eso solo significa que el océano está saturado, y que yo estoy a tu merced. (*I Fucking Lust You*, D'african).

[7] Si puedo soñar con un sol más cálido donde la esperanza sigue brillando sobre todo el mundo, dime por qué, oh, por qué, ¿por qué no aparecerá ese sol?

[8] Sé que hago esto todo el tiempo; camino por la línea, juego con fuego. Me detengo justo antes del crimen (...) Pero si estás buscando estabilidad, esa nunca seré yo. Si estás buscando fidelidad, esa nunca seré yo. (*Never Be Me*, de Miley Cyrus)